



SAGA LOS CORNWALL 1

*No necesito
un vizconde*

OLYMPIA RUSSELL



No necesito un vizconde

Olympia Russell

© No necesito un vizconde.
© Olympia Russell 2020
Todos los derechos reservados.

Nota de la Autora

Querida lectora, esta novela que tienes entre tus manos no es del todo una novela. Está basada en la historia de mis antepasados, que ha ido pasando de generación a generación, hasta llegar a mis oídos.

Todo empezó con G., un aguerrido coronel escocés que vino a nuestro país a luchar en las Guerras Napoleónicas y..., aquí se quedó. De él he heredado el apellido y un pelo rojo que hace darse la vuelta a las personas cuando me ven por primera vez. De la mujer que hizo que G. se quedase, he heredado el gusto por las historias. Y una determinación férrea que muchos llaman testarudez.

Pero no es su historia la que voy a contar aquí (llegará, pero aún no es el momento), sino la su nieta, que en la novela he bautizado como Jeremy Cornwall, Vizconde de los Arribes, y de...

¿Quieres saber más?...¡Te animo a leerla!

Capítulo 1

Pegó un bote y Wolf ladró. La joven, sin embargo, no se movió. Como si fuera una estatua. Aunque el fuego de su mirada rebatía esa primera impresión: estaba viva y bien viva.

Y enfadada.

Jeremy Cornwall, Vizconde de los Arribes, estaba desconcertado. Algo que no le sucedía casi nunca. O nunca. Había ido detrás de Wolf a recobrar la pieza que acababa de abatir, una becada, y se había encontrado con la joven en mitad del bosque.

De su bosque.

—¿Se puede saber qué haces aquí?

Aquello era el colmo. La joven le acababa de tutear. A él, que era evidente que era un noble. Por sus ropas, por la jauría de perros de raza que le rodeaban, con el bello Wolf a la cabeza.

Por su pura sangre andaluz.

Por su estatura, su porte, su mirada.

Estuviera donde estuviera, aunque fuera desnudo, todo el mundo sabía que era importante, especial, noble. Y se dirigían a él en consecuencia.

Menos aquella joven extraña.

Se había sobresaltado al verla en medio de la nada, como si fuera una aparición, y había contagiado a Wolf, pero enseguida había recobrado la compostura. Sin embargo, la joven le había vuelto a desconcertar al dirigirse a él de aquella manera.

Aunque enseguida se repuso de nuevo y contestó de la mejor forma posible. Siendo él: educado y frío como el acero.

—Buenos días, señorita —inclinó un poco la cabeza—. ¿Le importaría decirme qué hace en mis tierras?

—Eso mismo te acabo de preguntar yo a ti.

Aquello era intolerable. La joven persistía en usar el tuteo. No pensaba permitirlo más.

—Le ruego, por favor, que se dirija a mí con respeto. Creo que he tenido bastante paciencia hasta el momento...

—No te andabas con tantos remilgos hace unos años.

En ese momento, a Jeremy su cerebro le dió un toque de atención. Esa forma de hablarle...

—Disculpe, ¿nos conocemos?

—Pues claro que sí, Jeremy, soy tu vecina, Gadea. ¡¡¡Y estás en mis tierras!!!

Capítulo 2

Gadea Rocafort era la hija del Conde de Aldeadávila, vecino mal avenido de su difunto padre, en eterna disputa por las lindes de las tierras. Aquellas tierras en las que acababan de reencontrarse.

Y su amiga de la infancia.

Amistad que acabó abruptamente el día que a él se le ocurrió darle un beso. Tenían quince años los dos y él estaba loco por ella.

Y pensaba que ella por él también.

Se equivocó.

Aún le dolía la bofetada que le había dado después de que él posara sus labios por sorpresa sobre los de ella.

Lo curioso era que no la había reconocido, aunque, ahora que se fijaba, veía que apenas había cambiado en lo fundamental. Seguía teniendo aquellos ojos de fuego que le habían vuelto loco de jovencito. Y el labio superior ligeramente levantado, lo que le daba una expresión de pícara irresistible. Y, por supuesto, aquella piel de nata que contrastaba con su pelo negro y brillante.

Cierto que habían pasado diez años desde la última vez que la había visto. Precisamente la tarde de la bofetada. Y que ella, aún manteniendo lo fundamental, había crecido en estatura y en... feminidad. Porque la mujer de veinticinco años que tenía frente a él tenía una figura muy diferente a la de la jovencita sin desarrollar que recordaba.

Gadea, sin embargo, lo había reconocido inmediatamente. Y eso que él también había cambiado. De desarrollo tardío, poco quedaba del joven pequeño, delgado y lampiño que había intentado besarla. Ahora era un hombre de casi metro noventa, hombros anchos y caderas estrechas. Mantenía, eso sí, los ojos verdes y el cabello rubio que había heredado del abuelo inglés al que debía el nombre y el apellido (transmitidos generación a generación a los varones primogénitos de la familia).

Se había convertido en un hombre deseado por todas las mujeres entre quince y noventa años con las que se cruzaba. No sólo por su gran fortuna, sino por su gran belleza. Gadea era la única mujer en su vida, de hecho, que no había sucumbido a sus encantos.

En cualquier caso, se alegró de volver a verla. Su último contacto había sido desafortunado, pero lo que recordaba de su infancia era bonito, así que intentó mantener una conversación con ella.

—Gadea, me alegro de volver a verte —le dijo con afecto un poco distante—. Me dijeron que seguías en Francia. Es lo último que había oído de ti. Y antes, poco más. Desde que tu hermano se hizo cargo del palacio y la hacienda de tu padre y te llevaron a vivir con los parientes de tu madre en Burdeos...

—No se hizo cargo, me robaron mi derecho de progeneratura.

Vaya, al parecer, Gadea pensaba convertir en una discusión cualquier cosa que él dijera. Aquello que acababa de decir era una soberana estupidez. El conde había muerto dejando una hija

de un primer matrimonio, Gadea, y un hijo del segundo, Gideon, y, tal y como la ley estipulaba, era el varón quien debía heredar la hacienda y el título, así que no había habido ningún robo ni, como mujer, tenía ningún derecho de primogenitura. Pero, al parecer, Gadea seguía siendo tan guerrera como la recordaba. Siempre rebatiendo todo y peleando por causas perdidas... Aunque aquello era, por cierto, lo que le había vuelto loco a sus quince años.

Pero ahora no tenía intención de hacer esgrima verbal. Su vida tenía muchos más incentivos que aquella vecinita peleona suya, que sí, vale, le había hecho gracia un tiempo y sufrir un poco también, pero que estaba lejos de las bellezas con las que actualmente él se relacionaba y a las que tenía acceso por su fortuna y su porte. En realidad, pensó unos segundos, había cierta justicia divina en aquel reencuentro en el que él resultaba mucho más favorecido por el paso del tiempo que ella. Seguro que ella estaba rabiando por dentro por haberle dejado escapar, por no haber respondido a su beso cuando él había estado dispuesto a dárselo... Diez años después del agravio podía vengarse de ella demostrándole lo poco que le importaba, así que decidió despedirse en ese momento.

—Gadea, me voy, se me hace tarde. Por cierto, sabes de sobra que estas son mis tierras. Ya nos veremos.

Y se dió la vuelta y se alejó.

Aunque no lo suficiente para evitar que el trozo de tierra con algunas hojas de hierba adheridas, que Gadea acababa de lanzarle, le pasara rozando su oreja izquierda.

No se dio la vuelta, sonrió incluso, pero con una sonrisa menos amplia de lo que le hubiera gustado: ¿sería posible que Gadea siguiera siendo impermeable a sus encantos?

Capítulo 3

Un viernes de un mes más tarde: A las 10 de la noche, Jeremy entraba por la puerta del club de caballeros en el que pasaba gran parte de su tiempo cuando estaba en la capital.

El club, creado al estilo de los clubes ingleses, estaba situado en el centro de Madrid, en plena Puerta del Sol. Se trataba de un edificio construido el siglo anterior, con grandes ventanales y un interior adornado con todo lujo de detalles: desde mullidas alfombras árabes, hasta lámparas de araña con cristales de Bohemia y grandes sofás de cuero de color verde oscuro.

El edificio tenía cuatro plantas con diferentes estancias. Algunas eran enormes y servían para grandes reuniones. Otras eran medianas e, incluso, muy pequeñas, pensadas para mantener encuentros discretos. Todo estaba organizado para que los caballeros socios pudieran llevar a cabo en el club todas las actividades que desearan, excepto las propiamente vinculadas a la familia.

Había muchas zonas dedicadas a desarrollar actividades relacionadas con los negocios, de manera formal, pero también de manera informal, ya que había estancias para tomar una copa y tener charlas distendidas.

También dentro de club, que era seguramente el más selecto de todo Madrid, se tomaban muchas decisiones que afectaban a la política del país. Por sus características, evidentemente, la joven Reina no tomaba parte de las actividades del club, pero sí lo hacían muchos de sus consejeros y ministros, así que se podía decir que algunas de las decisiones que habían afectado a España los últimos años se habían tomado en aquel lugar.

Pero el club tenía también una faceta lúdica, y la mayoría de los caballeros lo utilizaban para actividades de mero esparcimiento.

Por las mañanas esto se solía centrar en la lectura de la prensa y las conversaciones que surgían de ella. El club estaba suscrito a todos los periódicos de publicación nacional y muchas de las publicaciones de provincias, así que cualquier caballero que quisiera estar bien informado no tenía más que pasarse un rato todas las mañanas y leer lo recién publicado.

Por las tardes, el ambiente era más distendido. Solía haber reuniones de amigos que quedaban para tomar el café y las alargaban hasta bien entrada la noche. Y, finalmente, también había actividad nocturna.

Aunque el club era frecuentado por la flor y nata de la aristocracia y alta burguesía española, hay que decir que las actividades nocturnas no eran diferentes de las que se realizaban en otros clubes, frecuentados por personas menos selectas.

Por la noche se jugaba a las cartas y otros juegos de azar. Algunas veces por el simple placer de jugar, pero muchas de ellas apostando dinero. Mucho dinero. Se decía que eran varios los socios que habían perdido todo lo que tenían en una mala noche de juego desenfrenado. Incluso se hablaba de alguien cercano a la Corona.

Pero el juego no era la única actividad excitante que se realizaba en el club. Algunas noches al mes se organizaban, en la cuarta planta, fiestas en las que corría el alcohol a raudales. Y a las que

acudían también mujeres.

Porque sí, el club era de uso exclusivo para caballeros y, de hecho, ninguna de las esposas de los socios casados había pasado jamás de la puerta de entrada. Pero aquellas noches se permitía la excepción (jamás con las esposas, por supuesto).

Normalmente, aquel tipo de fiestas eran solo para los más jóvenes entre los socios, aquellos que aún tenían la energía y el aguante para pasar una noche de juerga, alcohol y..., lo que surgiera, después de un intenso día de trabajo y familia. Pero, ¿qué tipo de mujeres eran entonces las que accedían a esas fiestas?

En un club selecto, con lo mejor de los varones españoles, no eran, desde luego, mujeres de baja extracción social ni prostitutas. Había dos tipos de invitadas, chicas de familias más o menos bien, pero venidas a menos, que se acercaban a ver si podían cambiar el futuro que su posición les tenía reservado (casarse con algún comerciante, por ejemplo) y conseguían engatusar a alguna de las grandes fortunas que se movían por el club. Vana esperanza en el 99% de los casos, porque los jóvenes varones sabían muy bien dónde estaba la diversión y dónde la vida real, así que la mayoría de esas chicas salía de aquellas fiestas con la reputación tocada y alguna joya barata como mucho. Además de poder contar a sus amigas íntimas que “el conde de tal” o “el hijo del duque de cual” le había robado un beso -ya que esto era lo máximo que solía ocurrir con este tipo de jóvenes.

Y el otro grupo de mujeres estaba compuesto por chicas más humildes y actrices, cantantes y jóvenes de la farándula. En este caso, la motivación para las jóvenes solía ser doble, no renunciaban a cazar como marido a alguno de los varones, pero, al tener mucha vida a sus espaldas a pesar de su juventud, no ignoraban que era una empresa casi imposible (aunque había un par de marqueses y un duque casados con alguna de ellas), así que bajaban sus expectativas y luchaban por convertirse en amantes, como mínimo unas cuantas semanas, que aprovechaban para desplumar al hombre en cuestión todo lo que podían, y, como máximo, de por vida, con piso y asignación regular.

A pesar de sus diferentes procedencias y ambiciones, había, sin embargo, una característica común en las jóvenes invitadas a esas fiestas: todas eran bellas. Muy bellas.

Por otro lado, el sistema de acceso era por invitación de un caballero socio. Estos conocían a las jóvenes en su día a día (una vendedora a la que le habían comprado guantes una mañana, la hija de su sastre e, incluso, alguna joven bella a la que abordaban en la calle y le ofrecían la oportunidad).

Y, aunque sin invitación de un socio no se podía acudir, había un resquicio para las desconocidas, ya que se le permitía a la joven invitada venir con una amiga, siempre que cumpliera “el requisito”, sea, que fuera bellísima.

Jeremy era socio del club desde que había empezado a llevar los negocios familiares tras la muerte del Vizconde, su padre. Y había utilizado todas las opciones que el club le brindaba. De hecho, poder ir al club era lo que más le motivaba cuando se trasladaba a Madrid (repartía su tiempo más o menos a partes iguales, y pasaba cerca de seis meses al año en Madrid y otros seis en Salamanca). En la capital se ocupaba de los negocios que tenía allí y en Salamanca de la hacienda.

El caso es que un mes después del reencuentro con Gadea, Jeremy estaba en Madrid y se dirigía a una de las fiestas del cuarto piso. Había tenido un par de días ajetreados con sus negocios y estaba encantado de poder pasar una noche de diversión con sus amigos. Además, hacía más de un mes que había dejado a su última amante, Elisa Rodríguez, una actriz de cierta

fama y mejor físico que le había alegrado los últimos cuatro meses de su vida, así que, en ese sentido, estaba libre para probar lo que hiciera falta. Y bien que pensaba hacerlo..

Entró contento por la puerta del club. Antonio, el conserje que trabajaba ese día, le saludó contenido y formal, pero con una sonrisa más amplia de la que dedicaba al resto de los caballeros (Jeremy era, siempre, espléndido con su propina). Nada más entrar en la zona del bar de la planta baja se encontró con sus dos amigos del alma, José Montereal, conde de Viana y Fernando Brown, marqués de Vallehermoso. Les acompañaba otro joven que no le hizo tanta gracia: Lucas González-Castillejo, el hijo del duque de Toledo y su heredero en breve, ya que el duque agonizaba desde hacía unos días.

Lucas representaba todo lo que Jeremy odiaba en la gente de su clase. Era un vividor sin ganas de hacer nada que no fuera gastar el dinero y la reputación de su familia, Utilizaba ambos exclusivamente para dilapidarlos. A él también le gustaba la juerga, por eso estaba ese día en el club, pero tenía valores y, sobre todo, sabía muy bien distinguir lo que era ocio de la obligación. Y otorgaba al primero un espacio mucho más pequeño que al segundo y, siempre, por detrás de él.

Sin embargo, Lucas no tenía otro objetivo en la vida que pasarla jugando, gastando dinero y teniendo amantes ocasionales.

A Jeremy nunca le había caído muy bien, pero la gota que había colmado el vaso había ocurrido unos meses atrás. Lucas, que además de un crápula era muy apuesto, había salido de su zona habitual de correrías sexuales y había encandilado a una jovencita de la nobleza, de muy buena familia, casi una niña, cándida e ingenua. Embaucarla le había resultado fácil. Y traspasar todos los límites también.

Jeremy suponía que la joven había caído en sus redes pensando que se encontraba en el preludio de un buen matrimonio: craso error. Al poco tiempo quedó embarazada y, en cuanto se enteró, Lucas le dejó muy claro que no pensaba casarse con ella (aunque noble, la joven no tenía tanto dinero como el que Lucas esperaba conseguir algún día con un buen matrimonio).

Los padres de Lucas habrían intervenido seguro, pero la joven, asustada, no dio tiempo a que se tomara la decisión correcta y Lucas fuera obligado a desposarse con ella. Al día siguiente del desplante de su amante, apareció ahogada en el Manzanares.

Pero lo más terrible de todo, y lo que hacía que Jeremy no quisiera ver a Lucas ni en pintura, era que el joven no cambió su rutina ni ese día. Fue visto en el club, despreocupado y divertido, como siempre. Y al día siguiente y al siguiente.

Para Jeremy estaba claro que Lucas era mala persona, así que evitaba coincidir con él y, cuando lo hacía, se alejaba de su lado lo antes posible.

Aquel día, sin embargo, no podía hacerlo. Antes de enfermar, el padre de Lucas había iniciado un negocio con el padre de su amigo José. Ahora que el padre de Lucas agonizaba, era él quién iba a continuar con el negocio. Así que José se veía obligado a aguantar a Lucas a su lado para no estropear el curso de las negociaciones

Y Jeremy apreciaba a su amigo, así que no iba a hacer nada que le perjudicara. Por eso estaba dispuesto a aguantar a Lucas cerca.

Así que la noche empezó con incomodidad, pero pronto se puso su máscara de hipocresía, tan necesaria algunas veces en aquellos lugares de alto nivel y fue aguantando los comentarios de Lucas con estoicismo.

A las 10 de la noche empezaron a llegar las primeras chicas, en parejas o tríos, y la sala pareció llenarse de luz.

Entre los varones había de todo, buenos mozos como Lucas, Jeremy y sus amigos, y otros

menos agradados. Alguno muy poco agraciado de hecho. Pero las jovencitas que iban llegando eran todas auténticas beldades.

A partir de ese momento, a Jeremy la conversación de Lucas se le fue haciendo insoportable. Cierto que él estaba allí también para lo mismo, que participaba del juego, pero siempre con una premisa: jamás iba a acercarse a ninguna chica que le rechazara ni siquiera mínimamente. Y siempre las iba a tratar con decoro y educación. Ese tipo de mujer no era su ideal, evidentemente, pero ellas se prestaban al juego igual que ellos y sabían a qué iban, igual que ellos. Pero eso no significaba que pudiera hacer lo que quisiera con ellas, o tratarlas mal. Al contrario.

Lucas, sin embargo, empezó a adornar su conversación con groserías sin fin:

—Mira el culo de esa, es espectacular. A ver si puedo tocárselo hoy —decía de una joven corista rubia de ojos azules, que le miraba golosa sin saber las groserías que decía Lucas en aquel momento.

—A quella me la beneficié la semana pasada. Es una leona en la cama. Y se deja hacer de todo —continuaba, señalando a una joven viuda que había perdido su poder adquisitivo al perder a su marido.

Jeremy aguantó un par de comentarios más y decidió que había tenido suficiente. Se iba ya o acabaría diciendo algo que enfadaría a Lucas y pondría a su amigo José en un aprieto al tener que mediar entre ellos o, peor aún, tomar partido. Pero entonces Lucas soltó su última perla:

—No está mal ese pajarillo de ahí..., si la miras sin gafas o de muy de lejos, claro —y soltó una carcajada que hizo girarse a las personas más cercanas—. ¿Pero, de dónde habrá salido?, ¿quién ha traído ese cardo? —y le miró a Jeremy.

Seguramente lo hizo porque intuía su antipatía hacia él y quería provocarle, haciendo ver que él podía tener algo que ver, no porque pensara realmente que la joven tuviera alguna relación con él.

Jeremy miró hacia la muchacha que tan cruelmente había señalado Lucas y se quedó helado. Él no había traído a la fiesta a ninguna joven, y menos a aquella, pero Lucas, de casualidad, había acertado. Claro que conocía a la joven. Era Gadea.

Capítulo 4

Gadea no era un cardo. De hecho, era bastante atractiva. Tenía una cara bonita, no de las que hacían girar la cabeza a la gente cuando la veían, pero sí era agraciada. Sobre todo gracias a sus enormes ojos negros, llenos de vida y energía, a través de los que expresaba todas sus emociones con intensidad. Un par de ojos con los que miraba de tal forma que era capaz de hacer callar a cualquiera cuando estaba enfadada o contagiar la risa cuando estaba contenta. Además, aunque era baja de estatura, más que la media, su figura era equilibrada, con curvas y zonas angostas donde debía haberlas.

Pero lo cierto era que todas esas características se apreciaban cuando estabas cerca de ella y, sobre todo, cuando la observabas moverse y le oías hablar.

Y Lucas no estaba dispuesto a dedicar tiempo a nadie. Además, a Gadea no le ayudaba estar en el entorno que estaba, ya que el resto de mujeres de la fiesta no es que fueran guapas, eran espectaculares (por eso precisamente estaban allí) y, con la comparación, cualquier mujer bonita salía perdiendo.

Así que solo en ese entorno y bajo la apreciación de una persona hueca como Lucas se podía decir que Gadea era fea.

Por suerte, no llegó a sus oídos lo ocurrido, bastante entretenida estaba intentando seguir los pasos de Cecily, su compañera de habitación en la pensión de señoritas en la que se alojaba en Madrid. Era a Cecily, una belleza rubia, a quien habían invitado a la fiesta y, como se llevaban muy bien, Cecily había decidido invitar a Gadea a su vez.

¿Pero, qué hacía Gadea en una pensión en Madrid?

Digamos que el encuentro con Jeremy había sido un acicate para cambiar su vida. Gadea era la primera y única hija del primer matrimonio del fallecido conde de Aldeadávila. El conde se había casado, por amor, con una bella francesita, de nombre Isobel, que le había hecho muy feliz el tiempo que había estado junto a él. Por desgracia, este había sido muy corto, ya que al poco de casarse quedó embarazada y murió en el parto de Gadea. El conde, que adoraba a su hija, tuvo que volver a casarse con una noble española, esta vez sin amor, aunque hay que decir que la mujer realizó las labores de madre adoptiva de Gadea con corrección (aunque sin mucho entusiasmo. Como hacía todo, por otro lado).

El caso es que de este segundo matrimonio nació Gideon, el hermano pequeño de Gadea, justo cuando ella cumplía 2 años. Y, por desgracia de nuevo, un par de años después, murió la segunda esposa del conde, esta vez de unas fiebres, dejando al pobre hombre viudo otra vez y con dos niños de muy corta edad a su cargo.

A pesar de un inicio de vida tan trágico, la infancia y primera juventud de Gadea había sido feliz. Su padre la adoraba, y su hermano, aunque no se relacionaba mucho con ella (era un chico taciturno y abúlico, como había sido su madre, al que no le gustaban mucho las relaciones humanas), no tenía especiales conflictos con ella.

El conde poseía una enorme hacienda, a las afueras de Salamanca, rodeada de miles de

hectáreas de campos de encinas, en los que criaba ganado, y campos llanos en los que cultivaba cereal. Además de poseer una gran riqueza heredada de sus antepasados (un tatarabuelo suyo había hecho una fortuna en las Américas). Así que Gadea había vivido con todas las comodidades de la nobleza, pero en un entorno natural en el que ella se sentía feliz. El palacio, pero también las tierras, eran su casa. Conocía algunos árboles tan bien como cada una de las estancias del palacio.

Lo único que había enturbiado un poco el ambiente en la casa familiar había sido la eterna disputa por unas lindes entre su padre y el padre de Jeremy, el Vizconde de los Arribes. Una disputa que había traído pleitos legales y alguna bronca sonada entre los dos hombres en la hacienda de uno y el otro, pero que nunca había traspasado esos ámbitos y, por ejemplo, ninguno de los dos hombres había puesto ni una pega a que sus hijos se relacionaran entre ellos. No en vano, habían sido los hijos del Vizconde los amigos de infancia de Gadea, con quienes había jugado a esconderse tras montículos o en cuevas y con los que se había subido a los árboles. Gadea era de la edad de Jeremy, el mayor de los varones Cornwall, pero también tenía muy buena relación con Andrew, un año menor que ella, Henry dos años menor, y la pequeña Artemisa, la menor de los Cornwall.

Esa había sido, por tanto, la infancia de Gadea: feliz y despreocupada. Pero los primeros problemas llegaron con la muerte de su padre y el matrimonio de su hermano. Ambos acontecimientos ocurridos, uno detrás de otro, con solo tres meses de diferencia.

Primero Gideon se casó con Felicia, la hija de un marqués con un buen título pero pocos recursos. Se había tratado de un matrimonio concertado por los progenitores de ambos, que había sido aceptado por los contrayentes sin queja (cuando se ponía cínica, Gadea pensaba que su hermano habría sido capaz de casarse con una lechuga sin poner ni una objeción, tal era su grado de abulia). Sin embargo, Felicia no era ninguna lechuga, muy al contrario, se trataba de una buena arpía. Había entrado en la familia como un huracán y, aprovechado la abulia de su recién estrenado marido, y que su suegro estaba en la últimas (y en tres meses muerto), había tomado posesión de la hacienda y el palacio con todo lo que tenía dentro.

Bueno, todo no. Gadea se le resistió desde el principio. Y esa fue la razón de que la joven decidiera ir a casa de sus abuelos en Burdeos tras la muerte de su padre.

Pero Burdeos no fue la solución tampoco, aunque su anciana abuela era cariñosa, la vida allí era aburrida, más aún que en Salamanca, ya que no tenía el exterior para desfogar su energía. Y, sobre todo, no tenía la enorme biblioteca de su padre, en la que pasaba las horas leyendo y escribiendo.

Así que un año después de haber ido a Burdeos, Gadea volvió a España. Pero no lo hizo “sola”, sino con un plan. Fue en ese momento cuando reencontró a Jeremy paseando por sus tierras (o las de él).

¿Y, cuál era el plan de Gadea?

Convencer a su hermano para que le sufragara un buen alojamiento en Madrid y le ayudara a conseguir su sueño, que era trabajar como reportera y articulista en alguno de los periódicos que se publicaban en la capital .

Evidentemente, Gideon no puso ni una pega, pero Felicia sí: todas.

—¿Redactora?, ¿qué es eso? —le dijo cuando escuchó la idea por primera vez.

Gadea intentó hacer entender a aquella mujer iletrada -y orgullosa de serlo- qué significaba aquello.

—¿Trabajar?, ¿tú?, ¿la hija de un conde?, ¿y mujer? ¡Alabado sea el señor!, ¡lo que hay que oír!. Desde luego, tu padre ya la hizo buena metiéndote todas esas ideas en la cabeza. Ya me

encargaré yo de que no ocurra lo mismo con mis hijas, si Dios me da esa cruz, porque prefiero tener varones, por supuesto.

Gadea puso los ojos en blanco. En una sola frase, larga, pero solo una, Felicia había expresado todas las opiniones que ella odiaba sobre su condición de mujer. Pero había aprendido a no pelear con ella, no servía para nada, así que pasó por alto lo que había dicho su cuñada y continuó.

—A ver, Felicia, no te preocupes, escribiré con seudónimo y será de varón. He pensado llamarme Feliciano Salmerón. ¿Qué te parece? Si no te gusta me pondré otro.

A Felicia no le hizo gracia la ironía que percibió tras las palabras de su cuñada. Pero menos aún le gustó lo que Gadea pidió a continuación.

—¿Que le subamos la asignación?, ¿que le sufragemos un buen alojamiento en Madrid?, ¿que tú, Gideon, le busques entre tus contactos a alguien que le contrate en un periódico? Tu hermana ha perdido la cabeza en Francia, Gideon —fueron las palabras que utilizó, mirando a su marido y sin dirigirle la palabra a su cuñada.

Pero no, Gadea no había perdido la cabeza en Francia, aquello venía de mucho antes. Felicia tenía razón en una cosa: era verdad que el fallecido Conde había sido de alguna manera el instigador de aquellas ideas en su hija, pero no directamente, sino solo porque no había hecho distinción entre sus hijos y a ambos les había transmitido su pasión por la lectura. Luego, la naturaleza de cada uno de ellos había acabado haciendo la distinción, porque Gideon no mostró ni un interés, pero Gadea sí.

Y había sido en la enorme biblioteca del Conde, leyendo todo lo había en ella, pero sobre todo a autoras como Olympe de Gouges y Mary Wollstonecraft, donde Gadea había alimentado su sueño de convertirse en una mujer independiente económicamente y de serlo haciendo lo que más le gustaba: escribiendo.

En cualquier caso, su sueño se topó con la cruda realidad, y la negociación con Felicia fue inútil y acabó no consiguiendo nada.

Después de la dura y estéril conversación con su cuñada, pasó varios días sumida en el desánimo. No volvieron a discutir, pero los pocos ratos que pasaba con su hermano y su cuñada, a las horas de comer, estaban envueltos en un silencio pesado y tenso. Gadea empezó a caer en la tristeza. Por suerte, su naturaleza peleona le hizo reaccionar.

Una semana después de la discusión con su cuñada, se levantó con más energía que los días anteriores y vio claramente que, si se quedaba en el palacio de Salamanca en esas condiciones, iba a acabar sus días seca y mustia, como una planta sin regar.

Era joven, tenía ganas y aptitudes, pensó, así que no podía permitir que aquello ocurriera. No, al menos, sin intentar cambiar ese destino.

Así fue como tomó la decisión lanzarse a la aventura con lo que tenía. Sin pedirle nada a nadie.

Y con la asignación mensual que su padre le había dejado en herencia de por vida -que no era poca si se comparaba con lo que tenían la mayoría de las mujeres, pero que se alejaba mucho de lo que habría necesitado para cumplir su plan inicial -se dirigió a Madrid y alquiló una habitación en una pensión de señoritas. Desde allí, pensaba enviar cartas con artículos de actualidad a todas las redacciones de periódicos, en principio firmando con su nombre real, de mujer y, luego, cuando recibiera las casi seguras negativas por parte de todos, con seudónimo de hombre. Sabía que era buena escribiendo, así que tenía la esperanza de que alguien le contratara y, de esa manera, poder ganarse la vida, aunque fuera con modestia, y quedarse indefinidamente en Madrid.

Y volver al palacio natal solo en fechas señaladas (y cuando a Felicia se le pasara el disgusto por lo que había bautizado como “su vergonzosa huida”).

En cualquier caso, al poco de llegar a Madrid, ocurrió algo que trastocó esos planes iniciales y puso su vida entera patas arriba.

Capítulo 5

La pensión, limpia pero muy modesta (a más no le llegaba con su asignación, que era generosa para alguien a quien se le suponía que ya tenía todo pagado, como habría sido su caso si se hubiera quedado en el palacio de Salamanca, pero muy justa para tener que costearse todo de su bolsillo), alojaba a chicas de la baja burguesía, alguna viuda y un par de parejas de tía y sobrina. Pero también a Cecily, una joven francesa, pizpireta y guapísima, que había venido a Madrid a trabajar en el teatro.

Al tener un origen francés común -en el caso de Gadea por vía materna -ambas jóvenes se acercaron una a la otra y empezaron a compartir habitación.

Eran muy diferentes y sus objetivos vitales también, pero se llevaban bien y, de alguna manera, se complementaban.

El caso es que un día, a las dos semanas de la llegada de Gadea, Cecily llegó excitada a la pensión.

—¡Acaban de invitarme a la fiesta más elegante de todo Madrid, Gadea! —le dijo la joven a su nueva amiga en cuanto entró en la habitación.

Gadea dejó de escribir el artículo que estaba puliendo para enviar a las redacciones, ¡su primer artículo!, y le pidió detalles. Así fue como se enteró de que Cecily había sido invitada por un ministro del gobierno, ¡nada menos!, a la fiesta que se iba a celebrar en el que, según su joven amiga, era el club de caballeros más selecto de todo Madrid.

Gadea ya le había oído hablar alguna vez del caballero en cuestión, pero sólo por su nombre de pila: Alfonso. Cecily le había contado a Gadea que el hombre la cortejaba. Lo que no le había contado era que tenía setenta años, de los cuales llevaba cincuenta casado con la misma mujer, con la que tenía once hijos y cincuenta nietos.

Cecily era inteligente y sabía que si Gadea se enteraba de en qué tipo de relaciones andaba metida, se alejaría de ella inmediatamente. Su relación era muy incipiente, pero Cecily se encontraba a gusto con Gadea y, además, para qué negarlo, sabía que era noble y que eso, quizá, algún día, podía traerle ventajas. Así que prefería ocultarle la verdad o, mejor aún, contársela solo a medias.

La realidad era que el tal Alfonso andaba intentando hacerla su amante desde hacía unos meses, justo desde que ella se había quedado sin benefactor: un comerciante riquísimo que la había mantenido, como una reina, más de cinco años, hasta su muerte. Por el momento, la joven francesa toreaba a Alfonso, a la espera de que apareciera alguien mejor, porque, aunque ministro, Alfonso no parecía tener demasiado dinero (o no tanto como el que acostumbraba a gastar Cecily). Pero tampoco le daba calabazas del todo, y alimentaba la esperanza del ministro, ya que lo que sí tenía el hombre era contactos. Muchos. Al final, su cálculo había dado buenos resultados y Alfonso la había invitado a “LA FIESTA” a la que todas las jóvenes como ella aspiraban a acudir. Si había un lugar en todo Madrid donde se podía pescar un buen benefactor, era ese club y en ese tipo de fiestas.

Cecily estaba entusiasmada. Sabía que sus armas eran irresistibles: era rubia natural, ojos

verdes, felinos, alta, bien formada y con una cara preciosa, mezcla de angelical y pícara, que volvía locos al 100% de los hombres con los que se cruzaba. En esa fiesta llena de varones pudientes, no iba a tener ni un problema en pescar a alguien mejor que Alfonso.

Como era habitual, el hombre le había permitido traer a una amiga y Cecily, que no dejaba de hacer cálculos para su beneficio, decidió invitar a Gadea.

No era tonta y sabía que Gadea no encajaba en una fiesta de ese tipo ni con jabón. Para empezar, porque Gadea no buscaba benefactor. Ni marido, como varias veces le había subrayado en sus conversaciones. Algo que a Cecily le había sorprendido mucho al principio, ya que no conocía a ni una mujer así, pero que debía de ser verdad, porque si no, ¿qué hacía una chica de la alta nobleza, como era Gadea, sola, en una pensión humilde como aquella? Aunque a ella le pareciera imposible, al parecer, había mujeres que no buscaban ni necesitaban un hombre para vivir.

Pero Gadea tampoco encajaba en un lugar así por su perfil. Se podría decir que era bonita, mirada de cerca y siendo poco exigente, pero sin más. Estaba muy alejada del tipo de belleza que se requería para ir a una fiesta de ese tipo.

Aún así, Cecily se arriesgó y decidió apostar por invitarla. Gadea le había contado sus planes de ser articulista (que le habían parecido un despropósito: ¿qué necesidad había de trabajar, pudiendo vivir sin hacerlo?) y Cecily pensó que le ayudaría a conseguirlo si la llevaba a la fiesta. Si Gadea buscaba contactos, no había mejor lugar en todo Madrid que aquella fiesta.

Y si Gadea conseguía lo que quería gracias a ella, siempre le estaría agradecida.

Ella había tenido y tenía contactos con hombres de clase alta y nobles, pero nunca, jamás, con ninguna mujer (por razones obvias). Gadea era la primera de su especie con la que se relacionaba de manera agradable.

Si alguna vez conseguía su sueño, un sueño que no se atrevía a contar a nadie, pero que alimentaba en secreto: casarse con alguno de aquellos caballeros, contaba con el desprecio de todas las mujeres de su clase. Sabía que nunca, jamás, aunque estuviera bien casada, sería aceptada en la alta sociedad. Y no lo sería por la oposición frontal de las mujeres. Si mantenía a Gadea como amiga, al menos tendría una mujer de su lado .

Sí, de acuerdo, era un sueño casi imposible, pero le gustaba pensar que podía ocurrir. Esa fue la razón principal por la que invitó a Gadea.

Y Gadea no dijo que no.

Ella había ido a muchas fiestas y bailes ¡cómo no!, como toda jovencita de la nobleza en edad casadera desde que había cumplido dieciocho años, pero se había tratado de bailes en lugares conocidos, con unas reglas claras. Suponía que la fiesta a la que la había invitado Cecily no tenía nada que ver con aquellas. No conocía exactamente la naturaleza de aquel tipo de fiestas, pero tampoco era tonta y sabía que, si acudía Cecily, no podía tratarse del tipo de fiestas formales a las que ella estaba acostumbrada a ir. Estaba claro que aquello tenía que ser mucho más “ligero” a lo que estaba acostumbrada. Con un punto picante, incluso. Pero como estaba organizada por un club selecto y con selectos caballeros como participantes, también estaba segura de que nada de lo que ocurriera dentro sería escandaloso. Se trataría de un divertimento para caballeros solteros, supuso.

Así que, dando por supuesto que se trataría de algo inocuo, se animó a acudir aún sabiendo que no era su entorno natural. Lo hizo espoleada por su espíritu curioso y aventurero, pero, sobre todo, porque daba por hecho que acudir a la fiesta le podía ayudar a conseguir su objetivo. Porque Cecily le había dicho que a aquellas fiestas iba la flor y nata de los varones influyentes de

España: nobles, políticos, hombres de negocios, periodistas..., justo lo que ella necesitaba...

Capítulo 6

Nada más entrar por la puerta del club se arrepintió.

Para empezar, Cecily, que había entrado con ella bien agarrada del brazo, como si fueran amigas más íntimas de lo que eran, y riendo y hablando sin parar, la abandonó en cuanto subió los dos primeros peldaños de las escaleras de entrada, agarrándose al brazo de un caballero mayor y grueso al que parecía conocer de antes:

—Gadea, querida, voy a dar una vuelta por aquí con mi amigo Alfonso —el aludido la miraba con cara de embobado—. El salón de la fiesta está en el cuarto. Nos vemos allí —terminó, alejándose de ella mientras hablaba con el caballero, tan dicharachera como había estado con ella unos segundos antes.

Gadea en ese momento pensó irse, pero ya había franqueado la entrada y a los conserjes que la guardaban como si se tratara de la entrada a la cámara del rey, así que, aunque se sentía un poco cohibida, pensó que no perdía nada por echar un vistazo.

Subió sola la larga escalinata hasta llegar al cuarto piso. Una vez allí se quedó clavada en la puerta de entrada. La sala, muy amplia, ocupaba una buena parte de la planta del edificio. Toda diáfana, solo adornada por alguna columna de vez en cuando, tenía la parte superior de las paredes decoradas de terciopelo rojo. ¡¡¡De rojo!!!. Un color que no se utilizaba en ninguna casa que presumiera de buen gusto y, mucho menos, en un lugar al que se suponía acudían solo sobrios caballeros. Recorría la parte baja de la pared, en sus cuatro lados, un friso de madera de un metro de ancho. Además, todos los sofás repartidos por la estancia también eran rojos, al igual que las mullidas alfombras que habían por todos los lugares menos en el centro de lo que, supuso, era una pista de baile.

Pero si bien la decoración era llamativa e, incluso, escandalosa, lo que más le llamó la atención a Gadea fueron las personas que, en grupos y parejas, llenaban el lugar. Todo era un predominio de tonos sobrios y oscuros entre los caballeros, pero color a raudales en las ropas de las damas. Algunas iban adornadas con plumas, cintas doradas y encajes transparentes, en zonas estratégicas. Y eran todas ellas, TODAS, bellísimas.

Gadea miró sus ropas y se miró reflejada en un espejo que había en una esquina del salón y se ruborizó.

Evidentemente, ella no era una belleza como todas las mujeres que le rodeaban, pero es que su vestido, el mejor que tenía, siendo bonito y delicado, parecía un hábito de monja al lado de lo que estaba viendo a su alrededor.

En ese momento, Gadea se dio cuenta de que lo máximo que iba a conseguir en ese lugar era hacer el ridículo -si alguien reparaba en ella, que esperaba que no -así que decidió irse. Además, oyó unas risas e imaginó que alguien estaba riéndose de ella. Enseguida pensó que aquello era ridículo ¿quién iba a hacerlo?, pero aquello le bastó para ponerse en marcha.

No había dado más que un paso cuando alguien se le echó encima, como un huracán, y, agarrándole fuertemente del brazo, la sacó de la sala, casi en volandas, y la llevó a una zona de

pasillo que daba a varias habitaciones cerradas. En un segundo se encontró dentro de una de ellas, con la puerta cerrada, y con un hombre enorme cerrando su salida.

—¿Jeremy, que haces aquí?

Gadea no salía de su asombro. Y Jeremy, a pesar de lo rápido que había reaccionado, tampoco. A pesar de eso, no tuvo problema en ironizar.

—¿Te das cuenta de que últimamente siempre nos preguntamos lo mismo?, porque eso mismo iba a decirte ahora. Aunque —continuó, más serio esta vez —lo de hace un mes en mis tierras podía ser previsible, lo de ahora aquí es un escándalo.

—Supongo que te referirás a ti —respondió rauda Gadea, empezando una nueva guerra verbal que Jeremy atajó en el momento.

—Gadea, por favor, mira la habitación en la que estamos.

Gadea no tenía ni una gana de hacer lo que Jeremy le decía, fuera lo que fuera. Pero algo en su tono de voz le dijo que debía hacerlo, que se estaba perdiendo algo. Así que se dió la vuelta, lentamente.

No se había dado cuenta porque con la entrada abrupta se había quedado de cara a la puerta de la habitación, pero enseguida se dio cuenta de que tres de las cuatro paredes de la habitación estaban forradas de espejos.

También había un par de muebles hechos para sentarse, o quizá para tumbarse. Un butacón rojo y una chaise-longue forrada con un material que parecía muy cálido y suave. Al lado del butacón había un pequeño aparador sobre el que se veían unos extraños artilugios. Gadea no sabía qué eran la mayoría de ellos, aunque sí distinguió plumas, correas de cuero y ...¿¿¿un pequeño látigo???.

Sin salir de su asombro, se fijó entonces en el mueble que ocupaba el centro de la habitación:

Se trataba de una gran cama con dosel, vestida con una manta mullida, enormes cojines y, en vez de cortinones cayendo del dosel, una fina tela de batista, transparente, que, se encontró pensando Gadea sin saber muy bien por qué, debían de ser suaves como la seda y, además, permitían que todo lo que ocurriera sobre la cama se reflejara en los espejos sin perder ni un detalle

Ella era bastante cándida y no tenía ni una experiencia amorosa, pero no era tonta: aquella habitación no se utilizaba para dormir.

Apartó los ojos de la cama y vió entonces el reflejo de Jeremy y de ella en los espejos. Él grande y poderoso, ella pequeña, pero enérgica, muy juntos..., ¡Dios mío!, no se había dado cuenta de lo juntos que estaban.

Y entonces la imaginación de Gadea le jugó una mala pasada y, de repente, se vio sobre esa cama, con Jeremy a su lado, tan pegados como estaban en ese momento, pero..., ¡¡¡sin ropa!!!.

Asustada con las imágenes que su mente acababa de crear, pegó un bote que hizo que se tambaleara un poco. Jeremy se acercó aún más :

—¿Estás bien?, ¿has palidecido? —le dijo con un tono de voz preocupado.

—Sí, estoy bien —respondió ella intentando reponerse y dejando de mirar la cama, para posarla en algo más neutro, que no excitara su imaginación.

Sus ojos encontraron el butacón. Pero entonces su mente le volvió a jugar otra mala pasada y se imaginó a Jeremy sentado en ese mismo butacón, vestido de arriba a abajo (¡menos mal!), pero con ella tumbada sobre sus rodillas, con la falda levantada, dejando ver sus enaguas...

¡Dios mío!, ¿¿¿qué le estaba pasando???

En ese momento, Jeremy la volvió a agarrar, pero esta vez suave y con cuidado, y la llevó al

borde de la cama. La sentó y se sentó él a su lado, con cara de preocupación.

—Ahora estás roja Gadea, parece que estás ardiendo —le dijo mientras le tocaba la frente—. No, no parece que tienes fiebre, pero tienes cara de estar indispuesta —continuó el joven, preocupado.

Estar junto a él sobre la cama, después de lo que acababa de imaginar, no era precisamente lo mejor, pero Gadea hizo un esfuerzo e intentó controlar su mente y su respiración. Parecía que lo estaba consiguiendo cuando, de pronto, la puerta de la habitación se abrió de golpe y, antes de que Jeremy y Gadea pudieran hacer o decir nada, los dos amigos de Jeremy y Lucas entraron como una tromba, riéndose:

—No os vais a creer lo bien que ha quedado esta habitación y el juego que nos va a dar —les estaba diciendo Lucas a José y Fernando, cuando se dió cuenta de que la cama de la habitación estaba ocupada—. O sí, porque vuestro buen amigo ya la está utilizando —terminó, soltando una carcajada, después de un momento de desconcierto.

José y Fernando se quedaron petrificados, sin dar crédito a lo que estaban viendo. Si ya era extraño ver allí a Jeremy -ese tipo de habitación no era un lugar en el que imaginaban a su amigo, por muy amante de las fiestas que fuera- era su acompañante la que les había dejado desconcertados.

—¡Vaya, si está con el pajarillo insignificante! —continuó Lucas, cuando vio que Jeremy estaba con la chica que había criticado un momento antes.

En ese momento, José, como si estuviera saliendo de un sueño, dijo:

—Gadea, ¿qué haces aquí?

Y cuando Lucas miró a José asombrado, porque aquel comentario dejaba claro que la joven insignificante era conocida de todos, éste le aclaró:

—Es la hija del Conde de Aldeadávila.

En ese momento Jeremý se levantó, todo lo grande que era y zanjó la cuestión con su voz más grave y enérgica, mirando a Lucas con ira contenida:

—Si, y mi futura esposa, esta misma noche.

Capítulo 7

A Jeremy le gustaba sopesar los pros y los contras antes de tomar decisiones importantes. Y casarse entraba dentro de esa clasificación, pensó irónico. Así que no, no solía tomar decisiones rápidas e impulsivas como la que acababa de tomar. Pero esta vez lo había tenido claro.

Había pasado por varios estados de ánimo desde que la puerta se había abierto. Primero la ira le había nublado al oír las despectivas palabras de Lucas, y había tenido que contenerse para no pegarle un puñetazo allí mismo. Luego se había preocupado al ver que sus amigos reconocían a Gadea (pero, ¿cómo no iban a hacerlo si ellos también habían jugado de niños con ella?). Y, finalmente, había visto claro que nada de lo que dijera iba a disipar en ellos la sospecha de que en aquella habitación había ocurrido lo que, en realidad, no había habido el mínimo peligro de que ocurriera. Dijera lo que dijera, no le iban a creer, y el nombre y la reputación de Gadea se iban a ver manchados para siempre.

Él era ante todo un caballero. Y Gadea, aunque hacía muchos años que no le interesaba como mujer, había sido su amiga, su amor platónico un tiempo y, sobre todo, era una muchacha buena y noble que no merecía que algo así le ocurriera.

Así que salió el caballero que tenía dentro, y lo soltó.

El problema, por supuesto, fue Gadea:

—¿¿¿Pero, qué dices??? —Sonó en la habitación la voz potente de la joven, inmediatamente después del silencio que habían provocado las palabras de Jeremy.

Jeremy llevaba años sin tener relación con ella, pero lo que recordaba de ella, y el contacto que habían tenido un mes antes, le decían que tenía que reaccionar de nuevo rápido antes de que la muchacha mandara ella sola su reputación a tomar viento fresco.

—Lo siento amigos —dijo mientras se levantaba y acompañaba a los tres jóvenes a la salida de manera educada pero enérgica—. Mi prometida quería que todo fuera un secreto, y lo último que quería era que soltáramos la noticia aquí y a vosotros primero. Permittedme que solucione esto a solas con ella—. Y cerró la puerta tras ellos, sin darles opción a decir nada más. Luego, sin girarse, apoyó la cabeza contra la puerta y se preparó para el chaparrón:

—Eso que has dicho era una broma, ¿no? —soltó ella de nuevo, en un tono aún más enfadado que su primera reacción.

—No, Gadea, no es una broma, pero ahora vas a escucharme antes de seguir discutiendo y, después, si quieres, explotas todo lo que quieras —continuó Jeremy en un intento de parar el huracán que se avecinaba.

Gadea no tenía la menor intención de casarse con Jeremy y en cualquier otra ocasión ni siquiera le habría escuchado, pero algo notó en el tono del joven que le hizo darle una oportunidad.

—De acuerdo, ¡suéltalo! —dijo seca, pero contenida.

—Gadea, no sé qué haces en este lugar, pero sí sé, porque te conozco, que no has venido a hacer lo mismo que el resto de las mujeres que están aquí —continuó Jeremy aprovechando la tregua.

Gadea le miró con una mezcla de interés y desconfianza, porque Jeremy había acertado y no. Después de ver la habitación, le había quedado claro que aquella fiesta a la que le había invitado Cecily escondía motivos más oscuros, si no para todas las asistentes, quiso pensar para salvar a su nueva amiga, si para muchas de ellas. Por supuesto, nada estaba más lejos de sus motivaciones. Pero, por otro lado, no podía negar que ella se había acercado para intentar conseguir algo de los hombres que iban a la fiesta. No dinero ni la posibilidad de ser mantenida por uno de ellos, pero sí influencias. Así que no, no había ido a hacer exactamente lo mismo que el resto de las mujeres de la fiesta, pero ella también había ido allí a intentar sacar algo de aquellos hombres.

En cualquier caso, aquello eran apreciaciones sutiles que se hacía a sí misma, pero que no tenía ninguna intención de compartir con él. Así que, después de mirarle fijamente unos segundos, asintió ligeramente a lo que había dicho Jeremy, dándole pie a continuar.

—Bien, todo habría quedado en nada si hubiera conseguido llevarte fuera de aquí sin que te viera nadie, aunque fuera a rastras —continuó el joven con una media sonrisa irónica—. Esa era mi intención cuando te saqué en volandas del salón de baile. Pero, por desgracia, te revolviste tanto que tuve que meterte en la primera habitación que encontré y, para mayor desgracia, era esta —y señaló con el brazo extendido los espejos, el diván y la cama.

Gadea se sonrojó de nuevo, mientras Jeremy continuaba.

—Como comprenderás, mi intención era calmarte, explicarte esto mismo que estoy diciéndote ahora y sacarte de este lugar y llevarte a tu alojamiento en Madrid. Pero hemos tenido la mala suerte de que entraran mis amigos y te reconocieran. Y eso, Gadea, es una desgracia para ti. No para mí ni para ellos. Para ti —subrayó despacio y en voz más alta, mirándola fijamente—. Si no me caso contigo, habrás perdido tu reputación para siempre. Nadie querrá casarse contigo y estarás marcada de por vida. Se te acabarán las relaciones sociales y vivirás con un permanente cuchicheo a tus espaldas—. Recalcó Jeremy, mirándola con gravedad y quedando en silencio por fin.

De repente, a Gadea se le desinfló toda la ira, y la retahíla de argumentos que pensaba utilizar contra los de Jeremy se diluyeron como el azúcar en agua.

Jeremy tenía razón, maldita sea. Aunque no por las razones que estaba pensando él. A ella, casarse o no, no le traía sin cuidado, siempre había tenido claro que no quería hacerlo. Ni tener hijos. Veía los dos destinos comunes de la mujer como una condena que le impediría conseguir lo que realmente quería. Pero perder el prestigio social sí era una enorme desgracia para ella. No por el prestigio en sí mismo, sino porque eso supondría quedarse fuera de la sociedad que conocía, que era la única que le podía dar una oportunidad de conseguir su sueño (todos los dueños de periódicos pertenecían a la alta burguesía o a la nobleza, y ellos eran los únicos que podían dar permiso para publicar a una mujer noble como ella). Cuando se corriera la voz de lo sucedido, algo que ya debería estar ocurriendo, nadie de su entorno querría verse relacionado con ella. La apartarían como una apestada. Y apartada, se le acabarían las pocas opciones de encontrar a alguien influyente que confiara en ella como reportera. No le quedaría otro remedio que vivir en aquella pensión humilde de por vida, haciendo... ¿que? Haciendo nada, sobreviviendo con su exigua asignación. O, peor aún, tendría que volver al palacio de Salamanca, con Gideon y Felicia como única compañía. Cualquiera de las dos opciones era el infierno en vida. Además, Jeremy tenía razón, ella conocía bien su entorno, y el “castigo” por lo que acababa de suceder no tenía caducidad: iba a ser de por vida.

Entonces miró a Jeremy con angustia y, por primera vez, se mostró vulnerable ante él.

—Tienes razón, Jeremy —dijo apesadumbrada —esto me entierra de por vida en casa de mi

hermano, justo lo contrario de lo que vine a hacer aquí.

En ese momento Jeremy aprovechó la oportunidad para sonsacarle la información que quería saber desde la había visto en el salón de baile:

—¿Y qué has venido a hacer, Gadea?, si me permites la pregunta... —le dijo con delicadeza.

—Vine a ver si conocía a alguien que me ayudara a conseguir mi sueño —contestó la joven con tono apagado—. Cecily, la chica con la que comparto pensión, me dijo que aquí se reunían los hombres más influyentes de España, y yo necesito que alguno me ayude a conseguir lo que quiero. Ya sé que es una locura, ahora que lo pienso fríamente me doy cuenta, pero estaba desesperada. Gideon y Felicia no quieren ayudarme y, con la asignación que me dejó mi padre, lejos del palacio de Salamanca, sólo tengo para vivir muy modestamente en una pensión. Imposible acceder a lo que quiero.

—¿Y qué es lo que quieres conseguir, Gadea? —insistió Jeremy, intrigado.

—Ya lo sabes.

Jeremy no sabía nada, pero la joven lo dijo con tanta convicción que, en vez de rebatir lo que le había dicho, se quedó un momento reflexionando. ¿Quizá se refería a algo que ella le había contado hacía años, cuando eran amigos? Rebuscó un poco en su memoria y enseguida recordó que su joven amiga, además de ser una lectora empedernida, siempre había escrito. Desde que él tenía uso de razón la había conocido con un libro o una libreta en la mano (si no con las dos a la vez). Y, de hecho, él había sido el primer oyente de sus escritos, que, curiosamente, no eran de ficción, sino que siempre iban alrededor de acontecimientos recientes. Gadea escribía crónicas sobre guerras, o sobre hechos importantes que llegaban a sus oídos. Y siempre le decía lo mismo: “de mayor quiero escribir en un periódico”.

Jeremy la miró dudando si hacer la pregunta que se le había ocurrido, porque se temía cuál iba a ser su respuesta.

—¿No te referirás a esa idea loca que tenías de niña de ser reportera, verdad?

Gadea pasó por alto el adjetivo, aunque no pudo evitar que sus ojos echaran chispas, y respondió tan solo con un escueto y rotundo:

—¡Claro!

En aquel momento Jeremy no supo si reír a carcajadas o tocar de nuevo la frente de Gadea, por si estaba con fiebre y delirando. ¿Reportera?, ¿ella?, ¿una mujer?, pero ¿qué locura era esa? Una cosa son los sueños de niños, plagados de fantasías, y otra la necesidad de utilizar el sentido común cuando te conviertes en adulto. Él mismo había jugado de niño a ser general cientos de veces y, sin embargo, en cuanto había tenido dos dedos de frente, había huído de cualquier ocupación relacionada con el ejército. Sin embargo, Gadea parecía haberse quedado anclada en aquella fabulación infantil, olvidando lo que la vida le deparaba a las personas como ella.

Era una mujer hecha y derecha cuyo destino estaba escrito: o ser una esposa abnegada o vivir con su hermano y familia hasta la muerte. Todas las mujeres lo sabían. No había otra opción.

Pero Gadea no era como todas, claro, nunca lo había sido...

En ese momento vio que la joven esperaba impaciente su respuesta. Decidió aparcarse un momento sus objeciones e intentó seguir sacándole información con delicadeza.

—Gadea, tienes razón, recuerdo que ese era tu sueño de niña. Pero estarás conmigo en que, ya como adulta, es extraño que continúes con esa idea. Yo no conozco ninguna reportera. Dudo de que existan mujeres que se dediquen a algo así. Y, si hay alguna, seguro que no es de origen noble, como tú. Hazte cargo de mi extrañeza. Además, ya que vas a ser mi esposa, me gustaría saber un poco más sobre cómo pensabas conseguir algo así.

Al escuchar la última frase, Gadea levantó la vista del suelo con el mismo fuego en la mirada que tenía siempre. Volvía a ser ella. En plena forma. Hablando de lo que le apasionaba, se había olvidado del tema del matrimonio... Su primera reacción instintiva fue decirle a Jeremy que se olvidara de lo de ser su esposa, pero volvió a acordarse de los argumentos de su joven amigo y se desanimó de nuevo. Aún así, intentó buscar un resquicio:

—¿No hay otra opción que casarnos, Jeremy?

—Sí, claro. Puedes volver a Salamanca con el honor manchado para siempre. Lo que te he dicho antes.

Esta vez Gadea decidió valorar sus opciones con más calma: casarse con Jeremy para pasar de estar encerrada en un palacio a estar encerrada en otro, y de estar sometida a Jeremy en vez de a Gideon, no le parecía una gran ventaja. Jeremy había sido un buen amigo de infancia, pero no sabía nada de él desde hacía años, con Gideon ya sabía a qué atenerse. Sin embargo, había un resquicio de esperanza si aceptaba la primera opción. Y decidió jugársela:

—De acuerdo Jeremy, me casaré contigo con una condición: que me ayudes a conseguir mi sueño de ser reportera. Tú tienes los medios económicos y los contactos, puedes hacerlo.

Una vez más, Gadea volvió a dejarle desconcertado. Sin palabras. Una cosa era que su amiga tuviera un sueño alocado, otra, que le salpicara a él. Aquello era una locura. Pero, claro, peor le parecía que, por su culpa, la joven a la que había amado —de niño, es cierto, pero amado — destruyera su vida para siempre.

Además, para qué negarlo, no todo era generosidad por su parte. Si se casaba con Gadea, solucionarían un problema que llevaba un tiempo mortificándole.

Desde la muerte de su padre, todos los ojos se habían posado en él, y muchos comentarios habían llegado a sus oídos. Había una corriente de presión subterránea entre familiares y amigos: todos esperaban de él que se casara y tuviera hijos. Que pronto hubiera un heredero del Vizcondado de los Arribes.

A Jeremy no le apetecía mucho casarse y tener que dejar la vida libre y despreocupada que llevaba en asuntos amorosos, pero entendía que hacerlo entraba dentro de sus obligaciones. Al mismo nivel que gestionar la hacienda para que produjera beneficios. Lo que le gustaba menos, hasta el rechazo casi, era tener que hacerlo con cualquiera de las jóvenes nobles que le presentaban. Por eso no había dado ni un paso aún en esa dirección. El incidente con Gadea le había abierto una puerta improvisada. De pequeños eran amigos del alma, compatibles al cien por cien, así que no le disgustaba del todo la idea de que ella fuera su esposa. Y ella quería algo de él, pero no precisamente tenerlo atado a su lecho en exclusiva. La idea de Gadea le parecía una locura, pero el resto eran todo ventajas. Sí, pensó, en realidad todo lo ocurrido aquella noche había sido un golpe de suerte. De buena suerte.

Y sabía lo que tenía que hacer para solventar el único escollo. Le prometería a Gadea que le ayudaría. Luego, después de casarse, lo haría con poco interés, hasta que ella quedara embarazada (que, si todo iba bien, sería en el primer o segundo mes). Con la ilusión del niño, a ella, seguro, se le pasarían las tonterías y olvidaría el asunto. Y él podría volver a sus correrías sexuales y amorosas (de manera mucho más discreta, por supuesto) sin mucho problema, porque Gadea ya le había dejado claro, diez años atrás y en aquel momento, que no tenía ningún interés en él.

Sí, lo cierto es que no veía más que ventajas en ese matrimonio:

—De acuerdo, Gadea —dijo seguro— te ayudaré y...

Pero cuando iba a continuar, Gadea le cortó de nuevo:

—Quiero añadir una condición más. Nos casaremos y ante todo el mundo seremos un

matrimonio normal, pero no quiero tener relaciones contigo. No quiero tener hijos, es incompatible con mi futura profesión.

Jeremy se quedó pasmado. No tenía ninguna intención de serle fiel a Gadea tras el matrimonio, tenía claro que estaban tomando un acuerdo de conveniencia mutua. Un tipo de acuerdo, por cierto, que se daba a menudo entre la nobleza. Matrimonios de interés, en los que cada cual hacía más o menos su vida en privado, pero mantenían las formas en público. Pero es que ese mantener las formas no era solo acudir juntos a fiestas y eventos, sino, también, procrear.

Jeremy sabía que, en algunos casos, esta parte del matrimonio era costosa para los implicados, entre los que la atracción era nula, pero ni siquiera era su caso. Gadea le había gustado en su momento y, si bien ahora se alejaba de los estándares de mujeres que él buscaba (tenía una belleza demasiado “discreta”), tampoco le disgustaba acostarse con ella. De hecho, sólo de pensarlo, en ese mismo momento, su miembro saltó dentro de los pantalones. Algo que le sorprendió: “pues parece que me sigue atrayendo”, pensó.

Pero enseguida todo volvió a su lugar, porque Gadea acababa de decirle precisamente que nada de eso debía ocurrir.

—¿Pero qué estás diciendo? Eso no tiene ni pies ni cabeza, Gadea. Estoy dispuesto a casarme contigo para salvar tu honor, pero no a cambio de nada, y ese algo es que me des un heredero. Y la única forma de hacerlo —continuó tras una pausa en la que aprovechó para acercarse más a ella y mirarla con intensidad —es acostándome contigo —terminó susurrándole al oído.

En aquel momento, la erección inesperada volvió a Jeremy y Gadea volvió a acalorarse como un momento antes. “¿Qué me está pasando?”, pensaron los dos a la vez.

La primera en reaccionar fue Gadea, que se levantó de la cama y se alejó unos pasos de él. Después, calmada de nuevo, reflexionó un poco y se dió cuenta de que tenía que ceder algo. Ya tenía claro que lo ocurrido le alejaba totalmente de su sueño y que Jeremy era la única tabla salvavidas que tenía. Y también se daba cuenta de que Jeremy no iba a aceptar la boda a cambio de nada, así que decidió jugar sus cartas:

—Tienes que darme tiempo. Aún no. Dame unos meses.

—¿Unos meses para qué?

—Para tener relaciones conmigo...—dijo Gadea azorada.

—¿Cuántos? —añadió Jeremy amoscado, porque se temía que la joven estaba dándole largas.

—Seis —dijo Gadea, rebajando la idea inicial de un año al menos, teniendo claro que Jeremy no aceptaría.

—Tres —respondió el joven, de nuevo a su lado, poniendo la boca a centímetros de la de ella.

Gadea sabía que no tenía otra, así que aceptó. En tres meses tenía que intentar conseguir entrar como redactora en un periódico en Madrid. Si después quedaba embarazada, podía apurar otros seis antes de tener que retirarse por su estado. En aquel tiempo tenía que conseguir hacerse un nombre, tener lectores y ser imprescindible en el periódico para que, tras el nacimiento de su hijo, volvieran a contar con ella. Sonaba al cuento de la lechera, pero estaba segura de que lo iba a conseguir

—De acuerdo, Jeremy, pero prométeme que durante esos tres meses, me vas a ayudar al cien por cien a conseguir mi sueño.

—De acuerdo, Gadea —respondió Jeremy, pensando que en tres meses no le iba a dar tiempo de nada y, además, en cuanto quedara embarazada, olvidaría todas aquellas tonterías y se centraría en su bebé, como hacían todas las mujeres. Estaba en su naturaleza.

Capítulo 8

Una hora más tarde, Gadea y Jeremy esperaban sentados frente al altar mayor de la iglesia del Carmen y San Luis, en pleno centro de Madrid, a pocos metros del palacio de Jeremy.

Durante esa hora, Jeremy había decidido que la boda debía ser inminente, ya que, si esperaban más tiempo, aunque solo fueran un par de días, el escándalo por lo que habían visto sus amigos se habría extendido por todo Madrid. No eran sus amigos precisamente quienes más le preocupaban, sino Lucas, que estaría encantado de incomodar a Jeremy y destrozar la reputación de una joven solo por el gusto de hacerlo. Así que, en cuanto acordaron las condiciones del matrimonio, Jeremy sacó a Gadea del club y la llevó a la iglesia. Por el camino le contó las razones de las prisas y cómo gestionaría la boda:

—A estas horas, todos los hombres del club ya sabrán que una joven noble de impecable familia estaba conmigo en la habitación más privada del club. Mañana por la mañana lo sabrán todas sus mujeres. Porque los maridos utilizarán esa información a su favor. Calmarán a sus mujeres de un posible enfado por su ausencia por la juerga nocturna dándoles un tema para chismorrear —le iba contando Jeremy a Gadea mientras la llevaba hacia la iglesia—. Pero nosotros vamos a estropearles el placer de la maledicencia —continuó, mientras le agarraba firme y se acercaba aún más a ella—. Mañana se despertarán también con la nota de prensa que anuncia nuestro matrimonio.

—O sea, que tienes contactos muy poderosos entre la prensa si puedes gestionar algo así tan rápido.

Jeremy se paró en seco y miró a Gadea con una mezcla de sorpresa y exasperación. También con un punto de diversión.

—Se me había olvidado lo cabezota que eras. Sí, tengo contactos que ya te presentaré —le respondió con el típico tono que se utiliza cuando contestas a alguien pesado.

Gadea sonrió de oreja a oreja y Jeremy se sorprendió pensando que así estaba bellísima. Y que a gusto la besaría en plena calle.

No hizo, por supuesto, nada de eso y siguió contándole el plan.

—Enseguida pensarán que estás embarazada y que por eso hemos precipitado la boda, teniendo en cuenta, además, que Lucas contará a todo el mundo dónde nos encontró. Pero pronto se darán cuenta de su error, porque, al menos durante tres meses, no va a haber ningún bebé en camino.... A no ser que cambies de opinión —terminó Jeremy con una sonrisa provocadora y acercándose más aún a ella.

—No, no voy a cambiar de opinión —respondió seca Gadea, dándole un ligero empujón para alejarlo de ella.

En ese momento Jeremy recordó que, de niños, a veces jugaban a algo parecido y le hizo gracia. Así que empujó él también a Gadea, suave según su criterio, pero no calculó bien. Él ya no era un niño, sino un hombretón de metro noventa. Y Gadea no era uno de sus amigos, sino una joven de menos de 50 kg, así que la broma se le escapó de las manos y Gadea estuvo a punto de caer al suelo. No cayó porque él tuvo los suficientes reflejos para cogerla entre sus brazos antes

de que ocurriera.

Fue un segundo apenas, pero ambos se quedaron mirando, a escasos centímetros uno del otro. Jeremy no pudo evitar fijarse en el pecho de Gadea, que subía y bajaba por la agitación que le había provocado el susto, pero de una forma que le recordó a los jadeos que las mujeres emitían entre sus brazos. Una vez más, apareció una erección, esta vez más intensa que las anteriores. Y fue él mismo el que, tras asegurarse de que Gadea ponía pie con seguridad de nuevo, se alejó todo lo que pudo de ella, sin dejar de cogerle del brazo.

Aquella chica le gustaba mucho más de lo que había pensado. Y no, no eran recuerdos de infancia, lo que acababa de pasarle nada tenía que ver con la infancia.

Gadea vivió todo con asombro también. Jeremy siempre le había caído bien. Muy bien. De hecho, había sido su mejor amigo hasta la adolescencia, y después nadie había ocupado ese lugar. Por desgracia, un incidente tonto los había hecho alejarse (ella le había dado un bofetón un día que él había intentado besarla) y luego, poco después, él partió para Madrid, a estudiar en un internado. Desde entonces, sólo había vuelto en Navidades y algunos días en verano. Muchas de aquellas veces habían coincidido estando ella visitando a sus abuelos en Burdeos, así que solo se habían visto de lejos unas pocas veces, hasta el encuentro de un mes anterior.

Lo que le había ocurrido en la habitación del club y lo que le acababa de ocurrir cuando Jeremy la había agarrado para que no cayera le tenía desconcertada. Nunca en su vida había sentido algo parecido... Bueno, sí, una vez..., el día de la bofetada.

Porque lo que Jeremy no sabía era que aquella bofetada no había sido fruto del desprecio o el desagrado, sino todo lo contrario. El día del beso, Jeremy le desconcertó, porque ella jamás había pensado en él como un enamorado, pero también le hizo sentir algo nuevo, intenso, que jamás había sentido hasta entonces. El beso le pareció dulce, perfecto, maravilloso, y le provocó tal agitación, que su reacción fue abofetearle..., para dejar de sentir con tanta intensidad algo que no podía controlar.

Después del incidente, había pasado unos meses dándole vueltas a lo que había sentido, pero acabó olvidándolo.

Y, de repente, lo sucedido en habitación del club había servido para comunicar directamente a la Gadea de 15 años con la de 25. La sensación del día de la bofetada había vuelto a ella con toda su intensidad. Más aún, para empezar, porque ya no era una niña y sabía lo que eso significaba.

Y no lo quería.

Si había algo que tenía claro en su vida era que no quería un hombre en ella. No quería nadie que mandara sobre ella.

Quería ser reportera. Libre. Autosuficiente.

Llegaron a las puertas de la iglesia cada uno sumido en sus pensamientos, intentando controlar la marea de emociones que les embargaba. Y en un extraño silencio.

Entonces, Gadea, para intentar volver a la normalidad, decidió continuar con la conversación donde la habían dejado antes del último empujón.

—Bien, Jeremy, entiendo que nuestra boda puede dar algo que hablar por lo precipitado, pero que en poco tiempo, ante al ausencia de escándalos y novedades, nos dejarán en paz y todo el mundo olvidará cómo nos casamos. Pero ¿has pensado qué decirles a tus hermanos? Porque yo hoy tendré que dormir contigo —y cortó la frase, azorada, al darse cuenta de lo que acababa de decir—. En tu casa, quiero decir —terminó rápida.

—Gadea, mis hermanos se van a ver felices. Llevan tiempo dándome la tabarra sobre la necesidad de casarme. Y yo dándoles largas. Además, todos te conocen y te aprecian. No habrás

olvidado que Andrew y Henry jugaban con nosotros de pequeños.

—Ay, El inquieto Andrew y el reflexivo Henry, ¿cómo los voy a olvidar? Además, he mantenido la relación con ellos más que contigo. Sé que Andrew es coronel del ejército y Henry lleva negocios en el extranjero. A veces nos hemos encontrado en Salamanca y, cuando lo hemos hecho, hemos tenido conversaciones agradables.

Jeremy la miró sorprendido de verdad. No por ella, sino porque sus hermanos le hubieran ocultado esa información. Aunque se dió cuenta de que aquello tendría que ver con la forma en que él había reaccionado después de recibir la bofetada. Cómo había dejado de salir a jugar cuando estaba Gadea. Él había aceptado que sus hermanos siguieran jugando con ella en aquella época, pero luego había dado por hecho que la vida les había separado del todo, como había ocurrido con él. Sin embargo, al parecer, habían mantenido la relación. Entonces se acordó también de su hermana pequeña.

—¿Y Artemisa? —le preguntó curioso —.¿También tienes trato con ella?

A Artemisa la tengo más perdida —contestó Gadea, sabes que tiene 7 años menos que nosotros, así que siempre tuve menos trato, aunque me parecía adorable. ¿Te acuerdas de que, cuando apenas había empezado a andar, trataba de seguirnos cuando subíamos a los árboles?

—Trataba de seguirte a ti, Gadea, te adoraba. Eras su modelo.

—¿En serio? —dijo Gadea sorprendida.

—Sí, y, de hecho, ahora me estoy dando cuenta de que sigue intentándolo, o algo se le ha quedado, porque anda diciendo que quiere dedicarse a la ciencia. Otra como tu... —dijo con tono irónico, pero mirándola con cariño.

Antes de que Gadea pudiera contestar, se abrió al puerta de la iglesia y apareció el párroco, que era amigo de Jeremy de la época del internado.

—Pasad —les dijo con tono de misterio, mirando a un lado y otro de la puerta, antes de cerrarla tras ellos una vez estuvieron dentro.

—Damián, no hemos matado a nadie, solo venimos a casarnos, tal y como te ha avisado el mensajero que he enviado hace un rato.

—Jeremy, no sé qué locura es esta, pero te aseguro que no pienso casar a nadie hasta que no me lo expliques bien. Y hasta que no compruebe que la dama que te acompaña lo hace por su voluntad y no forzada —dijo mirando a Gadea con interés y respeto al mismo tiempo—. Joven —añadió dirigiéndose a ella—, conozco a Jeremy desde los tiempos del internado en El Escorial, era uno de mis mejores amigos y siempre he pensado lo mejor de él, pero esto que ha organizado esta noche no tiene pies ni cabeza. Así que, ante la duda de que a mi amigo le haya dado un mal en el cerebro, o haya sido poseído por un diablo maligno —continuó guiñándole un ojo a Jeremy—, debo preguntarle a usted qué es lo que está ocurriendo aquí y, sobre todo, si viene por su propia voluntad.

A Gadea el padre Damián le cayó bien desde el primer momento, así que cogió con gusto lo que le estaba pidiendo. Además, no se trataba más que de hacer una crónica de lo sucedido, precisamente, hacer aquello a lo que quería dedicar su vida.

El padre Damián fue salpicando el relato de Gadea de exclamaciones, pero, al final, aunque les dedicó un pequeña regañina a ambos (a él por ir a esas fiestas y a ella por lo mismo), no puso ningún reparo en casarlos. Llamó al sacristán y su hijo, que vivían al lado, para hacer de testigos y, media hora después de haber entrado, Gadea y Jeremy salían de la iglesia del Carmen, casados.

Capítulo 9

La llegada a la casa de Jeremy fue más fácil de lo que Gadea había previsto. Los dos hermanos varones, que casualmente estaban en palacio aquellos días, reaccionaron con sorpresa en un primer momento, pero con alegría después. Hubo incluso algunas risas, cuando supieron cómo se había desarrollado todo. Pero, sobre todo, mucha felicidad porque, aunque de improviso, su hermano ya estaba por fin casado. Y con la mejor de las mujeres que se les podía ocurrir. La única pega la puso Andrew:

—Lo que no te perdono, Jeremy, es que nos hayas dejado sin boda oficial y sin fiesta. Recuerda que aún tienes tres hermanos más por casar y no todos tenemos la suerte de tener una candidata perfecta como Gadea. Vas a tener que organizar muchas fiestas fastuosas para compensarnos.

Jeremy le prometió que así sería, y todos estuvieron un buen rato charlando, animados y contentos.

Artemisa asistió a todas las explicaciones callada, hasta que se levantó y abrazó con fuerza a Gadea. Y luego desapareció rumbo a sus habitaciones, porque seguía siendo igual de tímida que de pequeña.

Respecto a los criados, a Gadea le parecieron todos agradables, sobre todo Teresa, la mujer que se iba a ocupar de ella a partir de entonces. Ninguno de ellos hizo comentario alguno, como se suponía por su trabajo y posición, pero tampoco percibió en ellos ningún gesto de desagrado, ni siquiera de sorpresa.

Tras las últimas presentaciones, todo el mundo se retiró a sus habitaciones con respeto, porque todos daban por hecho que tenía que ocurrir lo que ocurría normalmente tras una boda.

Todo el mundo menos Gadea y Jeremy, claro.

Este último le dijo a Teresa que se marchara también, que él se encargaría de enseñarle a su mujer sus habitaciones, y ahí fue cuando se quedaron solos de nuevo.

En un primer momento se hizo un silencio tenso. A pesar de que todo estaba hablado y claro, después del bullicio que les había rodeado desde que habían entrado en la casa, el silencio se les hizo extraño a ambos. Jeremy cogió, sin embargo, las riendas enseguida, y volviendo a coger del brazo a Gadea le espetó:

—Y ahora, adorable mujercita, voy a enseñarte tus habitaciones.

Gadea sonrió, un poco nerviosa, pero agradecida por el tono distendido.

Jeremy la llevó a una zona de la casa alejada del resto de habitaciones. Al fondo de un largo pasillo, decorado con lujo pero sin ostentación, dos puertas gemelas, una al lado de la otra, cerraban las habitaciones de los dueños del palacio. En su tiempo, habían sido las habitaciones de los padres de Jeremy. Al morir el último, el vizconde, él había ocupado la de su padre y había mantenido la otra sin tocar, pensando que ya lo haría cuando su futura esposa llegara.

Y había llegado el momento.

—Gadea, la habitación está tal cual la decoró mi madre, no quise cambiar nada para que mi

futura esposa pudiera hacerla suya cuando viniera. Así que puedes cambiar lo que quieras a partir de mañana. No tienes más que pedirlo.

Gadea entró después de esta explicación pensando que iba a encontrar una habitación anticuada, así que su sorpresa fue enorme.

La habitación tenía pocos muebles y, aunque se veía que eran de muy buena calidad, eran de apariencia sencilla, casi parecían tan austeros como los del cuarto de una monja. Pero esa sensación de austeridad se diluía con los adornos. Tanto las cortinas como la colcha eran de una tela de flores delicadas, en tonos rosas, que le daban a la habitación un clima de dulzura y calidez, al igual que la alfombra, también de fondo rosa con estampado de margaritas silvestres. La sensación de calidez se acrecentaba con la manta mullida que estaba a los pies de la cama, en color beige. Se notaba que estaba hecha con la lana más delicada, de tal manera que, aunque no hubiera habido sábanas, la manta habría servido como el cobertor más suave.

La cama, enorme, tenía un dosel adornado con la misma tela que las cortinas y la colcha, y varios cojines esponjosos repartidos por toda ella. En un lateral de la cama había un tocador y un secreter y, en el otro, una chimenea, frente a la cual había una mullida alfombra de pelo.

Hasta ahí todo le pareció maravilloso a Gadea. Enseguida pensó que encajaba perfectamente con el recuerdo que tenía de la anterior vizcondesa, una mujer con una dulzura y una clase como no había conocido a nadie. Así que pensaba decirle a Jeremy que no iba a cambiar nada de aquella habitación, si acaso, llenarla de flores frescas todos los días, algo que, seguro, la anterior vizcondesa también había hecho.

Pero no terminaba de decidirse a decirlo en alto, porque la habitación sí tenía un elemento que le había dejado sorprendida desde que había abierto la puerta y que, de hecho, había hecho que su inspección de la habitación tardara más de lo habitual, porque no podía quitar los ojos de aquello.

En su vida había visto nada igual y aquel día llevaba dos, porque la pared del frente de la cama estaba entera, forrada de arriba a abajo y de lado a lado, con un enorme espejo. Igual al que había visto en el club. Y, no le quedaba ni una duda, para ser utilizado por las mismas razones.

El caso es que cuando terminó de inspeccionar con la vista la habitación, volvió a clavar la mirada en el espejo y, tras tragar saliva, miró a Jeremy con asombro.

Él se limitó a encogerse de hombros y sonreír, antes de decir:

—Eran mis padres, sí, pero parece ser que se querían mucho.

Y terminó soltando una carcajada que sirvió para distender un poco la situación que se había creado en la habitación.

Gadea agradeció el gesto y decidió que, por el momento, se olvidaría de aquello. Nombrarlo, además, no hacía más que azorarlo.

—Jeremy, me gusta todo. Casi todo —corrigió enseguida y, al darse cuenta de que él podía ofenderse con la corrección, volvió a corregir—, sí, todo..., es igual..., la alfombra es preciosa —terminó, balbuceando un poco y sintiéndose un poco tonta.

Esta vez Jeremy rió aún más fuerte y decidió aprovechar la ocasión e insistir con el tema que perturbaba a su joven esposa. Sabía que la iba a poner incómoda, pero Gadea no podía quejarse, porque él ya estaba teniendo suficiente paciencia con ese tema. Además, no les vendría mal jugar un poco, aunque fuera verbalmente, para prepararse para lo que les esperaba en tres meses.

—De pequeño me encantaba. No tenía ni idea de para qué podía servir, así que lo usaba, cuando mi madre me dejaba, para hacer posturas cuando jugaba a que era el Cid Campeador y esas cosas —volvió a reír con ganas—. En cuanto llegué a la adolescencia empecé a sospechar

para qué podía ser y, una vez adulto, lo confirmé. Pasé un tiempo enfadado con mis padres: ¿a qué matrimonio respetable se le ocurre jugar con estas cosas?, pero ya les he perdonado hace tiempo. No sólo eso, les admiro: pocos matrimonios pueden decir que se divierten tanto como al parecer hacían ellos. Porque es divertido, Gadea, créeme —le dijo mirándola provocador y, al ver que ella se ponía como la grana, añadió con malicia —pero si te ofende, puedo mandar que lo quiten.

—No, no te preocupes, ya le buscaré alguna utilidad, no me molesta. Así podré ver cómo me queda la ropa antes de salir —contestó rápida Gadea, ya dueña de sí misma y con tono altivo. Porque no tenía ni una duda de que Jeremy continuaba con aquel tema para provocarle y ponerle nerviosa. Y sí, lo estaba consiguiendo, pero ella haría lo que fuera por disimularlo.

—Bueno —respondió Jeremy con mirada pícaro —y dentro de tres meses igual le encontramos otra utilidad.

Gadea se quedó sin palabras y volvió a ponerse roja. Con su respuesta no había hecho más que azuzar a Jeremy y dejarle en bandeja aquel último comentario provocador. Ya no tenía ganas de seguir con aquello, así que decidió cortar por lo sano y de frente:

—¡Jeremy, yo no voy a usar el espejo de esa manera jamás, quítatelo de la cabeza!

Jeremy no tomó en serio el comentario. Es cierto que Gadea se había resistido a sus encantos siempre, y parecía seguir haciéndolo, pero él estaba muy seguro de su pericia en la cama. Todas las mujeres que habían pasado por su lecho habían disfrutado con él. No tenía ni una duda de que haría cambiar de parecer a Gadea y utilizarían el espejo y otros objetos. Sin embargo, se dio cuenta de que, por el momento, ya era hora de acabar con aquello. Había sido un día muy intenso para los dos, así que decidió dejar tranquila a Gadea, para que se hiciera con la habitación y con la situación poco a poco. Los cambios en su vida habían sido enormes. Había que darle tiempo

Así que volvió a convertirse en el caballero educado y correcto que era fuera del lecho y se acercó a ella y le dio un beso casto en la mejilla, acercándose lo justo.

—Hasta mañana, Gadea —le dijo—, ha sido un día intenso para los dos y tenemos que descansar. Mañana te enseñaré el resto de la casa y escribiremos a tu hermano para comunicarle la buena nueva.

—Y a tus amigos influyentes para intentar que me contraten.

Esto último lo dijo Gadea cuando él ya tenía una mano en el pomo de la puerta interior que comunicaba su habitación con la de Gadea. No se dio la vuelta para que ella no viera la cara de resignación que puso, “¡qué cabezota es!”, pensó, pero solo le contestó con un escueto y poco entusiasta: “sí, claro”.

Una vez al otro lado, en su habitación, se tumbó en la cama todo lo largo que era y reflexionó. Sí, había sido un día intenso, extraño. Había salido de casa dispuesto a divertirse y había vuelto con una esposa. Aunque parecía una locura, y lo era, también era una buena noticia, ya que llevaba tiempo sabiendo que debía casarse y huyendo de esa responsabilidad. Al final, sin buscarlo, sin agotarse con el tema, había acabado haciéndolo de la mejor forma posible: con una joven de la nobleza, que, encima, le gustaba mucho como persona y no le disgustaba físicamente.

El plan sólo tenía un pero: ¿qué hacía durmiendo solo el día de su boda? Si sus amigos se enteraban, se iban a reír de él sin parar todo su vida, siguió pensando con una sonrisa irónica. Bueno, ya se encargaría él de que no se enterara nadie y, además, el acuerdo con Gadea tenía un plazo: tres meses. Después de los cuales se desquitaría por el retraso.

Cuando pensó en eso, su pene volvió a pegar un brinco. Efectivamente, pensó Jeremy, Gadea había sido una elección inmejorable, porque, al parecer, la atracción que había sentido de niño ahí continuaba.

Con una sonrisa en los labios miró hacia el techo, y ahí la sonrisa se convirtió en carcajada: estaba deseando ver la cara de la joven cuando viera que la habitación de su padre también tenía espejo, esta vez en el techo.

Capítulo 10

Al día siguiente, Gadea se despertó con la luz del sol. La noche anterior nadie había cerrado las contraventanas, así que la habitación se había convertido en un festín de luz con las primeras luces del alba. Porque por la noche no había sido consciente de los enormes ventanales que tenía la habitación.

Había dormido profundamente y se sentía bien. Se revolvió un poco, perezosa, y en ese momento le vino todo lo ocurrido a la mente.

Y entró en pánico: ¿¿¿¿qué había hecho????!

Si había algo que tenía claro desde pequeña era que no iba a casarse. Ella siempre había querido ser como los chicos, tener libertad de movimiento y, sobre todo, poder dedicarse a lo que le gustaba, y eso era incompatible con el matrimonio. Si eras mujer, claro.

Y, de repente, sin tiempo para asimilarlo, estaba casada.

Rodó por la enorme cama agarrada a la almohada sin terminar de creerse lo que había hecho, hasta que vino a su mente la imagen Jeremy, y una sonrisa involuntaria le surgió.

Lo cierto era que Jeremy le caía bien. Muy bien. Era, de hecho, la persona con la que más a gusto se había sentido en toda su vida. Una especie de alma gemela de juegos y confianzas. Rechazaba la idea de casarse, en general, pero no rechazaba a Jeremy. Y, si tenía que ser sincera con ella misma, no, no sentía como una desgracia estar casada con él, y menos después del acuerdo al que habían llegado. Porque, vale, ella había tenido siempre una idea clara de cuál era su ideal de vida, un ideal en el que era soltera, libre y autosuficiente. Pero nunca había estado cerca de conseguirlo. Lo cierto era que había llegado a Madrid sola y soltera, sí, pero ni era autosuficiente ni, por eso mismo, estaba cerca de ser libre. Había ido a la fiesta con un sueño claro, pero casi imposible de cumplir. ¿Dónde habría acabado al cabo de poco tiempo si no hubiera ocurrido el incidente de la habitación secreta con Jeremy? Siendo sincera consigo misma, tenía que reconocer que seguramente en casa de su hermano Gideon de vuelta, con el rabo entre las piernas y teniendo que aguantar a su cuñada hasta morir.

No, eso no, continuó pensando, rebelándose a esos pensamientos, ya se le habría ocurrido algo...

Pero claro, cualquier cosa que se le ocurriera pasaba por tener a un hombre como “padrino”, ¿a qué si no había ido a la fiesta? A buscar uno, tuvo que reconocerse al fin, y, por cierto, la empresa había salido bien, porque se había traído uno inmejorable. El mejor.

No, siendo honesta y abandonando sus prejuicios, tenía que reconocer que no estaba tan mal lo que había ocurrido, sólo que debía asimilarlo. Jeremy le había prometido ayudarla y, además, le había dado una tregua sin hijos, así que tenía tiempo para intentar conseguir su sueño.

Algo más tranquila, se levantó por fin y se acercó al ventanal que estaba más cerca de la cama. Lo que vio a través de él le maravilló.

La casa estaba en plena calle de Alcalá, pero aquellas habitaciones daban a la parte de atrás, y lo que desde ellas se veía era un frondoso jardín, rodeado de árboles centenarios y un estanque en

medio. El día anterior la casa le había parecido pequeña, pero no debía de serlo si tenía semejante jardín. Mientras miraba vió pasar a un jardinero, que la saludó con una inclinación, mientras ella sonreía y le saludaba con la mano. ¡Qué agradables eran todos allí!

No, no podía arrepentirse de haberse casado con Jeremy, pensó de nuevo. Y, en ese momento, oyó un ruido a su espalda.

Jeremy llevaba unos minutos dentro de la habitación observando a Gadea mirar por la ventana.

El joven había entrado pensando despertarla, ya que Teresa no iba a acercarse hasta que él le diera una nueva orden. Su sorpresa fue verla levantada con su figura recortada contra la ventana. El fino camisón que llevaba se transparentaba al trasluz, así que la vió tal cual era, casi como si estuviera desnuda. Y tuvo que hacer esfuerzos para ahogar un suspiro.

Era preciosa.

Y era su mujer.

Aunque, por el momento, solo sobre el papel, aún debería esperar un tiempo para hacerla suya, como estaba deseando.

Iba a ser un tiempo difícil e interesante a la vez, pensó. Difícil, porque le iba a costar no poseerla ya, allí mismo. Interesante, porque, en el pasado, pocas veces había tenido que aguantar para conseguir una mujer que deseara. Bueno, pocas no, sólo una, y había sido precisamente Gadea.

Sonrió al pensarlo y se alegró una vez más de que la noche anterior, lo que parecía un inmenso lío, hubiera acabado como acabó. Al final, Gadea iba a ser suya.

Y después de agotar su pasión..., también le parecía que había tenido mucha suerte. Gadea se había casado sólo para conseguir su sueño. Cuando se les pasara la pasión del inicio (porque no tenía ni una duda de que Gadea iba a disfrutar tanto como él de sus encuentros sexuales), ella volvería a tener nulo interés en él como marido y él podría volver a sus correrías habituales con mujeres, guardando las formas, por supuesto, pero sin miedo a las broncas permanentes con su esposa.

El plan, de todas formas, tenía un punto débil, y era bien consciente de él. Gadea había mostrado nulo interés en el matrimonio porque su interés era otro: hacerse reportera. Un matiz que no era en absoluto pequeño. Era, tal y como había pensado él cuando lo había oído por primera vez, un despropósito.

Pero Jeremy tenía la esperanza de que quedara pronto embarazada y que el mundo de la prensa quedara en un segundo plano para siempre. Porque eso les ocurría a las mujeres cuando tenían hijos ¿no?, se olvidaban de todo lo demás...

Lo cierto es que no sabía muy bien por qué pero, aunque eso era lo lógico, algo en su interior le decía que Gadea podía reaccionar de otro modo. Al fin y al cabo, ella siempre reaccionaba de un modo diferente al esperado.

En cualquier caso, aún quedaba mucho para preocuparse, así que decidió alejar esos pensamientos y se concentró en admirar el cuerpo de Gadea. Era perfecta, preciosa, se dijo a sí

mismo.

Y, de manera involuntaria ,le salió un suspiro que la joven oyó.

Ella se dió la vuelta, asustada, lo que le hizo darse un golpe en el brazo contra la contraventana. Jeremy era tan alto que en dos zancadas se puso a su lado, dispuesto a examinar si se había hecho daño. Al estar tan cerca de ella, el autocontrol que sabía que necesitaría los tres meses siguientes, flaqueó:

—Gadea —le dijo con voz ronca— estás preciosa.

Tener tan cerca a Jeremy tuvo un efecto inmediato en Gadea. Aún no se había repuesto del susto, cuando ya lo tenía a su lado, poderoso, fuerte. Mientras él le examinaba el brazo, con delicadeza, ella notó el calor que emanaba de la piel de él, bajo la camisa que llevaba puesta .

Entonces, disimuladamente, se fijó en cómo iba vestido. Al parecer, igual que ella, él seguía con la ropa de dormir puesta. Vio que llevaba una suave camisa de batista que dejaba adivinar el pelo de su pecho y sus músculos, y unos pantalones de suave tela en los que se adivinaba... ¡¡oh, dios!!, ¿¿que era eso??, pensó Gadea ...pero, ¿¿es tan grande???

Tuvo que desviar la vista de la zona de entre las piernas y centrarse en la mirada de su joven marido. Pero esto no hizo más que acrecentar su turbación. Jeremy le miraba con una excitación casi animal. Era un tipo de mirada que ella tampoco había conocido jamás, nada que ver con la que se tiene por la excitación que produce el ejercicio o una discusión acalorada. Era otra cosa y ella, que no debería saber qué era, lo supo, igual que había ocurrido con el bulto entre las piernas. Era como si su mente, su espíritu, su cuerpo, tuvieran un conocimiento interno, primigenio, ancestral y este se hiciera presente de golpe. Y la turbara hasta límites insospechados.

Aunque no, no era turbación, era excitación también. Tenía que ser honesta consigo misma. Estaba excitada. Jeremy le excitaba.

Cuando estas palabra aparecieron en su mente, pensó que tenía que separarse de él. Y, luchando contra lo que su cuerpo y su alma le pedían, se dio la orden de despegarse de él.

Pero no podía. Aunque estaba al lado de ella, Jeremy había dejado de sujetarle el brazo, ya que no tenía ningún daño. Podía separarse de él cuando quisiera, pero notarlo tan cerca ejercía un efecto de pegamento en ella. Notaba su respiración y el calor de su cuerpo que, al ser mucho más grande que ella, la envolvía entera y, aunque su cabeza le decía que debía separarse de él, su cuerpo no le obedecía. De hecho, de manera involuntaria, fue precisamente lo contrario lo que hizo: aunque casi imperceptiblemente, se inclinó un poco más hacia él.

Jeremy se dió cuenta y aprovechó la ocasión:

—Gadea, ¿has cambiado de opinión? —le dijo malicioso— ¿ya no quieres esperar tres meses?

Oír aquello le hizo reaccionar y se apartó de él de un salto. Había podido más su orgullo que su razón.

Jeremy soltó una carcajada y se acercó de nuevo, felino, hasta quedar casi pegado a ella. Gadea fue retrocediendo hasta llegar a la pared. Entonces, Jeremy apoyó sus manos a los dos lados de la cabeza de Gadea, y acercó su boca a la de ella, pero sin rozarla.

En ese momento ella puso cara de miedo y musitó:

—¡No, por favor!

Jeremy se apartó de ella de inmediato y la miró con dulzura:

—Cielo, lo siento. No te asustes. Lo último que haría sería violentar a una mujer y a ti menos que a nadie. Estaba jugando, pero entiendo que no estás acostumbrada a estos juegos y te he asustado. Si te parece, vamos a llegar a otro acuerdo, para que nunca vuelvas a tener miedo de mi. Quiero que tengas claro que nunca voy a hacerte nada que no quieras. Ni siquiera cuando pasen

los tres meses —añadió, dejando a Gadea sorprendida—. Todo lo que hagamos a partir de hoy será con tu consentimiento claro. Con palabras o con gestos. Me podré acercar a ti, pero nunca tocarte si tu no me lo pides, ¿qué te parece?

Gadea respiraba agitada, porque Jeremy había terminado su alocución volviendo al mismo lugar donde habían estado un momento antes: ella contra la pared y él a milímetros de su boca. Pero sin tocarla.

—De acuerdo, empieza apartándote ahora, Jeremy —dijo ella con menos convicción de la que le habría gustado.

—¿Estás segura? —dijo él apartándose un poco pero mirándola con lascivia.

Y, Gadea, sorprendiéndose a sí misma, en vez de decir que sí, o de alejarse más de él, acercó, de nuevo, sutilmente, su cuerpo al de él. Hasta que su pecho izquierdo rozó la camisa de él.

—Ey, chica traviesa —dijo él con tono divertido —o sea que sí quieres jugar un poco...

Pero entonces Gadea volvió a hacerse dueña de sí misma. ¿Qué le estaba pasando?, ¿qué tenía Jeremy que le hacía reaccionar siempre de manera inesperada y contraria a la que su razón le decía? Estaba desorientada y un poco asustada con ella misma. Necesitaba tiempo para estar sola y aclarar sus ideas y sentimientos. Pensar esto le dió fuerzas para alejar a su joven marido por esta vez:

—Jeremy, me gustaría vestirme —consiguió decir con un tono normal.

Y Jeremy, que se dió cuenta de que el momento de juegos había pasado, sonrió de nuevo y, dueño de sí mismo también, le contestó:

—Claro, Gadea. Tenemos toda la vida por delante. Pero, ¿sabes? —añadió —creo que va a ser divertido. Para los dos.

Y se dirigió a la puerta que comunicaba con su habitación.

En ese momento Gadea se fijó en él de espaldas y tuvo que hacer esfuerzos para no soltar un sonido de admiración al ver las nalgas perfectas de su marido marcadas por la fina tela del pantalón de dormir.

Cuando Jeremy cerró la puerta tuvo que reconocerse a sí misma que, divertido o no, todo aquello le estaba alterando más que nada de lo que le había ocurrido hasta entonces en su vida.

Capítulo 11

Los siguientes días pasaron para Gadea en una mezcla de ajeteo por las novedades y tranquilidad. La casa de Madrid de Jeremy era más pequeña que la hacienda de Salamanca, pero muy cómoda. Estaba, además, en la calle de Alcalá. En pleno centro de Madrid. Gadea se tuvo que reconocer a sí misma que, si lo hubiera hecho adrede, no le habría salido mejor. Estaba en Madrid, en una casa noble, con tiempo y una habitación propia. Y Jeremy no le ponía ni una pega para que escribiera. De hecho, eso es lo que hizo regularmente en cuanto se adaptó su nueva situación.

Se levantaba, desayunaba con su marido (¡qué extraña se le hacía la palabra aún!) y se retiraba a su habitación a escribir. Lo hacía de temas políticos, después de leer toda la prensa que Jeremy ponía a su disposición a diario. Porque en esta parte del trato él no solo no le estaba poniendo pegadas, sino que le ayudaba y había dado orden a los criados de comprarle a Gadea toda la prensa que pidiera.

Sus textos eran siempre de comentarios políticos sobre la actualidad. Tenía claro que todo lo que estaba escribiendo iba a acabar en la papelera, ya que se trataba de textos que, por su propia naturaleza ligada a la actualidad, perdían vigencia e interés enseguida. El comentario de la última bronca en el parlamento entre liberales y conservadores no tenía ni un interés dos días después. Pero, para Gadea, esto no era un inconveniente, así practicaba el estilo y, además, suponía que cualquier día Jeremy vendría con la buena noticia de que había conseguido un periódico que le iba a publicar algo. Y siempre le encontraría con algo de actualidad escrito.

Pero pasó una semana y la noticia no llegaba. Y Gadea empezó a sospechar que Jeremy no estaba tan dispuesto a ayudarla como le hacía ver.

Así que ocho días después de la boda, después del desayuno, hizo como siempre, retirarse a su habitación, pero solo para coger aire y atacar:

—Jeremy, esto no funciona.

Esta vez fue el joven vizconde quien pegó un bote, sorprendido. Acababa de subir a su habitación para prepararse para salir al club -tenía una importante reunión de negocios- y lo último que se esperaba era que su esposa, a la que acababa de dejar terminando de desayunar, utilizara la puerta interior entre sus dos habitaciones para sorprenderle.

—Gadea, ¿qué haces aquí?

Pero, tras la sorpresa, como su mente en lo que se refería a las mujeres siempre iba en la misma dirección, lo único que se le ocurrió fue que Gadea quería jugar con él un rato.

—Humm, se te están haciendo largos los tres meses, ¿verdad? —le dijo burlón.

Gadea había ido con las ideas muy claras, así que, esta vez, ni se turbó ni cayó en la provocación y ni siquiera le contestó, sino que fue al grano.

—¿Qué pasa con mis artículos? Ha pasado una semana y no me has dicho nada. No parece que estés gestionando nada.

Jeremy se puso a la defensiva. “¡Uf!, aquello...,” pensó. Desde luego, Gadea no se iba a

olvidar fácilmente. Había pensado que dándole acceso a la prensa y dejándola escribir sin molestarla calmaría sus ansias, pero estaba claro que no. Era cabezota y lo tenía clarísimo. Y él, como ella había adivinado, no había hecho nada hasta entonces.

Pero como no iba a decirle eso, pensó una mentira para ganar tiempo:

—Casualmente hoy te lo iba a decir. Hay un par de editores de periódicos interesados, me voy a reunir hoy con ellos.

Ella puso cara de que no terminaba de creérselo, pero le dio una tregua. Eso sí, le dijo, quería saber la respuesta en cuanto volviera del club.

Jeremy alargó un poco más de lo acostumbrado la sobremesa de su comida solitaria en el club. Tenía que decirle algo a Gadea y aún no había movido nada. Entonces se le ocurrió una idea, Fernando Brown, uno de sus dos amigos del alma, podía ayudarle. Fernando no trabajaba en prensa, pero sí dirigía varios negocios en la capital, y hacía publicidad de ellos, muy a menudo, en varios periódicos. Él seguro que tenía contactos y le podía ayudar.

Capítulo 12

—Deja de reírte, por favor.

Jeremy llevaba cinco minutos en el despacho de la Carrera de San Jerónimo, donde trabajaba su amigo Fernando, y ya era la tercera vez que le pedía lo mismo.

Había estado con él y con José después de la boda precipitada, y les había contado una versión alargada de su primera versión: que se había casado con Gadea por acabar con su problema de soltería y por no mancillar el nombre de la joven. Sus amigos se habían sorprendido un poco al principio, pero, como conocían a Gadea también, en seguida le creyeron sin darle mayor importancia. Nada les había dicho, por supuesto, del trato que la joven había conseguido sacarle.

Pero esta vez había tenido que contárselo a Fernando (y, por supuesto, tendría que hacerlo también con José en breve, para no sentirse desleal).

Su joven amigo había reaccionado riéndose sin parar. Intentando ponerse serio para no ofender a Jeremy. Y volviendo a reír en cuanto este le daba más detalles.

—Perdona, amigo —le dijo por fin secándose las lágrimas y tratando de ponerse serio. Pero tendrás que reconocer que Gadea te ha agarrado bien agarrado. Llevas tiempo riéndote de mí por mi matrimonio con una mujer de carácter —así era, en efecto, Amelia, la mujer de Fernando —y tú has ido a caer en los brazos de la reina de todas ellas. Acuérdate de cómo te burlabas de las pretensiones de mi mujer de montar una exposición para enseñar sus cuadros.

Sí, Jeremy tenía que reconocer que se le había ido la mano con anterioridad con sus bromas sobre la mujer de su amigo. Mujer a la que apreciaba tanto como a él, por cierto, y bromas que eran bien recibidas por ellos. Al fin y al cabo, estaban acostumbrados a relacionarse entre ellos de esa manera. Pero, por eso mismo, era normal que ahora fuera él el blanco de las burlas de Fernando. Se lo tenía merecido. Así que le suplicó un humilde perdón a su amigo -con ironía, pero sincero -y pudieron ya hablar con calma del asunto.

—Por supuesto que te voy a ayudar a que todo salga de la mejor forma posible —continuó Fernando ya serio—. Estoy de acuerdo contigo en que ya no hay vuelta atrás, además, Gadea, por lo que recuerdo de ella, era imbatible cuando se empeñaba en algo.

—Y así sigue, Fernando —dijo Jeremy con resignación.

—Pero también estoy de acuerdo contigo en que tenemos que encontrar una publicación discreta, que lea poca gente, para que, aunque Gadea escriba con seudónimo, haya pocas opciones de que lleguen hasta ella y de ella a ti. Una cosa es que nos “riamos” nosotros de ti —continuó de nuevo con una sonrisa de oreja a oreja—. Que te queremos y lo hacemos solo por venganza —y ya se carcajeó cuando Jeremy le dió un puñetazo suave en el brazo—, y otra que caiga en manos de tus enemigos. Que alguno tienes.

—Sí. Tengo fama de frío y cerebral. Me va bien esa fama para mis negocios, y para mantener a raya a indeseables como Lucas —contestó Jeremy mientras Fernando asentía—. Lo último que me apetece es quedar como un calzonazos a las órdenes de su mujer. Y eso es lo que van a interpretar

si se enteran.

—Desde luego —respondió Fernando— aunque yo, que conozco a Gadea y te conozco a ti, sé que nada de eso es así. Ella tiene carácter, pero no más que tu...Por cierto —continuó el joven después de poner una expresión divertida por lo que se le acababa de ocurrir—, esto me hace suponer que vuestros encuentros en el lecho tienen que ser memorables. Lo supongo con conocimiento de causa, porque así es con mi fogosa Amelia...

A Jeremy el comentario le pilló por sorpresa, así que, aunque no dijo nada, no tuvo tiempo de disimular la expresión que le surgió.

Fernando le conocía desde niño y le conocía bien, así que, aunque le pareciera casi imposible, interpretó la expresión de su amigo de manera correcta.

Primero se quedó mirándole desconcertado, pero enseguida volvió a sonreír de oreja a oreja y acabó con una sonora carcajada:

—¡¡¡¡Aún no os habéis estrenado!!!!. ¡¡¡Espera que se lo contemos a José!!!

Jeremy esta vez no intentó defenderse. Se echó hacia atrás en el sillón en el que estaba y, meneando la cabeza con expresión resignada, miró a su amigo y terminó riéndose también.

Maldita Gadea, pensó, con lo tranquilo que vivía yo..., aunque hay que reconocer que no me voy a aburrir con ella.

Capítulo 13

Dos horas después, entraba de nuevo Jeremy en su palacio dispuesto a contarle las últimas noticias a su mujer.

A pesar de tener que aguantar sus risas, Fernando había encontrado una solución enseguida. Se le ocurrió que había una publicación de nombre sonoro, pero poca tirada y menos lectores, que iba como anillo al dedo a la situación.

Por un lado, necesitaban una publicación que contentara a Gadea. No les servía cualquier “hoja parroquial”, que había sido la petición inicial de Jeremy, porque la joven no era tonta y se daría cuenta de que intentaban engañarla con una publicación que no leía nadie. “El Europeo” tenía un nombre tan sonoro, tan cosmopolita, que Gadea iba a estar emocionada de partida, aunque se trataba de un pseudo panfleto, editado por un amigo extravagante de Fernando, que tenía tiradas de 20 ejemplares y apenas leía nadie.

Ambos contaban con que el nombre fuera suficiente para contentar a Gadea y que esta no se diera cuenta de qué tipo de publicación era en realidad. Ayudaría la coyuntura actual. Desde la salida de “El Faro de Vigo”, cuatro años atrás, la prensa escrita española había sufrido un crecimiento exponencial. Eran cientos, quizá miles, las publicaciones diarias, de ámbito estatal, pero también provincial, municipal e, incluso, por barrios. Era imposible conocer todas y saber el alcance real de cada una de ellas.

Jeremy y Fernando convinieron que habían encontrado la solución. Pedro, el editor del “El Europeo”, era extravagante, pero muy buen amigo de Fernando. Si se lo pedía Fernando, no pondría ni una pega a publicar a una desconocida, aunque fuera mujer, y, menos aún, después de que Fernando le comprara un apartado de la publicación para hacer publicidad de una de sus empresas de seguros de incendios (anuncio que debería pagar Jeremy, por supuesto).

Así fue. Hablaron con él y el hombre se mostró encantado. Curiosamente, casi más por publicar a una mujer que por el anuncio:

—Estos son los nuevos aires que vienen de Europa, sí. Me gusta la idea. ¡Me entusiasma! — les dijo en tono exaltado.

Fernando y Jeremy confirmaron que, efectivamente, el tal Pedro era extraño y desvariaba un poco. Pero quedaron encantados con el acuerdo. También consiguieron, sin problemas, que Pedro les prometiera confidencialidad total.

Así que salieron del cuchitril donde se editaba el “El Europeo” muy satisfechos.

Y poco después, ya en palacio, Jeremy se acercó por fin a la puerta de la habitación de su mujer donde sabía que estaba trabajando.

Esta vez no la sorprendió, ya que la encontró sentada, pero mirando la puerta de entrada. Le había debido oír subir las escaleras.

No se levantó, pero se veía que estaba expectante y que le estaba costando no hacerlo. Quería mantener el tipo y no dar a entender que estaba nerviosa, pero su postura, sentada recta al borde de la silla, así lo mostraba. Tampoco le dijo nada, pero en su mirada pudo leer Jeremy las

preguntas que quería hacerle “¿has hablado con alguien?”, “¿has conseguido algo?”.

Jeremy se había acercado con intención de hacerle sufrir un poco, de alargar el momento de soltarle la noticia, pero enseguida se dio cuenta de que no era buena idea. Gadea lo estaba pasando mal de puros nervios. Y él no quería alargar la tortura.

—Ya tenemos publicación.

Él mismo se sorprendió por la utilización de la primera persona del plural, porque no lo había dicho por la intervención en la gestión de su amigo Fernando, sino porque se había introducido él mismo en el proyecto de su mujer, como si fuera cosa de los dos. “Vaya, parece que esta cabecita de chorlito que tengo por esposa me está contagiando de sus locuras”, pensó entre sorprendido y divertido, pero no tuvo tiempo de pensar mucho más, porque Gadea, en cuanto le oyó, se levantó como si un resorte la empujara, y se echó en sus brazos.

—¡¡¡Jeremy!!! —fue lo único que dijo mientras se pegó entera a él. Luego, levantó sus preciosos ojos oscuros y le plantó un sonoro beso en la mejilla.

Pasaron un par de segundos en los que ninguno de los dos dijo nada. Sólo se mantuvieron concentrados, en la alegría una, y en la mezcla de alegría y sorpresa el otro. Hasta que la situación se les hizo extraña a ambos. “Estoy abrazada a Jeremy, y he sido yo quien lo ha provocado”, fue lo que pensó Gadea. “Se me ha tirado encima” fue lo que pensó un sorprendido, y encantado, Jeremy.

Una semana antes, ¡qué va!, una semana no, ¡una hora!, pensó Gadea, ni en sueños habría creído que iba a abrazar a Jeremy de aquella manera. Y, sin embargo, lo acababa de hacer, por iniciativa propia. Y, lo que más la estaba sorprendiendo de todo, ya llevaba un minuto abrazada a él, se estaba dando perfecta cuenta de la situación, y no había soltado ni un ápice el contacto que mantenía con el cuerpo de su esposo.

Ni tenía ganas de hacerlo.

Jeremy, por supuesto, se dio cuenta de todo. Y no desperdició la ocasión.

Después del beso rápido, Gadea había vuelto a bajar la mirada y mantenía la cabeza pegada a su pecho. Jeremy bajó la suya y con el dedo índice cogió con suavidad la barbilla de Gadea y le hizo levantar la cabeza, con mucha delicadeza, hasta que sus ojos se encontraron.

Lo que vio en su mirada hizo que, una vez más, su pene se endureciera de improviso: Gadea no le miraba arrobada y tímida, como había esperado, sino segura y con un punto de fuerza que, sí, no podía negarlo, tenía un componente sensual. Por primera vez, estaba seguro, su joven amor de juventud reaccionaba a él como siempre reaccionaban las mujeres que se le acercaban.

No se quiso precipitar, de todas formas. Todo podía ser fruto de su imaginación. De las ganas que tenía de besar a Gadea. De tocarla. De..., tuvo que parar aquellos pensamientos en ese momento, porque la suave erección de hacía un momento se estaba descontrolando y, si no tenía cuidado, su pene acabaría rozando la parte del cuerpo de su esposa que tenía más cercana. Y podía asustarla. No, tenía que ir con cuidado. Despacio. No había prisa. No quería estropear el momento. Y, por otro lado, la agonía de la espera era también deliciosa.

Así que se concentró en los ojos de Gadea, disfrutó del inicio de excitación que vio en ellos. Los leyó con calma y, estaba seguro, interpretó que ella quería volver a besarle. No como hacía un momento, precipitada e ingenuamente, sino con calma, golosa...

Pero, como no quería que ella se escabullera y, además, le había prometido respetar sus deseos siempre, en vez de besarla directamente, dió un rodeo. Mantuvo el índice derecho bajo su barbilla y, sin quitar el contacto visual, subió su índice izquierdo hasta su boca y lo chupó, despacio, sin dejar de mirarla, luego lo bajó hasta posarlo con suavidad sobre el labio inferior de ella.

Gadea estaba hipnotizada. No podía apartar los ojos de Jeremy y de lo que estaba haciendo.

De lo que LE estaba haciendo. El contacto de su dedo en el labio era dulce y suave y cálido. Y ella sólo quería abrir la boca y llenarse más de él. Pero, al mismo tiempo, también notaba el calor de Jeremy, su cuerpo pegado al suyo. Notaba sus músculos firmes, poderosos.

Calientes.

Grandes.

Eran muchas sensaciones juntas y todas buenas y ella quería abrirse a Jeremy, sentirlo más.

Se estaba mareando de ...¿qué era aquello?, ¿enfermedad?, ¿placer?.. No sabía qué era, pero sí sabía que era delicioso y que no quería que acabara, quería que fuera a más.

Estaba manteniendo una lucha interna entre lo que quería frente a lo que debía cuando, de repente, hizo..."aquello".

Abrió la boca, sacó su lengua, pequeña y juguetona, y chupó el dedo índice de Jeremy. Con cuidado, despacio, conteniendo su urgencia. Mientras, como si de algo instintivo se tratara, movió su mano derecha hacia el cuerpo de Jeremy y utilizó su índice para tocar "allí". En el punto suave y duro bajo sus pantalones.

Jeremy se quedó paralizado. ¿Había hecho "eso" Gadea? Sí, claro, notaba perfectamente el contacto de su dedo, suave, casi imperceptible, sobre la punta de su polla.

Pero no quedó todo allí. Mientras Jeremy no salía de su asombro, sin quitar los ojos de los de ella, que reflejaban la misma sorpresa y excitación que los de él, notó cómo Gadea abría la mano entera y la cerraba, con firmeza, sobre su pene entero.

La mano era pequeña, su polla era grande, pero el contacto fue como fuego y agua al mismo tiempo. Gadea le estaba encendiendo, hasta un punto extremo y, a la vez, le provocaba alivio, un alivio que llevaba diez años esperando. La mano le aliviaba y le excitaba más, al mismo tiempo. ¡Dios, cómo deseaba a Gadea en ese momento!. Y quería más, más, más...

Gimió alto y ronco y se pegó más a ella.

Y, quizá por el sonido, algo pareció ocurrir en la mente de Gadea. Cambió su expresión excitada por una de alarma y se separó de pronto de él, como asustada

Se quedó parada a dos metros de él, con la mano aún al frente, medio abierta, en la misma postura que había estado agarrando el pene. Respirando agitada, un poco despeinada, preciosa.

—Jeremy, vete —dijo de improviso, mientras su ojos decían lo contrario

—No quiero —respondió él, diciendo en alto lo que deseaba, pero sabiendo que lo iba a hacer.

—Vamos demasiado deprisa, por favor, vete —respondió ella, casi como una súplica.

—De acuerdo, Gadea —dijo él entonces—. Te lo prometí y lo haré siempre, aunque ahora lo que quiero, y tu también y lo sé, es retozar contigo sin parar hasta que nos saciemos los dos.

Oír de boca de Jeremy lo que ella estaba deseando casi le hizo flaquear, pero gracias a la falta de contacto físico se pudo controlar. Se arregló un poco el pelo, respiró profundo y, ya dueña de sí misma, aunque fuera en apariencia, dijo:

—Sal, por favor, Jeremy. Te agradezco todo lo que estás haciendo por mí, pero necesito tiempo. Es todo tan..., extraño...

El joven entendió que las cosas tenía que ser de esa manera, así que, sin prolongar más la agonía de ambos, salió de la habitación, no sin antes mandarle un travieso beso aéreo a Gadea. Ella no pudo menos que sonreír.

Capítulo 14

Durante el resto del día se evitaron los dos. Gadea pidió que le subieran la cena a sus habitaciones, con la excusa de que estaba muy concentrada en la escritura. Pero lo cierto era que no quería ver a Jeremy. No podía.

En realidad, pasó todo el día sin poder escribir una palabra, pensando en lo que había ocurrido. ¿Cómo había sido capaz de hacer “aquello”?, porque, no podía engañarse a sí misma, ella había empezado y provocado todo...Primero el beso casto, el abrazo, lenguetazo, sí, vale, impulsivo e inocente, pero lenguetazo. Y luego..., luego aquello que había salido de ella no sabía cómo, pero que, no podía negar, había hecho. Le había agarrado su...

Y tenía que parar sus pensamientos aquí, porque se moría de vergüenza. Y también de rabia. Por su flaqueza. ¿Cómo podía ser que en unos días hubiera echado por tierra todas sus convicciones sobre no tener relaciones íntimas con hombres? ¿Tan débil era?, ¿o era Jeremy, que le provocaba lo que no le había provocado nunca nadie?

Cuando, agotada mentalmente, dejaba de mortificarse por su flaqueza, se concentraba en lo que había ocurrido y casi era peor.

Rememorando cada sensación que había sentido junto a Jeremy, todo le excitaba de nuevo. Pensaba en su cuerpo pegado al de ella, su tacto duro y cálido a la vez, su olor masculino..., y volvía a ponerse enferma de excitación.

Por si fuera poco, también había algo en lo que no había reparado al principio, que volvía a su mente una y otra vez y le ponía al borde de la agonía. Cuando Jeremy se había despedido de ella, tras el beso aéreo, ella, sin pensarlo había dirigido su mirada a los pantalones de su marido. Seguramente en una reacción instintiva recordando el lugar donde había estado su mano un momento antes. Y ahí pudo ver, por primera vez en su vida, aunque fuera tapada por la fina tela de la ropa, una erección masculina en toda regla. ¿Qué era aquello tan grande?, había pensado en un primer momento. Pero, aunque no había visto una directamente jamás, sabía la respuesta perfectamente. Eso era un hombre excitado. Lo que se adivinaba era su pene erecto. Grande. Enorme.

Desde entonces ella, cada vez que se acordaba, en vez de sentir miedo, o rechazo, sólo pensaba en tenerlo dentro de ella.

Para Jeremy la experiencia había sido tan perturbadora como para Gadea. Aunque en su caso no por inexperiencia, sino por lo contrario. Bajo ningún concepto habría pensado que una chica inexperta, como Gadea, pudiera reaccionar como lo había hecho. Él siempre había imaginado que

en sus futuros acercamientos sexuales, él sería quien dirigiría y ella quién se dejara hacer. Él quien diera placer, ella quien lo recibiera asombrada y agradecida. Por lo menos al principio, y durante mucho tiempo. Hasta que ella misma cogiera experiencia y empezara tomar la iniciativa y a devolverle a él el placer proporcionado.

Era una perspectiva que no le desagradaba, al contrario, le gustaba imaginarse con el poder al mando.

Y, sin embargo, Gadea había roto completamente sus expectativas. Había reaccionado inexperta, pero audaz, atrevida, descarada. Era cierto que ella misma se había asustado y había parado todo, pero Jeremy recordaba perfectamente la mirada excitada y decidida de la joven.

Y esa Gadea desconocida, desvergonzada, le gustaba y le excitaba aún más que la joven inexperta y pasiva que había imaginado.

Después de despedirse de ella, había intentado relajarse, pensando en otra cosa, pero no conseguía olvidar a Gadea y lo que le había hecho y, en consecuencia, la erección volvía cada poco. Al final, decidió salir de la casa rumbo al club, para trabajar un poco, a ver si así se olvidaba de lo ocurrido.

Una vez allí se dio cuenta de que no se concentraba. No había manera. La mano de Gadea, su boca, su forma de mirarle, le perturbaban todo el rato. Tuvo que admitir que solo había una forma de parar aquello. Recogió todo y salió.

Una hora más tarde se estiraba todo lo largo que era, desnudo, en la cama de Marta, su amante más antigua.

La relación entre ambos se había iniciado al poco tiempo de haber empezado a viajar solo a Madrid, con apenas 18 años, y continuaba sin estridencias ni conflictos. Marta era lo que se podía considerar una prostituta de lujo. Trabajaba con hombres de la alta sociedad y todo lo hacía con absoluta discreción. Vivía en una vivienda propia, en la zona más cercana del barrio de la letras a la Carrera de San Jerónimo, que había pagado de su bolsillo gracias a los beneficios de su trabajo. Se trataba de una vivienda amplia, elegante pero sin lujos excesivos, en una zona céntrica y discreta a la vez. Cualquiera de sus clientes podía acceder al portal y a la vivienda sin miedo, ya que, si alguien le reconocía, no iba a adivinar qué iba a hacer en realidad, ni por asomo. La vivienda se encontraba en el centro de Madrid, en un edificio elegante que, de ninguna manera, daba una pista de lo que ocurría en el piso del 3º.

Marta, además, era discreta hasta la obsesión. Todas sus citas estaban separadas en el tiempo con tanta amplitud que era imposible que dos caballeros coincidieran, ni a mil metros de la casa, cuando salían y entraban. Por otro lado, ella jamás hablaba del resto de clientes con ninguno de ellos. Al menos, esa era la experiencia de Jeremy y estaba seguro de que era lo que hacía con todos. Marta sí le había mencionado a Jeremy, sin problema, que tenía más clientes (ella llevaba sin conflicto lo que llamaba “mi verdadera profesión”). Pero nunca había mencionado ni un nombre, título o dato que pudiera dar una pista de qué otros hombres podían ser.

Por otro lado, se bastaba ella sola para captar clientes. A Jeremy le había captado una noche

en la ópera, en el intermedio, cuando una duquesa amiga de su madre se la había presentado como marchante de arte, que era el oficio que ella utilizaba de tapadera. Cuando Jeremy se hizo su amante, al día siguiente, y cuando la fue conociendo, no dejaba de asombrarle la buena relación que Marta mantenía con muchas mujeres de la alta sociedad. Y es que aquel negocio tapadera, le permitía cultivar relaciones femeninas. Y su clase y saber estar hacían el resto. Ninguna de aquellas mujeres respetables podía imaginar que una mujer tan educada y distinguida pudiera no ser lo que decía que era (y, menos aún, imaginar lo que era en realidad). Lo irónico era que Jeremy estaba seguro de que la mayoría de los contactos con varones que iban a convertirse en sus amantes, los habían propiciado mujeres nobles, como había ocurrido con él. A veces, divertido, pensaba que muchas veces habría sido la propia esposa quien había presentado a Marta a su marido (una vez se lo había preguntado y ella, en su discreción, no le dijo nada, pero en la chispa que vio en su mirada Jeremy creyó confirmada la sospecha).

Pero las ventajas de relacionarse con Marta no eran solo la invisibilidad de lo que ejercía y su discreción. Ella misma era una maravilla.

Tenía diez años más que Jeremy, pero se conservaba como si fuera una joven veinteañera. Era preciosa. alta y rubia, con ojos azules, tenía un físico exótico en un país de mayoría de morenos. Tenía un cuerpo bien torneado y una voz grave y aterciopelada, que sabía utilizar como un arma de seducción más. También tenía una cultura por encima de la mayoría de mujeres que Jeremy conocía. Se podía hablar con ella de muchos temas y tenía criterio propio. Pero, sobre todo, sabía escuchar. En todos los sentidos.

Era capaz de leer entre líneas el tipo de conversación y silencios que un hombre necesitaba. Y también, y sobre todo, el tipo de caricias que necesitaba. Porque Jeremy no se engañaba, ese era el mayor don de Marta: satisfacer físicamente a los hombres.

Por eso, en la incomodidad que estaba viviendo desde que se había despedido de Gadea, que le había dejado encendido casi permanentemente, la idea de estar con Marta se le apareció como una tabla de salvación.

Tuvo suerte, y el mensajero que utilizó para preguntar si estaba libre (si le daba cita para valorar las últimas obras que había recibido era el eufemismo que utilizaban) le trajo pronto un mensaje rápido: “si vienes ahora, tengo dos horas”.

No lo dudó y se presentó allí en menos de cinco minutos.

Una hora después, totalmente satisfecho, ya no quedaba ni rastro del efecto de Gadea..., aunque prefería no pensar en ella por si acaso.

—Y ahora, cuéntame quién es ella —le dijo de pronto Marta, sacándole del estado de relax en el que se encontraba.

Jeremy se incorporó despacio mirando a su amante con fijeza. No intentó desmentir lo que la joven le había dicho, sabía que podía confiar en ella y, además, había acertado. Así que sólo le preguntó:

—¿Cómo lo sabes?

Marta sonrió, al principio enigmática, enseguida de manera franca.

—Jeremy, ¿te crees que eres el primero al que le pasa? Es un comportamiento habitual. Sobre todo entre los jóvenes solteros. Os conozco bien, teneis una forma habitual de relacionaros conmigo y, de repente, un día todo cambia. Venís aquí encendidos, con urgencia y desahogáis en mi lo que no os ha dejado hacer con ella la chica en cuestión.

Al oírla, Jeremy se sintió un poco avergonzado:

—Lo siento, Marta —dijo apesadumbrado.

Pero ella soltó una carcajada que le desconcertó.

—Ey, Jeremy, tranquilo, es normal. Gracias a esas chicas estrechas me gano yo la vida. Lo normal es que en cuanto te cases dejes de venir a verme. Ahora bien, te aviso —continuó pícaro— casi todos volvéis al tiempo. La mayoría de las chicas estrechas suelen ser también mojigatas después de la boda. O se vuelven esposa apáticas y aburridas cuando se pasa la fogosidad de los primeros meses. Así que casi todos soléis volver al poco tiempo.

—Yo ya me he casado.

Tuvo que decérselo. Sabía que Marta se iba a enterar por sus contactos. Contaba además con que le respetaría y no se reiría de él, como había hecho su amigo Fernando, aunque fuera con afecto.

Y, efectivamente la mujer no sólo no se rió sino que se mostró intrigada.

Jeremy sabía que su discreción era férrea también respecto a lo que le contaba, así que le hizo un resumen de cómo había llegado a esa situación.

—Esa chica, Gadea, me gusta.

Fue el sorprendente comentario de Marta.

—A mi también —dijo Jeremy sonriendo— pero no me lo está poniendo fácil.

—Te digo una cosa Jeremy, me da pena, pero me alegro por tí.

—¿Qué te da pena? —dijo Jeremy intrigado

—Que cuando seáis marido y mujer de verdad, algo que va a llegar, y antes de lo que te esperas, tú no vas a volver nunca más por aquí. Pero ahora —dijo ella después de una pausa en la que él sólo le había mirado asombrado— aún no ha llegado el momento, así que vamos a aprovechar—. Y acabó, dando dos palmaditas sobre el lecho.

Capítulo 15

Jeremy volvió tarde esa noche y prefirió no pasar por la habitación de Gadea ya que, aunque estaba ya tranquilo, no las tenía todas consigo. “A ver si voy a temer a mi mujer porque me da lo que más me gusta” fue uno de sus últimos pensamientos, irónico, antes de dormirse como un tronco.

Gadea también se fue tranquilizando y, al final de la noche, consiguió decidir sobre qué tema iba a versar el artículo que iba a mandar a la publicación “El Europeo”. Su primer artículo público. Este pensamiento bastó para cambiar el foco que le causaba nerviosismo. Jeremy desapareció de sus pensamientos y en su lugar aparecieron todos los deseos, esperanzas y miedos relacionados con la posibilidad de conseguir su sueño

En cualquier caso, ambos consiguieron dormir profundamente y al día siguiente, tanto Jeremy como Gadea se levantaron tranquilos. Pero la tranquilidad duró poco porque en el momento en el que empezaban a desayunar, se presentó Fernando en la casa.

—Pedro quiere conocerte y que le lleves algunos artículos para escoger uno para la semana que viene —le dijo a Gadea en cuanto la vio.

La joven reaccionó feliz y le prometió que para el día siguiente tendría tres o cuatro preparados.

—Anoche acabé uno —le dijo feliz— así que ahora mismo me voy a encerrar en la habitación y espero tener dos más para mañana. Tres si me inspiro.

A ninguno de los dos hombres le interesaba realmente saber de qué iba a escribir Gadea, pero les parecía de mala educación no mostrar interés, así que, al unísono, preguntaron:

—¿De qué vas a escribir?

—Si que estáis compenetrados —dijo Gadea sonriendo divertida por la coincidencia—. Voy a escribir sobre educación femenina —continuó un poco excitada.

Por supuesto, a ninguno de los dos varones les interesaba el tema de la educación y, mucho menos, el tema de la educación femenina.

Labores, gestión doméstica, niños... eran temas, que, por suerte, estaban en manos de las mujeres, porque si hubieran estado en las de los hombres, el mundo habría sido un lugar mucho más incómodo, pensó Fernando, pero, por supuesto, no dijo nada. Se limitó a mostrar una sonrisa y soltar una expresión que trató de que sonara como interesada, aunque quedó muy desvaída.

Jeremy sintió el mismo nulo interés. Los temas femeninos le causaban tedio, pero, al ser el marido, se esforzó un poco más en el disimulo:

—¡Qué bien, Gadea!, ¡qué interesante!, estoy deseando leer lo que escribas.

En cualquier otro momento, Gadea, que captaba muy bien las intenciones de quienes le rodeaban, se habría dado cuenta del poco interés de ambos, pero estaba tan entusiasmada que esta vez no se dio cuenta. O no quiso hacerlo. Y le contestó ingenua a su marido:

—¡Claro que sí, Jeremy, en cuanto los acabe te los daré a leer!

—Cariño —le contestó rápido él —casi prefiero hacerlo cuando aparezca publicado. Quiero

disfrutar del placer de leerle en un periódico por primera vez.

Lo dijo sin ironía, simplemente se le ocurrió para evitar leer todo lo que escribiera Gadea continuamente. Por las horas que trabajaba, estaba claro que producía mucho, y él no tenía ni ganas ni tiempo para pasar horas leyendo lo que a su mujercita se le ocurría. Pensó que el editor, Pedro, seleccionaría lo mejor de lo que ella escribiera y así él sólo tendría que leer aquello que pasaba la criba. Se iba a ahorrar tiempo y, sobre todo, aburrimiento.

Gadea tampoco lo tomó a mal. Aquel día nada iba a perturbarle.

Así que, tras haber acordado que al día siguiente la llevaría al local donde Pedro editaba “El Europeo”, con tres o cuatro artículos para que eligiera cual publicar, Fernando se fue. Jeremy y Gadea se despidieron enseguida también, ella rumbo a sus habitaciones, él a su despacho.

Sólo mientras subía las escaleras que le llevaban a su zona de trabajo, pensó Jeremy de nuevo en el tema sobre el que iba a escribir Gadea. Y se le ocurrió que su mujer seguía siendo perfecta para él. No sólo había apuntado maneras de que iba a ser una leona en la cama, sino que también, al parecer, sí era una mujercita clásica.

Al final aquella extravagancia que él había vivido con miedo, no lo era tanto. Sí, quería escribir y publicar, pero lo iba a hacer sobre temas femeninos.

Ya la imaginaba haciendo calceta por las mañanas y retozando con él por las noches..., una imagen deliciosa que, sin embargo, le chirrió.

¿¿¿Gadea haciendo calceta???

Capítulo 16

Al día siguiente una excitada Gadea se montaba a las nueve de la mañana en el coche que Fernando había enviado a buscarla. Ese día Jeremy había salido antes, así que no pudo ver partir a su mujer con una carpeta bajo el brazo. Apretándola contra su pecho. Feliz. Una carpeta que contenía los cuatro artículos que había conseguido acabar.

Una vez en el barrio de las letras, entró en el cuchitril donde Pedro editaba el “El Español”. Todo era pobre y desangelado, algo que debería haberle dado una pista a Gadea sobre qué tipo de publicación marginal se editaba allí, pero ella era impermeable al desaliento en aquel momento, así que lo único que vio fueron periódicos y un hombre encantador (un poco extraño, eso sí), que le recibía con una exagerada reverencia pero con una sonrisa franca.

—Señora Vizcondesa —le dijo después de plantarle un sonoro beso en al mano—. Es para mi un placer publicarle. Estoy deseando leer lo que me trae usted.

La química entre ambos fue inmediata. A Gadea le encantó aquel hombre extravagante que, sin embargo, tenía unas ideas tan cercanas a las suyas. Porque en cuanto Pedro leyó el primer artículo, quedó claro que compartían ideales.

—Me gusta, me gusta... —decía mientras sus ojos recorrían el artículo de arriba a abajo. Expresión que se repitió con los otros tres. Aunque hubo uno, el segundo, que acaparó los mayores elogios.

—Es extraordinario, señora vizcondesa. Si le parece bien, este es el primero que publicaremos. Le aseguro que ahora mismo, en España, no hay nadie que escriba cosas así.

—Llámeme Gadea, por favor —le contestó ella sonriente. Le agradezco sus halagos, aunque supongo que exagera —siguió, algo coqueta—. En cualquier caso, coincido en que el más necesario en estos momentos es el segundo, así que sí, creo que es el primero que debemos publicar.

Y así estuvieron un buen rato hablando sobre el tema que trataba el artículo en cuestión. Estaban de acuerdo en todo.

Una vez se desahogaron a gusto, llegó el momento de tomar una decisión práctica.

—¿Y cómo quiere firmar el artículo?, ¿con su nombre?, ¿con su título? —dijo Pedro, sin mostrar preferencia por ninguno de los dos nombres reales que proponía.

—Ay, no —respondió Gadea— mi marido me ha pedido que firme con seudónimo, así que así tendrá que ser.

Al oír eso, Pedro puso una cara extraña y se atrevió a preguntarle:

—¿Y va usted a hacer lo que él quiere?

Gadea sonrió de oreja a oreja, estaba claro que aquel hombre la entendía bien.

—En cualquier otra ocasión —le contestó rápida —no, claro que no. Habría hecho lo que yo quiero —pero esta vez he llegado a un acuerdo con él. Y soy persistente, pero también cuando se trata de cumplir mi palabra, así que lo voy a hacer. Voy a publicar con seudónimo.

A Pedro le gustó la respuesta. Pero aún tenía una duda importante.

—¿Y va a ser un seudónimo de mujer?

—¿Se puede?, ¿no traerá problemas? —contestó Gadea con miedo y esperanza a la vez, porque era lo que quería, pero temía que se lo prohibieran.

—En mi periódico no se puede, querida vizcondesa —contestó Pedro serio—. Se debe.

Y así fue como Gadea pudo firmar su artículo con el seudónimo que más le gustaba entre todos los que llevaba pensados: Rosa de Poniente.

A Pedro el nombre le pareció fantástico. Luego, pasaron unos minutos más, dando los últimos retoques a la forma y tiempo de publicación, hasta que se despidieron, emplazándose a la semana siguiente, cuando el artículo ya llevaría unos días publicado y cuando Gadea le llevaría otro.

Desde luego, pensó Gadea, ya de vuelta a casa en el coche, Fernando y Jeremy no podían haber encontrado mejor editor para sus artículos.

Capítulo 17

Gadea pasó el resto de la mañana en una nube. Con una sonrisa perpetua pegada a su cara. Se sentía flotando. No sólo iba a publicar, sino que lo iba a hacer con una persona que apreciaba lo que hacía y lo que escribía.

Lo que había empezado de manera precipitada y haciendo tambalear sus principios más inamovibles, su matrimonio, se estaba convirtiendo en la mejor decisión que había tomado nunca.

Aunque aún le costaba asimilar esto último.

Si pensaba fríamente, tenía claro que su matrimonio con Jeremy, hasta el momento, no le había aportado más que ventajas. Había pasado de sentirse una intrusa en su hogar -en Salamanca con Gideon y Felicia -a tener el suyo propio, en el centro de Madrid, con un marido solícito, una familia política encantadora y empleados igual de encantadores. De tener un sueño casi imposible, a hacerlo realidad de manera fácil y satisfactoria. Y todo en un par de semanas. Su vida se había puesto patas arriba. No, en realidad, se había puesto patas abajo, es decir, todo había encajado de la mejor manera posible.

Gadea no se había negado al matrimonio, desde que tenía uso de razón, por un capricho. O porque le desagradaran los hombres. No. Se trataba de una determinación bien pensada, razonada y, sobre todo, leída.

Gadea era un espíritu libre, tanto en sus deseos e ideas como en su determinación por llevarlas a cabo. Y ser esposa significaba someterse. A un varón. Al marido.

Como hija, había tenido suerte y le había tocado un padre flexible, comprensivo y que se salía de la norma. La había alimentado intelectualmente como si fuera un varón. Pero, ¿qué posibilidades había de que le tocara un marido así en suerte? Prácticamente ni una. Como encontrar una aguja en un pajar.

Lo más normal era que le tocara un hombre acorde a sus tiempos y, aunque tuviera suerte y fuera bueno con ella (que muchos no lo eran), no le permitiera ni seguir cultivándose ni, por supuesto, perseguir su sueño.

Todo aquello lo había intuido muy pronto, en cuanto empezó a darse cuenta de que el futuro de Gideon y el suyo eran muy diferentes. Que él, a pesar de ser menor, heredaría todo, es decir, tendría todas las oportunidades, mientras ella, por ser mujer, se quedaría sin nada. Ni siquiera con la opción de elegir marido o, mejor aún, de no elegir casarse. Y esa intuición se confirmó con sus primeras lecturas femeninas, Olympe de Gouges, Mary Wollstonecraft y, sobre todo, su adorada Flora Tristán, habían visto todo aquello mucho antes que ella, lo habían denunciado y habían luchado contra ello.

Esas eran, por tanto, las razones por las que siempre había descartado el matrimonio.

Pero, tenía que reconocer con asombro, el matrimonio de Jeremy no había acarreado nada de lo que ella temía- todo aquello que aquellas mujeres ilustres habían denunciado -sino todo lo contrario. Porque ahí estaba ella, casada y, gracias a eso, a punto de conseguir su sueño y ser publicada.

De todas formas, había otro razón por la que se había negado al matrimonio, que el matrimonio

con Jeremy no iba a poder soslayar:

Casarse significaba acabar convertida en madre, y ella no quería ser madre bajo ningún concepto. No porque no le gustaran los niños (no se había hecho una opinión sobre ellos, ni positiva ni negativa, porque apenas había tenido contacto con ellos), sino porque tener hijos era acabar con sus sueños y libertad para siempre. Ahí ya no habría marido comprensivo ni vida privilegiada que aliviara la carga que suponía ser madre. Ella tenía veinticinco años, tenía margen para ser madre, diez, quince veces..., tal y como les había ocurrido a muchas mujeres a su alrededor. La misma Reina Isabel, que apenas tenía dos años más que ella, había tenido ya seis embarazos, aunque, por desgracia, solo una de sus hijas continuaba con vida, y estaba a punto de traer al mundo el número siete.

Ella empezaría más tarde, pero, a su edad, aún tenía margen para tener muchos hijos. Y con diez o quince hijos a los que atender, ¿qué resquicio quedaba para tener algo de vida propia?: ni uno. Eso si sobrevivía, claro, porque cada embarazo y cada parto eran comprar un boleto para morir en el intento.

Esa razón para no casarse: no tener hijos, seguía ahí, poderosa, después de su matrimonio con Jeremy. Y ahí no había negociación que valiera. El joven ya le había dicho claramente que en tres meses (bueno, ya en dos y medio), la tregua se acabaría.

Por eso, la felicidad de verse publicada se vio rápidamente ensombrecida cuando fueron pasando las horas de la mañana.

Había conseguido su sueño, pero no se trataba de un sueño con fecha de caducidad: publicar una vez no era el final, el objetivo era hacerlo de manera regular, durante toda su vida. Y ganarse la vida con ello. No depender económicamente de ningún varón. De nadie.

Tenía que volver a hablar del asunto con Jeremy.

Sabía que no podía negarse a tener hijos con él. Lo habían acordado, y era una mujer de palabra, pero quería ponerle coto al acuerdo. Así que pensó la solución:

Estaba dispuesta a darle un hijo a Jeremy, dos y hasta tres. Pero parar ahí. Cuando tuvieran tres hijos sanos y saludables, todo se acabaría.

No veía difícil convencer a su marido. Sabía de sobra que los hombres de su nivel tenían amantes y otro tipo de desahogos -lo había visto con sus propios ojos en el club. Jeremy sería uno más. Una vez consiguiera reproducirse de manera legal con ella, seguro que se ponía contento por tener libertad y el beneplácito de su esposa para relacionarse, con total discreción, por supuesto, con todas las mujeres que quisiera.

Sí, esa era la solución, pensó.

Pero, curiosamente, no sintió alivio cuando llegó a esta solución, sino disgusto.

La opción de que Jeremy se acostara con otras mujeres, tan buena, tan perfecta para ella a nivel racional, le estaba causando un fuerte desagrado.

Y más desagrado le causaba aún, pensar que dejaría de tener relaciones sexuales con su marido.

Aún no había tenido ni una hasta el final, y ya le molestaba la idea de dejar de tenerlas.

¿Qué le estaba pasando?

Cuando Jeremy llegó del club, por la noche, Gadea estaba admirando el centro de flores que habían colocado los criados a la entrada del palacio. Absorta en la belleza de los colores, no oyó a su marido, así que cuando se giró, pegó un bote al verlo parado a pocos metros de ella, apoyado en una columna, admirandola:

—Jeremy, me has asustado. Parece una costumbre tuya —dijo la joven con sonrisa tímida cuando vio el brillo en los ojos de su marido. Un brillo que ya conocía bien y sabía interpretar.

—Estás guapa, Gadea —dijo el joven, sin disimular lo que estaba pensando.

Su mujer cada vez le gustaba más, y cada vez le costaba más esperar los dos meses largos que le quedaban para poder retozar libremente con ella. Por suerte, la joven le había dado pistas de que, a veces, le gustaba jugar, así que, sin pensarlo mucho, eso es lo que se dispuso a hacer en ese momento. Sin embargo, Gadea le cortó las alas .

—Tenemos que hablar, Jeremy, —dijo mirándole dubitativa —...de nuestro..., acuerdo — terminó bajando los ojos tímida.

—¿Quieres adelantar el plazo? —dijo él, interpretando interesadamente las palabras de Gadea y plantándose a su lado en dos zancadas de sus largas piernas.

En cuanto lo tuvo a su lado, la determinación de Gadea se tambaleó. Notó el olor de Jeremy, intenso, varonil, seco, como una encina salmantina, pensó, y casi se mareó por la atracción que sintió hacia él. Siendo honesta consigo misma, tenía que reconocer que en aquel momento lo único que quería era avanzar en aquello que llevaba a tener hijos. Justo lo contrario de lo que había decidido decirle.

Desde luego, Gadea no podía estar más sorprendida consigo misma. Lo que sentía, lo que deseaba internamente, nada tenía que ver con lo que había decidido racionalmente. Aunque enseguida encontró una explicación: se estaba enfrentando a un enemigo mucho más poderoso de lo que ella había imaginado nunca: la llamada de la naturaleza, que era mucho más fuerte que todas sus convicciones intelectuales.

Más tranquila, después de haber encontrado una explicación a lo que le pasaba, se atrevió a tratar el tema con Jeremy:

—Estoy muy contenta y muy agradecida, Jeremy —le dijo en cuanto se sentaron en la salita al lado de la entrada, después de que ella le llevara hasta allí. Se sentía más cómoda y veía menos peligro de caer en las redes de “la naturaleza” si se sentaba a distancia de él y en un lugar de paso y público—. Sé que no ha sido fácil para ti, por eso mismo valoro más lo que has hecho. Pedro es el editor perfecto para mí: valora lo que hago, y también cómo lo hago. Al menos este primer artículo le ha gustado mucho.

—Me alegro, Gadea —contestó el joven enseguida—. Tienes razón en que no te he ayudado porque piense que sea una buena idea. Me sigue pareciendo fuera de lugar que una mujer escriba en un periódico —añadió con un ligero tono de fastidio —.Pero hemos hecho un trato y soy un hombre de palabra, así que he cumplido con mi parte. ¿Cuándo lo publican? —terminó, no porque tuviera interés en saberlo, sino por mera educación y para no desentonar tanto con la alegría de su mujer.

—Pedro me ha dicho que saldrá la semana que viene.

—Ah, pues no podré leerlo nada más publicarse, ya que esos días estaré en Salamanca. Me voy mañana a arreglar unos asuntos de la hacienda.¿Quieres venir conmigo?

En cualquier otro momento, Gadea habría ido con él encantada. Aunque llevaba poco tiempo fuera, tenía ganas de volver a su tierra. Además, tenía muchas ganas de verse cara a cara con

Gideon y Felicia. Se habían carteadado, cómo no, para comunicar la noticia de la boda y las consabidas felicitaciones por parte de ellos, pero no había visto su expresión. Bueno, por parte de su hermano no esperaba ninguna en especial, se tomaba todo, daba igual que fueran buenas o malas noticias, de la misma manera: imperturbable. Abúlico. Pero Felicia tenía que estar rabiosa. Al final, su cuñada Gadea, a la que no soportaba, había conseguido un matrimonio excelente, algo que la tendría muerta de envidia (el palacio de Jeremy en Salamanca aún era más grande y fastuoso que el que había sido suyo y ahora era de Gideon). Y eso que no sabía aún lo mejor: que había conseguido publicar. Quería ser la primera en dar a Felicia la noticia de que publicaba. Ya se imaginaba tendiéndole un ejemplar de “El Europeo” y señalándole un artículo de “Rosa de Poniente”.

Pero, aunque le apetecía mucho, no iba a ir a Salamanca con Jeremy, porque quería estar en Madrid el día que saliera publicado su artículo.

—No, Jeremy, esta vez quiero quedarme en Madrid, pero, si te parece bien, iré la próxima vez que vayas —le contestó sin poder quitarse la sonrisa que se le había quedado al imaginar la venganza ante su cuñada.

—Sí, me parece bien, claro —dijo él acercando su silla a la de ella, en un movimiento rápido que sorprendió a Gadea—. Pero, ¿qué querías decirme? —cambió él rápido de tema, deseoso de ir al grano.

Gadea tragó saliva. Pensarlo era más fácil que decirlo. Tenía que volver a tratar “el tema”, que no era fácil. Y, encima, después del acercamiento físico de Jeremy era todavía más difícil. Temió volver a flaquear.

—Como te he dicho, se trata de nuestro pacto —dijo por fin, cuando consiguió coger fuerzas para soltarlo.

Jeremy sonrió de oreja a oreja y acercó aún más su silla a la de ella, mientras le decía:

—Sí, yo he cumplido el mío. Ahora te toca a ti.

—Sí, de eso quería hablar —contestó ella echándose un poco para atrás y haciendo que Jeremy sonriera.

—Gadea, recuerda que no voy a hacerte nada que no quieras. No me tengas miedo, sólo deberías tenertelo a ti misma —sonrió malicioso.

“Ese es el problema”, pensó ella, pero, por supuesto, no dijo nada.

—Quiero revisar los términos del acuerdo —dijo, sin embargo, sin contestarle y volviéndose a centrar.

—No pienso retrasar ni un día —contestó él rápido, poniendo una expresión de desconfianza y firmeza a la vez.

—No, no es eso lo que quiero cambiar —respondió ella, ya más calmada, sabiendo lo que tenía que decir—. Estoy dispuesta a mantener el plazo. Es otro tema el que quiero tratar. En realidad no es cambiar el acuerdo, sino acotarlo más.

Jeremy no dijo nada, pero le miró desconfiado.

—Hablaste de hijos. Esa es la razón por la que quieres tener relaciones conmigo, ¿verdad? —continuó ella.

No, esa no era la razón principal.

Sí era importante para él. A todo hombre noble se le suponía una obligación el reproducirse (como a toda mujer, por otro lado, aunque Gadea no parecía darse por aludida). Ese era el objetivo fundamental del matrimonio. Y para reproducirse había que tener relaciones sexuales, que, en algunos casos -no en todos -se trataba de un acto agradable y deseable. Pero en el caso de

Jeremy, la motivación recorría el camino contrario. Él quería acostarse con Gadea. Desde hacía diez años. El deseo había permanecido dormido, pero desde que la había vuelto a ver en el club, había renacido con fuerza. Por suerte, Gadea era su mujer, así que, cuando cumpliera por fin su deseo (de poseerla, de hundirse en ella...), se reproduciría y cumpliría con las obligaciones de su estatus. O sea, al revés.

Sin embargo, no le iba a decir a Gadea nada de eso. Lo último que quería era mostrarse vulnerable ante ella:

—Sí, Gadea, claro, me he casado contigo para tener hijos. Es nuestra obligación como matrimonio y lo que espera todo el mundo de nosotros. Pero también te digo —añadió acercando su boca al oído de ella —que es una obligación muy, muy placentera.

En ese momento, como si estuviera poseída por una persona distinta a ella, Gadea se oyó decir, en voz muy, muy baja, casi un susurro:

—Lo se.

Se asustó por lo que acababa de decir en alto e intentó apartarse de él, pero la risa que se le escapó a Jeremy la dejó clavada en el sitio.

—Gadea, no vas a aguantar los tres meses —le respondió mientras la miraba con deseo.

Tengo que acabar con esta conversación lo antes posible, se dijo la joven, o acabaré claudicando:

—Bien, Jeremy —dijo, intentando recobrar la compostura y obviando lo que él acababa de decirle —lo que quiero decirte es que tendremos hijos, pero solo tres. Cuando tengamos tres hijos sanos, dejaremos de tener relaciones sexuales.

Jeremy, se alejó un poco de ella y la miró de hito en hito. Se esperaba cualquier cosa menos eso.

—¿Por qué? —le contestó extrañado, sin llegar a entender.

—Porque si tengo muchos hijos no podré escribir, y es lo que quiero hacer el resto de mi vida.

—¡Pero Gadea! —exclamó Jeremy— eres incansable con ese tema. ¡Si ya lo has conseguido!.

—He conseguido publicar un artículo, ese no es mi sueño, mi sueño es vivir de esto. Ser autosuficiente. Ya te lo dije.

Jeremy tuvo que levantarse de la silla y alejarse un poco de ella para intentar calmarse y no decir nada de lo que luego pudiera arrepentirse. Su mujer era exasperante. Y él un ingenuo. Porque la conocía bien y ya tenía que saber que ese tipo de reacciones eran típicas de ella. Durante su infancia, jamás, nunca, la había visto darse por vencida. Ni cuando perdía en alguno de sus juegos. En esos casos, siempre organizaba alguna revancha, y otra, y otra, hasta que, cómo no, acababa ganando. ¿Por qué iba a ser diferente esta vez con ese tema? Tenía que prepararse para una guerra continua con ella o para acabar claudicando. Y ni una de las dos opciones le parecía aceptable..., hasta que se le ocurrió una tercera.

Decidió que con ella siempre tendría que ir poco a poco, enfrentando cada batalla en vez de la guerra. Tenía que olvidarse de discutir sobre el “gran objetivo de su mujer”: vivir de lo que publicaba, y buscar soluciones para cada pequeña batalla. En algunas tendría que enfrentarse y en otras claudicar, pero tomaría las decisiones una a una. Ahora la batalla era por el número de hijos futuros. Bien. Analizaría eso entonces y tomaría una decisión sobre ese tema nada más.

¿Qué pensaba realmente él sobre ello?, ¿quería discutir? No, pensó, no iba a enfadarse por ese tema. Ella parecía tenerlo muy claro, pero también era verdad que no tenía ni idea de qué ocurriría con ella y sus motivaciones cuando tuviera su primer hijo. Él creía que seguramente cambiaría de prioridades, como les ocurría a todas las mujeres cuando se convertían en madres.

Había muchas posibilidades de que dejara de escribir por decisión propia.

O no.

Pero, ¿por qué iba a volverse loco con aquello antes de tiempo? Tres hijos vivos eran muchos hijos. Hacía falta mucho tiempo para tener tres hijos sanos. La misma Reina Isabel, que tenía los mejores cuidados médicos del País, sólo tenía una hija viva después de seis partos. Podían pasar muchos años hasta que él y Gadea tuvieran tres. A saber si ellos seguían vivos incluso... No, era absurdo enzarzarse en una discusión por un futuro lejano que igual nunca llegaba.

Además, se dio cuenta de repente, lo que acababa de decirle Gadea encajaba con sus mejores planes. Igual llegaba el momento, eran padres de tres hijos, y no solo no tenía que enzarzarse en ninguna discusión con ella, sino recordarle el trato. Había muchas posibilidades de que, cuando llegara el momento, él ya hubiera perdido todo el interés en ella. Vaya, al parecer Gadea le estaba poniendo en bandeja el mejor plan para su vida y su matrimonio.

Así que decidió que en aquella batalla no iba a pelear ni claudicar, sino darle la razón. Pero no iba a hacerlo gratuitamente. Se iba a hacer el remolón e iba a aprovechar para conseguir una ventaja adicional:

—Bien Gadea —le dijo entonces— aún falta mucho, pero estoy dispuesto a negociarlo. Pero sólo después de llegar a otro acuerdo, porque tu propuesta tiene un gran fallo. Soy un hombre, no puedes dejarme sin relaciones sexuales a cambio de nada. Si no voy a tener relaciones contigo, tienes que darme la opción de tenerlas con otras.

—De acuerdo

—¡¡¿De acuerdo?!!! —Entre todas las respuestas que había imaginado, aquella no se encontraba. No salía de su asombro.

—Sí, Jeremy, ya lo había pensado. Mientras lo hagas con total discreción y no pongas mi nombre en ridículo, no tendré problema —respondió ella calmada y segura.

Jeremy no sabía si enfadarse o echarse a reír. Gadea, desde luego, era diferente. A él no le gustaban las mujeres previsibles, así que estaba claro por qué se había enamorado de ella en su momento.

Una conversación así era impensable entre ninguno de los matrimonios que conocía él. Y entre los que no conocía también. Seguro. Pero lo cierto era que aquella respuesta, aunque rara, era la mejor que podía escuchar. Ella no veía problema, ¿por qué iba a verlo él, si iba a ser el mayor beneficiario?

—Eres terrible —le dijo él sonriendo de oreja a oreja, aceptando lo que acababa de ofrecerle su esposa como un regalo y alargándole la mano, como si se tratara de un pacto entre caballeros.

—Lo sé —dijo ella, respondiéndole a la sonrisa con otra, y estrechando su mano más fuerte que la mayoría de los caballeros.

—Pero aún queda mucho para eso, Gadea —le dijo él, acercándose de nuevo a ella—. Recuerda que antes debemos tener tres hijos. ¿Te apetece empezar ya?

Jeremy necesitaba cambiar de tema, porque, aunque parecía ser bueno para los dos, lo que acababan de acordar le incomodaba un poco. Y nada mejor para cambiar de tema que el sexo. Pero lo cierto es que se lo dijo dando por sentado que ella le diría que no. Suponía que con Gadea todos los avances en esa dirección iban a ser físicos y no intelectuales. Un roce involuntario, un acercamiento pero sin tocar..., iban a dar resultado casi seguro (de hecho ya lo había comprobado), pero plantearse directamente, como acababa de hacer, daba por hecho que no. Que ella se negaría. Por eso se quedó, una vez más, desconcertado cuando vio que Gadea no contestaba y solo le miraba fijamente.

Pasaban los segundos y seguía sin decir nada, lo que en esa situación casi era decir que sí.

¿O no?

Mientras Jeremy se debatía entre la sorpresa y la duda, Gadea estaba igual. ¿Por qué no le decía directamente que no? Era lo que tenía que hacer, él no la estaba tocando, ya no tenía la excusa de “la naturaleza”.

Bien, lo que había ocurrido era que todos los razonamientos que se había hecho unos minutos antes, habían servido para darle permiso a su lado racional. Si no iba a poder hacer nada contra sus instintos naturales, si había llegado a un acuerdo con Jeremy, si él había aceptado hasta sus últimas consecuencias aquel acuerdo, ¿qué razones había para posponer lo inevitable (que también, ya se atrevía a decírselo a sí misma, era lo deseable).

Por suerte, en ese momento se le ocurrió una razón que se superponía a las anteriores. Sí había una razón: el orgullo. Ella había sido firme en su primera negociación: tres meses. Si claudicaba ahora, sin ninguna razón aparente, quedaría como débil y fácil de manipular ante Jeremy. Y eso ella no lo iba a aceptar nunca. Esta idea le bastó para coger fuerzas y contestar a Jeremy.

—Dijimos tres meses y tres meses serán.

—Hummm —dijo Jeremy, menos sorprendido de lo que estaba un momento antes, ya que aquella sí era la Gadea que conocía —pero podríamos empezar a tener acercamientos, para que no sea muy grande el contraste cuando llegue el momento. Podemos ir conociéndonos físicamente. Poco a poco. Sin quitarnos la ropa. ¿Qué te parece?

Y aquí Gadea se quedó sin argumentos. Y, por tercera vez en el día, volvió a descolocar a Jeremy:

-Hummm..., eso sí...Vale...

Capítulo 18

Cinco minutos después estaban los dos en la habitación de ella, riéndose. Jeremy había decidido coger en brazos a Gadea y subirla rápido por la escalera, no fuera a ser que cambiara de opinión. Ella protestó un poco, pero solo por miedo a que les viera algún criado. Le daba vergüenza que los vieran en una escena tan íntima:

—Gadea, te aseguro que si hay algo que puede escandalizar a nuestros sirvientes sería enterarse de que no tenemos relaciones sexuales, no esto que estamos haciendo ahora —le dijo él mientras le daba un beso en la mejilla que le hizo sonrojarse a ella.

Jeremy abrió la puerta de su habitación con un golpe certero de su pie a la manilla, sin soltar a Gadea:

—Esto ya lo has hecho antes —dijo ella sorprendida.

—Sí, pero aquí no, aquí eres la primera —le contestó burlón.

Ella le dio un golpe en el hombro, que quiso ser de broma, pero lo cierto es que no le había hecho gracia saber que no era la primera a la que introducía así en una habitación. “A ver si después de tres hijos no voy a querer que esto pare”, pensó, pero enseguida se concentró en el momento presente.

Jeremy la acercó a la cama, la tumbó sobre ella con delicadeza e, inmediatamente, se tumbó a su lado, de un salto. Luego apoyó el codo en la cama y la cabeza sobre la mano y se la quedó mirando.

Se quedaron unos segundos los dos así, sin hacer ni decir nada. Mirándose. Hasta que Jeremy tomó la iniciativa:

—Gadea, no voy a hacerte nada que no quieras, recuerda, así que si algo te incomoda dímelo y pararé inmediatamente.

Gadea asintió, sin dejar de mirarle.

—Tampoco voy a tocarte ni un centímetro de piel, excepto los que tienes al aire ahora mismo.

Gadea pensó un momento, sólo tenía expuestas las manos, la cabeza y el cuello. Volvió a asentir.

—Aunque me pidas que lo haga —continuó él, burlón.

Y ella negó, pero riéndose, siguiéndole la broma. ¡Qué bien estaba con Jeremy!.

En ese momento, él le pasó el dedo índice, suave, despacio, por el lado izquierdo de su cara, desde la sien hasta la comisura de la boca.

Gadea no quitaba su mirada de la de él. Sentía que en la mirada de Jeremy estaba en casa, de alguna manera. Era una mirada dulce.

De Jeremy se podían decir muchas cosas, pero dulce no se le ocurriría a nadie..., salvo a ella. Pero es que, ahora recordaba, a ella siempre la había mirado así. Así que, para calmar los nervios que sentía, decidió no quitar el contacto visual con él.

Pero, mientras aquello le tranquilizaba, sentía el contacto del dedo como si le quemara. No el tipo de quemadura que hiere, sino la sensación de calidez que se siente al estar frente al fuego. A medida que el dedo iba pasando por la mejilla, ella notaba que se iba encendiendo.

Al llegar a la comisura de la boca, Jeremy dejó la punta del dedo en el borde del labio un momento y, más suave aún que lo que acababa de hacer, se lo pasó, primero por el labio inferior, luego por el superior.

Ella tuvo, de nuevo, el instinto de chupárselo, como la última vez, pero, esta vez, lo hizo de otra manera: no sacó la punta de la lengua, sino que abrió la boca, muy suave, muy despacio y, con delicadeza, atrapó entre sus labios el dedo de Jeremy. Sólo la punta de la última falange. Sin quitar el contacto de la mirada, que ya no era de timidez, sino de determinación. Después, ayudándose con la lengua y los dientes, pero muy, muy suavemente, introdujo el dedo, poco a poco, hasta tener la mitad dentro de su boca. Se mantuvo unos segundos así, quieta, sin mover nada, hasta que acercó la punta de su lengua a la punta del dedo. Primero la tocó, apenas un momento, y la retiró. Volvió de nuevo y repitió el movimiento de contacto y retirada un par de veces más, hasta que dejó la lengua en contacto todo el rato. Y empezó a moverla, en círculos, alrededor del dedo.

En aquel momento, se fijó en que la mirada de Jeremy había cambiado, ya no era dulzura lo que transmitía, sino deseo. Nadie la había mirado antes así (aparte del mismo Jeremy unos días atrás), pero supo descifrarla. Y también supuso que ella le estaba mirando a él de la misma manera.

Jeremy, efectivamente, estaba excitado. Ya no se había sorprendido como la primera vez, ya daba por hecho que Gadea era activa y tenía ideas propias, y las aplicaba al sexo también, aunque fuera inexperta (algo de lo que no dudaba). Pero sin el efecto sorpresa, la sensación también era maravillosa, porque esperaba ansioso el siguiente paso que diera su mujercita.

Pero él también era enérgico y activo, así que decidió volver a tomar la iniciativa. Quitó el dedo muy, muy despacio, pero con determinación, hasta sacarlo totalmente, dejando a Gadea con la boca un poco abierta, en forma de “o”, y una deliciosa mirada de desilusión. Como no podía permitir que se desilusionara, se apresuró a rellenar el vacío. Bajó la cabeza y le pasó al lengua, muy suave también, de la misma manera que había hecho con el dedo. Y al pasar por la zona abierta, en “o” la introdujo un poco.

Esta vez Gadea fue la sorprendida. La boca de Jeremy era tan dulce como su mirada. Notaba su aliento tibio y dulce, y la humedad de su lengua. Pero era algo totalmente nuevo para ella y le salió el instinto de explorarla. ¿Cómo?, acercando un poco la punta de su lengua a la de él.

El contacto fue como fuegos artificiales. Para ambos. Y, sin poder evitarlo ninguno de los dos, se fundieron en un beso completo, apasionado.

Gadea sentía los labios de Jeremy, suaves, contra los suyos mientras se exploraban mutuamente con sus lenguas. Era auténtica hambre lo que sentía. Hambre de Jeremy. Y sólo pensaba en saciarla, besándole más, chupándole, comiéndoselo entero.

Jeremy sentía lo mismo. La boca de Gadea era como la fruta más dulce, más llena. La lamía, la mordisqueaba, e introducía su lengua en ella y era como un refugio maravilloso. Cálido y fresco a la vez.

Estuvieron así varios minutos, intentando saciarse sin conseguirlo, porque cada vez se encendían más, hasta que Jeremy se separó poco a poco de ella, para admirarla. Y también para parar un poco su excitación, porque temía no poder controlarse del todo y acabar tocando a Gadea donde aún no tenía permiso.

Ella le miró con frustración, y con su voz, algo ronca, le dijo:

—Sigue.

Gadea no imaginaba el esfuerzo que estaba haciendo él para no hacerlo. Y tampoco imaginaba

el peligro en el que se estaba poniendo, porque Jeremy no quería hacer otra cosa que seguir besándola, pero también tocándola y desnudándola... Pero, por suerte, tenía mucha experiencia en esas lides y se podía controlar. Además, ver a Gadea de aquella forma también era un premio en sí mismo. Excitada e ingenua. Era deliciosa.

Así que, después de admirarla, se acercó de nuevo a ella y, en vez de besarla, le pasó muy suave la mano por el cuello, mientras acercaba sus labios a los de ella de nuevo, pero sin que llegaran a tocarse.

Mientras, Gadea, tenía que hacer esfuerzos para no pedirle de nuevo que siguiera, que era lo único que quería. Había perdido totalmente el decoro, pero, ¡qué diablos!, en ese momento le daba igual. La mano de Jeremy en su cuello era deliciosa y una tortura a la vez. Sentía unas cosquillas que le producían placer y ansia a la vez. Quería seguir sintiendo a Jeremy, pero, al mismo tiempo, sentía que se ponía enferma y, paradójicamente, sabía que lo único que la iba a calmar era sentir aún más a Jeremy.

Temía, además, el momento en el que él se separara del todo de ella, cuando se despidieran para dormir, cada uno en su habitación, porque ya había pasado antes por esa situación y le había costado horas olvidarse de lo que le había hecho su marido y, sobre todo, dejar de desearlo. Así que se debatía en una lucha constante entre lo que quería, lo que debía y lo que pensaba que tenía que hacer.

Ganó, una vez más, lo que deseaba —ya empezaba a ser habitual con Jeremy—. Y también empezaba a ser habitual que a ella le importara un comino actuar como no lo había hecho nunca. Así que aprovechó que Jeremy estaba concentrado en su mano sobre su cuello y, por sorpresa, cogió sus labios entre los de ella y le mordisqueó primero y le besó después, de nuevo, apasionadamente.

El joven no tardó en claudicar y unirse al beso, activo, con ganas, con deseo. Ninguno de los dos se preocupó en parar de nuevo. Estaban disfrutando, saboreándose, golosos, ansiosos..., hasta que en un momento, al cambiar de postura, sin querer, la mano de Jeremy rozó el pecho izquierdo de Gadea.

Se quedaron paralizados los dos, debatiéndose entre lo que querían y lo que debían.

Jeremy se separó del beso, con esfuerzo, ¡uf, le estaba costando más que levantar cien kilogramos!, y la miró. La mirada de ella reflejaba lo mismo que le estaba ocurriendo a él en ese momento: deseo, cautela, duda, más deseo... La mano seguía rozando el pecho y ninguno de los dos se había movido ni un milímetro, ni para avanzar ni para retroceder. Estaban en un momento decisivo, si daban un paso hacia adelante, si él posaba la mano entera sobre el pecho, si ella acercaba el pecho más a la mano, no habría vuelta atrás, y los tres meses de espera se convertirían en dos semanas nada más.

De alguna manera, sin palabras, los dos llegaron a la misma conclusión. Tenían que parar. Ella por cumplir su palabra. Él porque sabía que ella se desilusionaría después, cuando pasara el ardor. Se sentiría mal consigo misma...y no valía la pena. Además, pensar en esperar le excitaba aún más.

Así que, al unísono, sin decir nada, se fueron separando, hasta volver a la posición inicial. Ella tumbada boca arriba. Él, sin tocarla pero muy cerca, tumbado a medio lado, con la cabeza apoyada en su mano, observándola.

Permanecieron unos minutos así, mirándose sin decir nada, respirando agitados, pero sin tocarse, hasta que Jeremy habló:

—Es mejor así, sí —dijo, como si estuviera expresando en alto lo que Gadea estaba pensando,

como así era por otro lado—. Y mejor aún que me vaya ya, porque si no, volveremos a caer — terminó con una sonrisa entre resignada y juguetona.

Gadea sólo asintió, pero sonriendo también. Esperó a que Jeremy saliera de la habitación, sin dejar de admirar su magnífico culo, ya que se había quitado la chaqueta y el pantalón de fina franela se lo marcaba como si estuviera desnudo. Cuando el joven cerró la puerta tras él, ella se dió la vuelta, se agarró a la almohada, como si fuera el mismo Jeremy unos minutos antes y sofocó un largo suspiro mezcla de frustración y alivio.

Se sentía mal y se sentía bien al mismo tiempo. Lo que había ocurrido sobre la cama era una continuación de lo ocurrido los días anteriores con Jeremy. Y era maravilloso comprobar que las sensaciones no habían sido fruto de un día, sino que volvían siempre que estaba a su lado. Maravilloso, porque era su marido y, pronto, en dos meses, tendría de eso todos los días. Pero también le preocupaba lo pronto que había olvidado lo que, para ella, era su sentido en la vida: escribir. En aquel momento, lo que quería hacer era retozar con Jeremy eternamente. Lo demás, le importaba un bledo.

Pero bueno, aquella preocupación tendría caducidad, suponía ella. Conocía muchos matrimonios, y no notaba en ellos aquella fiebre y urgencia que le embargaba a ella. Seguro que aquello sería fruto de los comienzos y luego todo volvería a su sitio. Y volvería a ser una mujer racional.

Pero, aunque pensar aquello le calmó algo, se notaba incómoda, muy incómoda... ¿qué le pasaba?..

De repente, se dió cuenta. En la zona donde estaba su sexo, notaba una palpitación y una humedad que no había notado nunca. Había estado ahí casi desde el momento en que habían entrado en la habitación, y había ido aumentando en intensidad con los avances sobre la cama, pero, como era algo nuevo para ella, no había sido consciente hasta ese momento. Se sentía caliente y húmeda a la vez. E incómoda. Era como un ansia que tenía que calmar, e, intuía, sólo Jeremy podría hacerlo. Pero Jeremy no estaba, se iba al día siguiente a Salamanca y, cuando volviera, seguiría sin poder calmarla, porque aún faltarían muchos días para que el plazo acabara.

¿Iba a estar así todo el tiempo hasta entonces? Casi entró en pánico cuando lo pensó. No, no lo iba a soportar, si era eso lo que le esperaban los próximos dos meses, prefería entrar en ese momento en la habitación de Jeremy y decirle, pedirle, por favor, que la calmara ya.

Por suerte, el sentido común apareció de nuevo y le dijo que no, que aquello no iba a durar, que si se dormía, al día siguiente, seguro, ya estaría bien. Nada le ardería ni se le humedecería. Seguro.

Intentando creer este pensamiento, se dio la vuelta, apagó la luz e intentó dormir.

Al otro lado de la puerta, Jeremy estaba pasando por el mismo proceso, sólo que con más conocimiento de causa y sabiendo cuál era la solución.

Ese día no iba a ver a Marta. Era demasiado tarde. Además, curiosamente, sentía que si estaba en ese momento con Marta, iba a serle desleal a Gadea. Algo que no le había ocurrido nunca (y

esperaba que fuera algo puntual, fruto del contacto tan reciente con su mujer, porque, por el momento, no pensaba prescindir de Marta). Pero había otra solución, menos satisfactoria, pero más fácil y rápida.

Se bajó los pantalones, agarró su polla, que estaba dura y erecta y se masturbó con energía. No duró mucho tiempo. Imaginar la boca en “o” de Gadea, tal y como la había visto unos minutos antes, agarrando su polla con el mismo deseo con el que le había besado, bastó para que se corriera. Pero fue tan rápido y placentero que no pudo ahogar el gemido de placer que le salió involuntario.

Esperaba que Gadea no le hubiera oído, aunque, por otro lado, pensó, era tan ingenua aún que no imaginaría de qué se trataba.

En cuanto acabó, se desnudó y se tumbó en la cama. Tardó menos de un minuto en caer dormido.

Capítulo 19

Al día siguiente, Jeremy salió muy temprano sin despedirse de Gadea, no se sentía con fuerza para enfrentarse a la joven de nuevo, sin tocarla. No había dormido todo lo bien que le hubiera gustado.

Después de masturbarse, cayó relajado en el sueño, pero a las dos de la madrugada volvió a despertarse, con una erección tan potente o más que la anterior. Tuvo que masturbarse de nuevo, esta vez imaginando que Gadea le decía, “sigue, sigue, sigue...”, sin parar, con aquellos ojos ingenuos y descarados a la vez.

Y a las cinco de la madrugada le ocurrió de nuevo, aplicando el mismo remedio.

Cuando despertó a las siete de la mañana, estaba agotado, por lo mal que había dormido y por el esfuerzo físico (que eso era masturbarse, aunque produjera placer), pero observó, asombrado, que volvía estar erecto y duro. Ya casi más preocupado que contento, volvió a masturbarse, con rapidez, y salió de la casa, antes de lo esperado, a avisar a los lacayos y el cochero, para coger el coche de caballos para ir a Salamanca. Esperaba que el incómodo viaje fuera el remedio final y se le pasara la excitación. Por suerte, pensó, no vería a Gadea en un par de semanas, porque estaba claro que, mientras estuviera cerca de ella y no pudiera tocarla como necesitaba, la espera iba a ser una tortura.

Gadea sí durmió algo, a ratos, pero, por desgracia, cada vez que se despertaba, sentía la misma agonía que la noche anterior. Seguía húmeda y excitada. Pero ella no sabía cómo aliviarse. Nadie le había hablado de aquello ni le había ocurrido antes, así que su noche fue aún peor que la de Jeremy. Cada vez que se despertaba, se daba cuenta de que la excitación seguía ahí. Daba vueltas y vueltas, a ver si conseguía volver a dormir, pero, aunque caía en el sueño por puro cansancio, volvía a despertar al poco tiempo, y la incomodidad seguía allí.

Hacia las cinco de la madrugada, harta ya, estuvo a punto de abrir la puerta interior que comunicaba con la habitación de Jeremy y meterse en su cama. Despertarle a besos y pedirle, por favor, que le quitara aquella agonía.

No, no era cierto. En ningún momento había pensado en serio hacerlo. Estaba incómoda, pero no tanto como para echar por tierra su imagen de mujer cabal y fuerte (ante Jeremy, pero también ante ella). Sólo fantaseó con hacerlo. Nada más. Pero lo hizo tanto rato que, aunque al principio casi sintió alivio, como si estuviera ocurriendo en realidad, enseguida, lo único que consiguió fue excitarse más.

Ahora ya notaba claramente el punto exacto desde el que irradiaba toda aquella excitación: en el centro de su sexo. Tenía que parar aquello, dejar de pensar en Jeremy (enfermaba más), dejar

de pensar en lo ocurrido, dormir mucho y profundo... Daba vueltas y vueltas sobre la cama, agarraba la almohada con fuerza, cerraba los ojos con más fuerza aún, pero ya le era imposible volver a dormir. Las cinco y media, las seis... Y Jeremy, que se le colaba en los pensamientos cada poco. Pero no el Jeremy amigo, o el Jeremy que la había exasperado al reencontrarse, no, sólo el Jeremy sensual. Su olor, el contacto de su dedo, sus manos y, sobre todo, lo que los pantalones le habían dejado apreciar: su culo perfecto.

En ese mismo momento, más allá de las seis de la madrugada, cuando sus pensamientos se desbocaron del todo y su excitación alcanzó cotas que creía que no iba a soportar, instintivamente, bajó su mano, abrió las suaves enaguas con las que estaba durmiente e, introduciendo suavemente la mano, tocó, casi imperceptiblemente, aquel punto que tanto le estaba torturando.

Un gemido involuntario salió de su garganta. Quitó el dedo rápidamente, un poco asustada con lo que había sentido, pero dejó la mano dentro de las enaguas, sobre el bajo vientre. ¿Qué había sido aquel placer?, ¿aquella delicia?.., ¿aquello que se había provocado ella sola...¿?

Gadea nunca se había tocado en aquella zona salvo para asearse. Nunca se le había ocurrido que pudiera suceder aquello que le estaba pasando a su cuerpo. Sabía cómo era la dinámica de las relaciones sexuales, lo había leído, por mero interés intelectual, sin ningún interés sensual, en unos libros que su padre tenía escondidos en la biblioteca. También había visto a muchos animales en el proceso, claro, era una chica de campo. Y sabía que ella misma tenía órganos reproductores. Pero, lo cierto es que nunca le había interesado nada relacionado con ello, porque daba por hecho que nunca los iba a utilizar, de ninguna manera. El matrimonio con Jeremy había cambiado esa seguridad, pero en el poco tiempo que llevaba casada, tampoco había pensado en ello en ningún momento...hasta ese mismo instante. Claro, pensó, ella también tenía un aparato para reproducirse, con sus partes diferenciadas. Un aparato que estaba ahí y que parecía funcionar de forma autónoma, porque se le estaba haciendo notar como nunca se le había hecho notar el hígado o el bazo, por ejemplo.

A la excitación que sentía se le añadió la curiosidad, así que se dispuso a explorarse. Decidió dejar para el final aquel botón central que acababa de tocar. Intuía que era la parte más sensible y que, si empezaba por ahí, algo que no podría controlar iba a suceder.

Lo primero que hizo fue acariciar la parte de la tripa sobre la que había dejado su mano posada. Justo debajo del ombligo. Tenía la piel suave, como la seda. Estuvo un rato acariciando la zona, con un dedo, dos, toda la mano, reconociéndola, hasta que tocó la parte superior de la línea del vello púbico. “El pelo, claro, ahí está”, pensó. No porque fuera la primera vez que lo sintiera, claro, sabía que estaba ahí, pero sí era la primera vez que lo iba a tocar conscientemente.

Hizo lo mismo que había hecho un momento antes en la parte de piel sin pelo. Pasó sus dedos poco a poco, hasta posar los cinco de la mano derecha. Y empezó a jugar con su vello. Del mismo color negro, era más fuerte y rizado que el de la cabeza, pero seguía siendo muy suave, sedoso. Estuvo un buen rato jugueteando con él, enredando los dedos en el pelo, acariciando la piel de abajo, disfrutando del nuevo conocimiento que de ella misma estaba teniendo.

Siguiendo la línea del vello, fue bajando poco a poco, esta vez más despacio y con más cuidado, para evitar el botón de placer.

Por el momento.

Llegó a un punto en el que la piel y el vello se dividían en dos. Entonces recordó las ilustraciones que había visto en aquellos libros prohibidos de su padre. Al parecer, las mujeres tenía dos tipos de labios allí abajo, llamados labios menores y labios mayores. Lo que estaba tocando debía ser la separación de los llamados labios mayores.

Se exploró con cuidado y, efectivamente, lo que notó coincidió con lo que recordaba de aquellas imágenes. La línea del vello púbico continuaba a un lado y otro de la separación, sobre dos protuberancias que debían ser los labios mayores.

Decidió separar ambos con cuidado y buscar los llamados menores. Y ahí es donde se topó con la humedad que sentía desde la noche anterior. Efectivamente, protegidos por sus hermanos mayores, encontró dos pequeños labios, carnosos y húmedos, sin vello en este caso.

El primer impulso fue retirar los dedos, ya que la textura era extraña para ella. Hasta ese momento, no había encontrado ni una parte de su cuerpo que se pareciera a aquella. Era como tocar su interior...Y esta idea le llevó a recordar que, en realidad, sí había una parte de su cuerpo parecida:el interior de la boca. Sí, la sensación era la misma: piel suave, húmeda y cálida. La similitud le tranquilizó y le animó para seguir avanzando.

Palpó los labios menores con calma, hasta que empezó a abrirlos con ayuda de sus dedos, poco a poco. Lo hizo despacio y con mucho tiento, porque notaba que la excitación iba aumentando. Aquellos labios ocultaban el centro de lo que le estaba produciendo placer y agonía al mismo tiempo. Sabía que acabaría tocándolo, pero aún no se atrevía. Así que, tras abrir los labios, dirigió su dedo índice al lugar donde sabía que había una abertura hacia su interior...

El lugar en el que Jeremy debería introducir su pene, dentro de un par de meses.

Pensar esto le asustó y excitó al mismo tiempo. Y notó que allí, en su centro, el ansia que le perseguía desde que había estado con Jeremy, aumentaba. Así que, curiosa y ansiosa a la vez, acercó su dedo a donde suponía que estaba la abertura a su interior.

Y la encontró. Primero la acarició alrededor, reconociéndola. La sensación era como la que se sentía al acariciar los labios humedecidos, con la boca entreabierta. La diferencia estaba en que nunca había sentido aquellas oleadas de placer con ese tipo de caricias en la boca. Eran una oleadas de calor placentero que partía de ahí mismo, de su centro, y se extendían por todo su cuerpo.

Al mismo tiempo que las oleadas de placer, notaba un ansia de llenarse, así que fue introduciendo la punta del dedo. A medida que lo hacía, el dedo se iba empapando del líquido, cálido, que bañaba su interior. Y las oleadas de placer, aumentaban.

Poco a poco, fue introduciendo el dedo, alternando movimientos circulares con pequeños empujes ascendentes. Su interior era acogedor. El dedo notaba una ligera presión, pero era una presión dulce, como de recibimiento.

En un momento dado, de manera involuntaria, contrajo los músculos para atrapar mejor el dedo, y una oleada de placer, más fuerte, la recorrió entera. Entonces aumentó la velocidad a la que movía el dedo, tanto los movimientos circulares como los ascendentes y descendentes.Y contrajo rítmicamente los músculos, para intentar atrapar el dedo en su camino hacia el interior.

El gozo aumentaba a medida que lo movía, pero era una sensación a la que le faltaba algo, como de ansia permanentemente insatisfecha. Instintivamente supo qué tenía que hacer. Apoyó la palma de la mano en su monte de venus, mientras fue sacando poco a poco el dedo, y, una vez fuera, lo posó, casi de manera imperceptible, encima del punto desde el que irradiaba todo el placer.

Soltó un gemido involuntario.

Aquello era delicioso.

Era un punto carnosos, húmedo y palpitante. Caliente. Que, con solo aquella mínima presión, le produjo una oleada de placer físico como no había sentido nunca hasta entonces. Ahí estaba lo que le estaba provocando todo desde el día anterior. Ese era el foco de su tortura. Y también de su

disfrute.

De nuevo, con mucho cuidado, volvió a tocarlo y, de nuevo también, una oleada de placer la llenó entera.

Entonces ya no pudo parar.

Palpó su botón de placer hasta reconocerlo entero. Estaba mojado y palpitante. Cada pequeña presión que hacía, le devolvía corrientes de placer que se desplazaban por todo su cuerpo. Y una necesidad de tocarse más se apoderaba de ella. A partir de ahí, ya se dejó llevar, sin cortapisas. Su mano y sus dedos se convirtieron en músicos que interpretaban la partitura de su deseo. Fue alternando las caricias sobre su clítoris con la introducción de su dedo índice en su interior. Todo eran movimientos circulares, ascendentes y descendentes. En un momento dado, introdujo dos dedos, necesitaba sentir más presión, y entonces la cara, el culo, el pene de Jeremy vinieron a su mente. Tuvo la necesidad de mover el dedo con más rapidez sobre su clítoris, notó un ansia extrema, hambre de algo que...

Y, de repente, le sobrevino sin esperarlo.

Sintió que un placer infinito se derramaba entero sobre ella. Desde el punto de su clítoris hasta la punta de sus pezones. Soltó un gemido involuntario que inmediatamente trató de ahogar mordiendo la almohada, y se dejó llevar a lomos de aquel placer infinito.

Unos segundos después, aunque a ella le parecieron eternos, volvió poco a poco en sí. Volvió a ser la Gadea de siempre.

Aunque algo en su mente le dijo que había traspasado una frontera invisible y que, después de aquello, no volvería a ser igual. Pero agotada por la larga noche sin dormir y, sobre todo, por el largo y profundo orgasmo que había tenido, cayó dormida.

Se despertó con el ruido que los criados hacían en la casa con sus labores cotidianas. Un ruido que estaba acostumbrada a escuchar cuando ya estaba levantada y desayunada todos los días.

“Dios mío, pensó, me he quedado dormida, ¿qué hora será?”.

Cuando miró el reloj no dio crédito a lo que vio: la once de la mañana. Jamás había dormido tanto. ¿Cómo no le había despertado Teresa?

Como si la sirvienta hubiera oído sus pensamientos, en ese momento, Teresa abrió la puerta de la habitación, se asomó discreta y dijo:

—Ah, señora, ya está despierta. He venido varias veces, pero la he visto tan a gusto que no he querido molestarla. ¿He hecho bien?

—Por supuesto, Teresa, no te preocupes, he dormido mal y por eso me he alargado tanto hasta estas horas.

—Eso es lo que había supuesto —dijo la mujer mientras, tras abrir los ventanales, se dispuso a ir al armario a coger el vestido que se pondría ese día Gadea.

En ese momento Gadea entró en pánico. Se acababa de dar cuenta de que se había quedado dormida desnuda de cintura para abajo, ya que durante los movimientos sexuales había acabado por quitarse las enaguas. Además, en ese momento se daba cuenta, olía mucho a..., a lo que había

hecho... Era un olor nuevo para ella, pero, no había ni una duda, provenía de su sexo y de lo que había hecho la noche anterior. Teresa había estado casada, ¿se iba a dar cuenta de lo que había hecho!, y ella se iba a morir de vergüenza.

Tomó la decisión en el momento:

—Teresa, no, déjalo. Aún estoy cansada. Voy a remolonear un rato. Luego te llamo para que me ayudes.

La mujer le miró un momento sorprendida, pero no dijo nada. Enseguida pensó que apenas conocía a Gadea, igual hacía ese tipo de cosas que, por otra parte, ella también haría si pudiera. Así que, sin darle mayor importancia, salió de la habitación.

Gadea soltó un suspiro de alivio y se hundió más en la cama, hasta acabar metiendo la cabeza bajo las sábanas. Enseguida la sacó de nuevo porque ahí dentro el olor era aún más intenso. Aún no estaba preparada para eso. Tenía que intentar mantener la cabeza fría y evaluar lo que había ocurrido la noche anterior.

Nadie le había hablado jamás de la masturbación, así que era imposible que supiera exactamente lo que había hecho, pero, por otro lado, intuía que era algo natural. Tenía claro además que las relaciones sexuales a dos serían algo parecido, solo que en vez de un dedo (o dos, recordó poniéndose roja), sería el pene masculino el que se introdujera en el cuerpo de la mujer.

En su caso, el pene de Jeremy ...

¡Oh, tortura, deliciosa tortura!. Nada más pensar esto último, volvió a despertarse el botón del clítoris que había conseguido adormilar pocas horas antes.

Pegó un bote y se levantó de la cama de un golpe. No pensaba volver a hacerlo. No en aquel momento, matizó su pensamiento después. Aún tenía que procesar lo que había ocurrido, lo que había hecho.

Así que se dirigió al armario a vestirse ella misma y bajar al comedor a desayunar lo antes posible.

El problema fue que de camino al armario se encontró con su reflejo en el espejo frontal.

Al parecer, su matrimonio con Jeremy era un continuo desfile de primeras veces, porque era la primera vez que se veía desnuda, aunque fuera en parte, reflejada en un espejo.

Ella sabía cómo era, se veía todos los días al asearse y vestirse, pero no era lo mismo la visión parcial de una misma desde arriba, a lo que el espejo le estaba ofreciendo: ella entera, de arriba a abajo.

La camisa de batista que llevaba por encima era tan fina, que su figura se transparentaba a través de ella. Tenía unos pechos pequeños pero muy bien formados, se adivinaban sobre todo los pezones, de color café con leche que, al estar erectos y en punta, se marcaban a través de la camisa.

Pero lo que más le llamó la atención fue lo que la camisa no tapaba. Esta llegaba hasta unos pocos centímetros bajo su cintura, pero, después no había nada. Sólo su cuerpo, su piel.

Se veía la suave curva de sus caderas, sus piernas, bien torneadas y ligeramente musculadas - tantos años de correr por el campo y de subirse a los árboles habían dado su fruto -pero, lo que más le llamó la atención fue el triángulo oscuro en su bajo vientre. El vello que unas pocas horas antes había estado acariciando.

En cuanto el recuerdo apareció en su mente, sintió, de nuevo, la punzada del deseo. Para desviar la atención de aquello, se dio la vuelta rápidamente, para ver cómo era por detrás. Esa visión sí que iba a ser nueva para ella, no se había visto nunca desnuda por detrás.

Puso el cuerpo de espaldas y giró el cuello y la cabeza para ver el reflejo del espejo.

La parte superior tapada, dejaba transparentar la línea de su cuerpo, se veía perfectamente cómo la línea se angostaba en la cintura y cómo, a partir de ahí, empezaba a ensancharse de nuevo, dibujando el inicio de las caderas. Enseguida se veía ya su cuerpo al aire. Las caderas, no muy anchas, las piernas por detrás, igual de bien formadas que por delante, pero, lo que acaparó su atención fue lo que coronaba en la parte superior esas piernas. Su culo. No muy grande, pero redondo, alto, bien formado, firme. Le pareció que era bonito y, enseguida, imaginó a Jeremy mirándolo, admirándolo, tocándolo...

Tuvo que volver a quitar la mirada de golpe. Tenía que parar de una vez. ¿Cómo podía ser que se excitara solo mirándose?, ¿en quién se estaba convirtiendo?

Decidió que iba a cortar con aquello por lo sano. Se vestiría, con la ropa más corriente y cubierta que tuviera, bajaría a desayunar e, inmediatamente, se pondría a escribir. Sobre el tema más sesudo y árido que encontrara en los periódicos. Tenía que evadirse, concentrarse en otras cosas, en cosas realmente importantes, olvidar todo lo que había ocurrido desde la noche anterior. Olvidar a Jeremy...

Cuando estaba, otra vez, a punto de empezar a tener pensamientos sensuales al pensar en su marido, recordó que le había dicho que se iba a Salamanca y estaría un par de semanas fuera.

Sintió una punzada de desilusión, pero, inmediatamente, alivio.

—¡Menos mal! —se dijo en alto.

Capítulo 20

Quince minutos después, Gadea estaba sentada en la mesa del corredor acristalado que daba al jardín interior. Hacía un maravilloso día de sol en el que el cielo de Madrid se mostraba en toda su belleza. Con un azul intenso, profundo y luminoso que, estaba segura, en pocos sitios del mundo sería tan maravilloso.

Pulcramente vestida, con el vestido más soso y neutro que tenía, uno marrón de paño que sólo llevaba un cordoncillo de adorno alrededor de las mangas y el cuello, y peinada con un moño austero y tirante, como ella misma había pensado al darse un vistazo rápido en el espejo al salir de la habitación, parecía más una monja que una joven recién casada. Perfecto para el plan que acababa de trazar de no volver a tener ni un pensamiento -ni sensación- sexual hasta que volviera su marido.

Mientras estaba absorta mirando cómo el jardinero podaba un magnífico magnolio que había en una esquina del jardín, oyó cómo la puerta del corredor se abría y una cabecita se asomaba tímida. Era Artemisa, su cuñada.

A los dos días de su llegada a la casa, sus dos cuñados, Henry y Andrew, se fueron de Madrid, a continuar con sus ocupaciones en otros lugares. Andrew en el ejército, Henry en sus negocios fuera de España. Había sido una suerte que coincidieran todos en la casa el día de la boda, le había evitado tener que ir dando la noticia uno a uno, pasando por la vergüenza de tener que explicar la razón de la prisas por casarse. Lo cierto es que los tres habían reaccionado de maravilla, y los dos días que coincidió con los varones habían sido agradables y le habían traído recuerdos de los tiempos en que jugaban juntos en Salamanca.

Pero Artemisa no se había movido ni lo iba a hacer. Tenía apenas 17 años, así que vivía con su hermano mayor que era, también, después del fallecimiento de sus padres, su tutor legal.

Durante aquellas dos semanas, habían coincidido en todas las comidas, pero apenas habían hablado, más allá de las frases para pedirse un salero o el aceite.

Gadea no notaba animadversión en su cuñada, al contrario, sabía que la caía bien. Muy bien. La joven normalmente no le quitaba ojo cuando hablaba, y lo hacía sonriente. Se había dado cuenta también de que muchas veces asentía, aunque fuera imperceptiblemente, a lo que ella decía. Incluso cuando Gadea estaba diciendo algo que matizaba o contradecía lo que acababa de decir Jeremy.

Sí, Gadea tenía claro que Artemisa estaba de su lado, que le caía bien, pero era tan súmamente tímida, que no se atrevía a hablar en su presencia (¿lo haría cuando no estaba ella y estaba sola con sus hermanos?.., tenía dudas también).

Además, lo cierto era que la presencia permanente de Jeremy durante las veces que habían coincidido ambas, no había ayudado mucho. Jeremy hablaba bien y con autoridad. Cada vez que abría la boca, se daba por hecho que los demás callaban. Y hablaba mucho. Gadea también hablaba mucho y no le gustaba aceptar cualquier argumento solo porque lo dijera un hombre, así que durante aquellas dos semanas había habido, entre marido y mujer, una pugna permanente por acaparar el turno de palabra a la mesa. Nada grave, ya que habían eludido los temas conflictivos,

pero sí una pequeña lucha dialéctica casi constante.

En ese ambiente era muy difícil que una tercera persona se hiciera oír. Y, desde luego, casi imposible para una persona tan tímida como Artemisa.

Pero ese día Jeremy se había ido. E iba a tardar dos semanas en volver. Gadea, mirando la cabecita de su cuñada, decidió que intentaría conocerla más.

—Artemisa, cariño, ven un rato aquí conmigo, por favor, que estoy aburrida —fue lo primero que se le ocurrió decir.

Su cuñada la miró unos segundos sin terminar de moverse y, de pronto, una enorme sonrisa le apareció. 'Qué bonita es cuando sonrío' pensó Gadea, y le devolvió la sonrisa a su vez.

Entonces Artemisa salió del todo de detrás de la puerta y se acercó a su cuñada, ligera, casi dando saltitos, como hacen los gorriones. En cuanto llegó a su altura, se sentó en la silla junto a Gadea. Lo hizo casi de un salto, pero con un movimiento elástico y ágil que a Gadea le recordó a sus hermanos mayores y difuminó la sensación de fragilidad que transmitía en un primer vistazo.

De hecho, pensó Gadea, Artemisa era una Cornwall de arriba a abajo. Con el pelo rojo fuego, igual que Andrew, pero liso como una tabla, al revés que aquel, era alta para ser mujer. Y muy espigada. Tenía los ojos azules, como Henry, y la cara plagada de pecas de distintos tamaños, que no la afeaban, sino que le daban una expresión pícara. No era guapa según los cánones vigentes, porque era demasiado delgada entre otras cosas, pero era agradable y, pensó Gadea, si mostrara más aquella sonrisa que le estaba mostrando a ella, podría hacer caer en sus redes a muchos hombres.

—Tu hermano se ha ido y no volverá hasta dentro de un par de semanas —le dijo sonriente cuando vio que Artemisa se acomodaba en la silla—, así que vamos a estar solas tu y yo estos días.

—Sí, sí, me lo dijo ayer—contestó Artemisa con esa voz que tenía, grave y aterciopelada, que siempre le llamaba la atención a Gadea por lo bonita que era.

—¿Qué te parece si aprovechamos para conocernos mejor? —le dijo entonces Gadea —.Jeremy es tan absorbente que no nos ha dejado hablar de mujer a mujer estos días, y tengo muchas ganas de hacerlo.

—Me encantaría Gadea le contestó la sonriente joven —.De hecho, llevo unos días queriendo preguntarte algo —continuó un poco tímida.

—Tú dirás —le respondió Gadea intrigada

—Jeremy me ha dicho que vas a escribir y publicar un artículo... —y dejó la frase en suspenso, quizá por miedo a que Gadea se enfadara porque lo sabía. Nada más alejado de la realidad, por supuesto, porque Gadea estaba encantada de poder hablar con alguien de su pasión.

—Sí, sí —le contestó feliz—. Ayer mismo lo entregué en la imprenta del periódico que me lo va a publicar. Saldrá esta semana.

—¿Y qué periódico es?- preguntó Artemisa, interesada.

—'El Europeo'.

—Hummm —murmuró Artemisa, seria esta vez—, no me suena de nada, qué raro... —contestó después de un silencio —.¿Ese es el periódico que te ha conseguido Jeremy? —preguntó después de otro momento de silencio.

—Sí, ¿por qué? —le contestó Gadea, expectante.

—No..., por nada..., simple curiosidad... —dijo Artemisa, en un tono más vacilante del que le hubiera gustado.

Artemisa no pensaba decirle nada a su cuñada, pero todo aquel tema le tenía muy intrigada

desde que lo había conocido por boca de Jeremy. Toda la timidez y discreción que transmitía Artemisa en público, nada tenía que ver con su carácter en privado. Con las personas cercanas era mucho más abierta y, sobre todo, tenía la misma determinación y el mismo espíritu luchador de todos los hermanos.

Igual que Jeremy siempre había tenido claro que se ocuparía de la gestión del Vizcondado, Andrew de pertenecer al ejército y Henry que se ocuparía de negocios que le permitieran viajar, ella, desde muy niña, había sabido que lo suyo era la ciencia.

A pesar de ser mujer, el pronto fallecimiento de los padres y el hecho de que sus hermanos estuvieran demasiado ocupados en gestionar asuntos importantes a muy pronta edad, le habían dado el espacio para hacer un poco lo que quisiera. Y lo que quería era aprender por su cuenta todo lo que pudiera sobre ciencia, gracias también a la enorme biblioteca de su padre. Cuando los tres hermanos mayores se dieron cuenta de a qué dedicaba Artemisa la mayoría de las horas, ya era tarde para pararla. Aunque todos lo intentaron un poco. “Nadie va a querer casarse contigo”, fué el argumento que utilizaron, “me da igual”, fue el contraargumento- falso -de ella. Pero lo cierto es que era su única hermana y la más pequeña. La adoraban, la mimaban y la protegían. Y no sabían decirle que no. Así que con 17 años era una autoridad en temas científicos, sobre todo en temas relacionados con la higiene y la salud.

Pero claro, una cosa era que sus hermanos hicieran la vista gorda con ella, su hermanita querida, y otra que se casaran con alguien como ella. Y eso era precisamente lo que había hecho Jeremy.

Tal y como él le había dicho a Gadea el día de la boda, Artemisa la adoraba desde niña, pero lo que no sabía nadie era que la adoraba porque la consideraba un espíritu afín. Cuando Gadea, de jovencita, repetía a todo el que quisiera oírle que quería ser reportera y articulista, sólo una persona le hacía caso y le escuchaba atentamente y le alentaba mentalmente: Artemisa.

Así que cuando Jeremy apareció con Gadea el día de la boda, la más contenta de todos fue Artemisa. Contenta y extrañada, claro. Porque sabía que su hermano no era precisamente un defensor de la independencia de las mujeres.

Llevaba, por tanto, desde el día de la boda, intrigada. Sabía que aquel matrimonio era extraño. Muy extraño. Pero le encantaba. Y quería saber cómo había hecho Gadea para engatusar a su hermano.

Cuando Jeremy, en un rato que compartieron solos, le comunicó que Gadea iba a publicar un artículo, la intriga y el interés aumentaron exponencialmente: ¿Jeremy aceptaba como si nada que su mujer hiciera algo totalmente revolucionario?, ¿el mismo Jeremy que, para no discutir con ella, hacía como que no le veía estudiar y leer sobre ciencia?

Algo se le estaba escapando y ella quería saber qué era. Porque si alguien tan poco abierto al tema de la instrucción y liberación femenina como su hermano era capaz de aceptar algo así, también había esperanza para ella. Quizá, algún día, encontraría un hombre bueno y apuesto como su hermano que la aceptara tal cual era.

Quizá podía ser “él”...

Y aquí Artemisa paraba sus pensamientos, porque solo imaginar que el hombre del que estaba enamorada le hacía caso y le aceptaba, le entraban ganas de llorar de felicidad.

El caso es que aquella mañana, como sabía que Jeremy se había ido, llevaba horas dando vueltas por las estancias comunes a ver si encontraba a Gadea y satisfacía su curiosidad. Al final, todo había salido bien y la misma Gadea la había alentado a sentarse con ella y tener confidencias.

Sin embargo, en cuanto nombró el nombre de la publicación, “El Europeo”, Artemisa adivinó lo que había ocurrido. Y se desilusionó.

Ella leía casi todo lo que se publicaba, buscando noticias de ciencia, y aquella publicación no le sonaba de nada. Su hermano, que era una de las personas del País con más contactos, gestionaba la primera publicación de su mujer en un periódico de tercera..., o de cuarta...

Ahora lo veía claro.

Se había casado con Gadea por alguna razón que se le escapaba, pero la faceta libre e intelectual de su mujer no le hacía ni una gracia, seguro, como le ocurría con la de su hermana. Y, por eso, la intentaba enterrar dándole a Gadea lo que quería, pero haciéndolo en un lugar donde nadie se iba a enterar.

¡Qué tramposo!

Artemisa adoraba a su hermano mayor, pero en ese tema estaba a muerte con su cuñada.

En cualquier caso, no le dijo nada de sus sospechas a Gadea. No quería darle un disgusto.

—Espero que me lo des a leer en cuanto lo publiquen —fue lo que le dijo.

—Claro —dijo Gadea, feliz— por fin encuentro a alguien al que parece que le interesa lo que hago.

—Por supuesto que me interesa, Gadea. Yo también escribo, aunque sobre otro tipo de temas.

Una sorprendidísima Gadea se puso entonces a interrogar a su cuñada. Así fue como pasaron las dos más de una hora contándose cada una a la otra, qué leían y qué escribían.

Al final de la mañana ambas estaban felices porque, además de una cuñada, habían conseguido una nueva confidente y amiga.

Capítulo 21

Dos días después una exultante Gadea entraba en la casa al mediodía con un periódico en la mano. Rebasó a Teresa sin darle tiempo a decirle ni buenos días y se dirigió rauda a las habitaciones de su cuñada:

—Artemisa, aquí está, mira, ¡me lo ha publicado en la primera página!

No hizo falta decir nada más, Artemisa se levantó del secreter, donde estaba apuntando en su diario de trabajo las conclusiones sobre lo que había leído aquel día y se acercó a su cuñada, deseosa de ver con sus propios ojos lo que le decía.

Ahí estaba, en primera página, efectivamente, con el contundente título “*La maldita ley Moyano*”. Desde luego, Gadea no se andaba con eufemismos. Directa y al grano.

Ella sabía qué ley era esa porque últimamente se hablaba mucho de ella en los periódicos. Se trataba de una ley que iba a regular la educación obligatoria en España. Como buena noble, no se sentía interpelada cuando oía hablar de educación obligatoria, ya que los de su clase siempre habían sido educados en el hogar, por preceptores e institutrices, a un nivel mucho más elevado de lo que se pudiera conseguir en unas escuelas municipales. Y, como mujer, se sentía aún menos interpelada, ya que daba por hecho que lo que dijera la ley sería fundamentalmente referido a los varones. Pero a Gadea al parecer le interesaba tanto como para elegir ese tema para estrenarse como articulista.

De repente, tenía muchas ganas de saber de aquella ley. Y sobre todo, de saber qué contaba Gadea.

—¿Puedo leerlo? —le dijo a Gadea.

—Por supuesto. Y te pido, por favor, que me digas la verdad. Qué te parece, qué añadirías, qué sobra... —le contestó una excitada Gadea.

Artemisa sonrió y cogió el ejemplar.

Los siguientes cinco minutos fueron de silencio absoluto. Artemisa, concentrada leyendo y Gadea, casi sin respirar, esperando a que su cuñada acabara.

Al final llegó el momento, pero Artemisa, en vez de contestar enseguida, no terminaba de levantar la mirada del periódico.

Lo cierto era que se estaba debatiendo consigo misma. No quería mentirle a Gadea, pero tampoco quería decirle lo que pensaba del todo. Decidió decirle sólo lo bueno:

—Gadea, escribes de maravilla. Claro y profundo.

—Te ha gustado entonces —soltó Gadea junto con un suspiro de alivio.

—Sí, mucho, eres muy buena.

—¿Y el contenido, qué te ha parecido?

¡Uf!, el plan de Artemisa de esquivar el tema espinoso se acababa de ir al garete con aquella pregunta directa.

—Verás, Gadea —empezó vacilante —eres muy valiente. Incluso un poco temeraria —continuó, sin poder evitar meterse en harina—. Me encanta lo que dices, pero hasta a mi me parece un poco escandaloso, así que preveo que puedes tener respuestas airadas.

—¡Genial! —respondió Gadea, dejando asombrada a Artemisa.

—¿Genial?, ¿estás segura?

—Sí, sí, eso es lo que quiero. Provocar para hacer pensar y, sobre todo, para cambiar las cosas.

Al oírle, a Artemisa se le pasaron un poco las aprehensiones. Gadea era aún más decidida que ella, pero ¡qué diablos!, ¡le encantaba!. Tenía mucho que aprender de ella.

Estuvieron hablando largo y tendido sobre el artículo y sobre las posibles respuestas que recibiría. Se rieron mucho y, sobre todo, profundizaron en su amistad. En cualquier caso, Artemisa no se atrevió a decirle lo que más le había angustiado mientras leía el artículo: teniendo en cuenta dónde lo habían publicado, no había mucho peligro de que llegara a muchas personas y, menos aún, que fueran influyentes. Pero suponía que Jeremy sí lo iba a leer.

Y no le iba a gustar nada.

Los días siguientes pasaron con tranquilidad aparente. Las dos cuñadas fueron afianzando su amistad y, además de las horas de las comidas, pasaban muchos ratos juntas. Artemisa le enseñó a Gadea su pequeño laboratorio, en una salita de la planta baja que daba al jardín trasero. Ahí vio por primera vez un aparato del que había oído hablar, pero no conocía en directo : un microscopio. La ciencia no era un tema que le interesara de partida, pero escuchando a Artemisa se contagiaba. Tenía que reconocer, además, que ver uno de sus pelos al microscopio le había impactado.

Ella, por su parte, seguía escribiendo y afinando sus artículos. De vez en cuando le pasaba uno a Artemisa, para conocer su opinión. Pedro, el director de “El Europeo” se había puesto en contacto con ella y le había pedido un nuevo artículo, y ella dudaba sobre con qué tema continuar. Artemisa le ayudó a decidirse y le dijo que probara con un tema nuevo, para demostrar que era muy versátil, así que se decidió por uno sobre un encontronazo en las cortes entre liberales y conservadores que, para alivio de Artemisa, tocaba un tema menos polémico que el primero.

Así pasó una semana, durante la cual obviaron un tema que tenía preocupadas a ambas. El primer artículo de Artemisa no había tenido respuesta. Ni una. Ni positiva ni negativa. Todo continuaba igual que si no lo hubiera escrito.

Artemisa respiraba aliviada. Ella estaba de acuerdo con todo lo que había escrito Gadea, pero, a pesar de ser luchadora como ella, era muy niña aún, y estaba asustada. Por la reacción que pudieran tener personas importantes, por el escándalo que se pudiera producir. Por su hermano. Había pasado los primeros días angustiada, cogiendo con aprehensión la prensa. Pero al cabo de unos días se fue tranquilizando. Al parecer, tal y como había supuesto, nadie leía “El Europeo”. Lo sentía por Gadea, porque la apreciaba sinceramente, además de que el éxito de su cuñada era la antesala del suyo, ya que le estaba enseñando cómo abrirse camino siendo mujer, pero también pensaba que había ido demasiado deprisa. Su apuesta era casi suicida. Así que se alegraba de que aquel artículo estuviera pasando desapercibido.

En la misma medida que Gadea estaba desilusionada.

A Gadea no le importaba provocar un escándalo. Bueno, sí, claro que le importaba, era precisamente lo que quería. Suponía que la única manera de tener éxito era llamando la atención. Y eso solo lo iba a conseguir si escribía sobre un tema polémico. Y se alineaba con la opinión más polémica, claro. Lo cierto era que lo que había escrito en el artículo era su opinión, no había tenido que exagerar nada, pero también tenía claro que era una opinión incendiaria, que nadie en el país defendía.

Por eso estaba tan desilusionada: ¿cómo podía ser que pasara desapercibida?

Por suerte, en ningún momento se le ocurrió que la causa estaba en el medio en el que había publicado y, en consecuencia, en el poco interés que su marido tenía en que se la leyera. Si se le hubiera ocurrido, a la desilusión se le habría añadido un enfado monumental.

El enfado, sin embargo, se dió, pero no en ella.

Capítulo 22

Una semana y media después de que el artículo saliera publicado, cuatro días antes de la llegada prevista de Jeremy, este apareció por sorpresa en la casa.

Eran alrededor de las once de la mañana y las dos cuñadas estaban en la galería, tomando un té y admirando el jardín, mientras se contaban los últimos trabajos en los que habían estado enfrascadas.

De repente, la puerta se abrió y apareció Jeremy tras ella. De dos zancadas se puso a la altura de ambas, miró a su hermana serio y le dijo:

—Artemisa, tengo que hablar con mi mujer, déjanos solos, por favor.

Aparentemente tranquilo y contenido, sus ojos echaban fuego, y la mandíbula se le marcaba más de lo habitual.

Artemisa sabía que Jeremy sólo actuaba así cuando estaba muy enfadado. También sabía que nada de lo que dijera en esas ocasiones servía para calmar a Jeremy, al contrario, solía enfadarse más. Había que dejar que soltara lo que le enfadaba, y solo después hablar con él con calma. Luego solía ser receptivo y pedía perdón, incluso, si se daba cuenta de que su enfado había sido injusto o excesivo.

Ella le conocía bien y podía manejarle en esas situaciones, pero le acababa de pedir que le dejara solo con Gadea, así que no tenía opción. Tendría que salir y esperar a que los dos le contaran después qué pasaba. Aunque, por desgracia, se temía que tenía que ver con el artículo de Gadea. Salió entonces del lugar con el corazón encogido. Adoraba a Gadea y a Jeremy y no quería que se llevaran mal.

Gadea pasó por varios estados desde el momento en que vio a Jeremy. Primero el corazón le dio un vuelco y se le aceleró. No solo porque no le esperaba aún, sino porque lo vio más guapo que nunca. “Seguramente siempre ha sido así, no entiendo cómo no me he dado cuenta hasta ahora”, pensó asombrada.

Pero la emoción se desdibujó enseguida.

Jeremy había entrado en tromba, sin decir ni buenos días, y acababa de decirle a su hermana que se marchara, sin ninguna educación y sin preguntarle a ella qué le parecía. Como si fuera un señor feudal y vivieran en la Edad Media. Aquello era intolerable. ¿Quién se creía que era? Su hermano y su marido, sí, pero eso no le daba derecho a tratarlas así.

Y mientras pensaba esto, observó que la mirada de Jeremy era hostil, que apretaba en su puño derecho un periódico como si quisiera triturarlo, que... ¡¡estaba enfadado!!.

Pero, antes de que pudiera asimilar esa información, Jeremy tiró el periódico, que estaba totalmente arrugado, sobre la mesita donde estaban las tazas de té, y le espetó, frío como el acero:

—¿Qué es esto, Gadea?

Una de las tazas se había caído encima del periódico y derramaba sobre el papel el poco líquido que quedaba dentro, pero Gadea pudo leer perfectamente el nombre del periódico: “*El Europeo*”, y debajo de él, el título de su artículo.

—Es mi artículo. ¿Lo has leído?, ¿te ha gustado? —fue la respuesta tranquila que le dio Gadea.

Lo dijo sin ningún atisbo de ironía, aunque así fue como lo interpretó Jeremy.

—¿Que si me ha gustado? —respondió él, mirándola de hito en hito—. Gadea —dijo el joven después de respirar hondo y pasarse una mano por la frente y la cabeza, intentando tranquilizarse, al darse cuenta de que Gadea no le estaba provocando y se lo había preguntado sinceramente—, no, no me ha gustado. Nada de nada.

Gadea paró su inicio de desilusión en el momento. Lo cierto era que su intención no había sido, en ningún momento, provocar y molestar a Jeremy. Quería hacerlo con los estamentos más rígidos de la sociedad, quería crear un debate público, no le importaba molestar a gente importante. Pero en ningún momento había pensado que eso pudiera molestar a gente cercana. Y, en especial, a su marido.

Pero, pensándolo bien, tenía toda la lógica del mundo. Jeremy ya le había dejado claro que no le gustaba que se dedicara a escribir profesionalmente, así que, ¿cómo iba a gustarle lo que ponía en el artículo?

En fin, pensó Gadea, aquello era un pequeño problema añadido, pero, desde luego, no se arrepentía de haberlo hecho. Ya se le pasaría a Jeremy.

—Lo siento, Jeremy, de veras. Me habría gustado que te gustara, pero entiendo que no. A ver si los próximos artículos te gustan más —le dijo con cara un poco compungida, pero tranquila.

—No va a haber próximos artículos —le cortó el joven, seco y expeditivo.

—Claro que va a haber más artículos —respondió ella, en el mismo todo—. De hecho, ya le he mandado a Pedro el segundo.

Era la primera vez que alguien le llevaba la contraria en un tema tan grave como aquel, así que Jeremy se quedó un momento descolocado. Enseguida volvió a recuperar la autoridad.

—Gadea, eres mi mujer y harás lo que yo te diga.

—Soy tu mujer porque aceptaste que publicara.

—Pero no este tipo de cosas.

—No mostraste ningún interés en lo que había escrito, a pesar de que te di la opción de leerlo antes de publicarlo.

¡Mierda!, Gadea tenía razón, pensó Jeremy, pero eso no cambiaba nada:

—No habría hecho más que adelantar la discusión que estamos teniendo ahora, porque no te habría dejado publicarlo.

—¿Y tú quién eres para prohibírmelo?

—Tu marido

—Sólo porque aceptaste mi condición de que publicaran mis escritos.

Llegados a este punto, se dieron cuenta los dos de que habían llegado a una discusión circular y pararon en seco, mirándose fijamente, de manera desafiante.

Jeremy estaba furioso. A pesar de que había entrado en palacio con la convicción de que iba a tener una dura discusión con Gadea, y le iba a ser casi imposible doblegarla, comprobarlo no hacía más que acrecentar su enfado.

Gadea, por su parte, había ido enfadándose a medida que la discusión subía de tono y, en aquel momento, estaba tan furiosa como su marido.

A ambos, lo único que les calmaba en aquel momento era imaginar que golpeaban a su contrincante, porque como contrincantes de una pelea se estaban viendo. Gadea pensó en darle un empujón a Jeremy, él, a su vez, imaginó que le daba a Gadea unos azotes en el trasero. Y, mientras

lo pensaban, fundieron esas imágenes con otras que les aparecieron de repente y se les superpusieron.

Gadea se imaginó dirigiendo su mano derecha al hombro de él, y, de repente, la imagen tomó vida propia, y el Jeremy de su imaginación, paró el golpe antes de que le rozara siquiera, y le agarró la muñeca, con seguridad, pero sin hacerle daño. Cuando la Gadea imaginaria intentó hacer el mismo movimiento con la mano izquierda, Jeremy se lo paró de la misma manera. Y entonces la imaginación de Gadea se desbordó del todo y ella perdió el control. Se vio siendo llevada contra la pared, con las dos manos firmemente sujetadas a los lados de sus hombros, y con el cuerpo de Jeremy cada vez más cerca, hasta quedar casi pegado al de ella. Entonces se vio intentando morder a su marido, y vio cómo él paraba el mordisco apartando la cara, pero volviendo a acercarla inmediatamente y dándole a ella un beso improvisado, profundo y húmedo. Notó, como si estuviera ocurriendo de verdad, la lengua de Jeremy jugueteando con la suya, su olor varonil...

Volvió poco a poco en sí, pero la rabia de hacía unos segundos estaba mezclada con la excitación que le había producido su imaginación, y así se reflejaba en su mirada: quería empujar y besar a Jeremy a la vez.

Mientras, a Jeremy le estaba sucediendo algo parecido. La primera imagen que le vino a la mente para “castigar” a Gadea no ayudó, desde luego, a que mantuviera el enfado. Imaginar a su mujer tumbada boca abajo sobre sus rodillas, mientras él la azotaba, le produjo una erección instantánea. Y con ella, su imaginación derivó totalmente del castigo al placer. Imaginó, ya sin cortapisas, que levantaba las faldas de Gadea y dejaba al descubierto unas finas enaguas que enmarcaban un culo precioso. Se vio bajando las enaguas poco a poco, hasta dejar las nalgas de Gadea al aire. Supuso que su piel sería blanca y suave, y se imaginó acercando sus dedos y dándole una palmada, lo suficientemente fuerte como para activar a su esposa, lo suficientemente suave como para no dañarla. Luego se vio dándole un beso a la nalga izquierda y pasándole suavemente la lengua, y le pareció oír un gemido de placer. Eso le hizo volver en sí: ¿el gemido lo había soltado él?!

Vio, aliviado, que Gadea no se había movido, así que igual sólo lo había imaginado. Pero también se fijó en que la expresión de su mujer ya no era la misma de un momento antes. Seguía mirándole con intensidad, pero ya no se podía definir como furiosa, sino como..., ¿excitada?..En ese momento, Jeremy supuso que él la estaría mirando de la misma manera. “¡Qué desastre”, pensó, “ya no puedo enfadarme con ella, solo quiero tocarla, y a ella parece que le pasa igual”!

Unos días atrás aquello le había parecido maravilloso, era justo lo que deseaba, pero todo había cambiado. Gadea había pasado una frontera invisible, pero peligrosa. Y él no podía consentirlo.

También parecía que no podía evitarlo.

Abrumado por lo que sentía y, a la vez, por lo que tenía que hacer y no podía, reaccionó como no lo había hecho nunca en su vida anteriormente: huyendo.

Sin decirle nada a Gadea, se dió la vuelta y salió tan rápido como había entrado. Dando, eso sí, un fuerte portazo que sobresaltó a los criados que andaban cerca.

Un minuto después, ya en su habitación, Jeremy hizo un esfuerzo por calmarse y recobrar la compostura. Respiró hondo varias veces, hasta que el corazón fue bajando pulsaciones. Luego se tumbó sobre la cama y se fijó en su reflejo en el espejo del techo. Se vio despeinado y con esa mezcla de furia y excitación que había supuesto que tenía.

Lo cierto era que llevaba más de 48 horas enfadado.

Todo había comenzado dos días atrás, cuando había coincidido con su hermano

Henry en el palacio de Salamanca en el que llevaba desde que había salido de Madrid. Henry había ido a pasar un par de noches, para descansar entre viaje y viaje de negocios, unos viajes que le llevaban por toda la península y el extranjero. Aquella vez, de hecho, volvía de Portugal.

Aunque en principio se trataba de una parada técnica en la que se había dado la feliz coincidencia de que ambos hermanos estuvieran en palacio, al poco de llegar, Henry le pidió hablar en privado a Jeremy, en el despacho.

Jeremy conocía a su hermano, sabía también que los “negocios” en los que andaba metido no siempre eran comerciales, así que supuso que la parada no había sido tan casual como le había hecho creer. “Ha venido a hablar conmigo de algo serio”, tuvo la certeza enseguida.

—Jeremy, es un tema delicado, pero tengo que contártelo, porque yo no puedo ayudarte a solucionarlo, solo puedes hacerlo tu.

—Me estás asustando —le contestó Jeremy preocupado, ya que Henry era, de todos los hermanos, el que mejor sabía mantener la calma y desdramatizar.

—Tranquilo, aún hay posibilidad de pararlo, pero no te niego que puede traerte graves problemas.

—Suéltalo ya, Henry.

—Bien, tu mujer, Gadea, ha escrito esto —y le pasó un ejemplar de “El Europeo” doblado por la parte del artículo de Gadea.

Jeremy aún no le había contado a nadie el plan de su mujer, aparte de a Fernando. Pero no le asombró que Henry lo supiera, y que se hubiera enterado de que, quien firmaba con seudónimo era, en realidad, su cuñada. Por sus viajes, contactos y “negocios”, Henry siempre se enteraba de todo. Era, seguramente, la persona mejor informada de todo el Reino. Así que Jeremy le contestó, sin preguntarle cómo lo sabía:

—Sí, no os había dicho nada, es un tema un poco largo, pero, resumiendo: Gadea quiere ser reportera y yo le he ayudado a publicar, asegurandome de que lo haga en un sitio que no lee nadie. Menos tu, por lo que veo —dijo mirándole con una medio sonrisa irónica—. Pero —continuó—, espero que se le pase pronto, en cuanto tengamos un hijo.

—Sí, Jeremy, ya se que le has ayudado tu. Y también he supuesto que le has derivado a “El Europeo” para que pase desapercibida. Pero no lo ha hecho del todo, por eso estoy hablando contigo —le miró con gravedad y continuó—. Yo no me quiero meter en vuestros acuerdos matrimoniales y, además, recuerda que conozco a Gadea, ya sé que es muy cabezota. También te conozco a ti, mejor que a ella, y sé que esto no ha sido idea tuya, sino una idea de ella que tu has intentado capear, pero, Jeremy —le dijo cambiando el tono y mirándole fijamente—, tú no has leído el artículo, ¿verdad?

—No...— dijo Jeremy, vacilante, mientras en ese momento su cerebro le puso en alerta —. ¿Qué ha escrito?

—Léelo —dijo escueto Henry, mientras le pasaba el ejemplar.

“La maldita ley Moyano”, por Rosa de Poniente

Jeremy leyó el título y miró a su hermano un poco alarmado.

—¡Vaya título!

—Eso no es nada —contestó Andrew seco—, sigue leyendo.

“En este País nuestro en el que las cosas importantes no se abordan nunca y nos enredamos siempre en tonterías (que dejan de serlo cuando acabamos matándonos por ellas), recibimos este septiembre una fantástica noticia. Tan fantástica que al principio no creemos que pueda ser cierta.

Pero sí.

Hela aquí.

Tenemos, por fin, una nueva Ley de Educación. Una Ley que va a terminar con una degradación. Nuestra gran degradación. Porque España, señores y señoras, en este momento, está a la cola de Europa en tasas de analfabetismo. Nuestras tradicionalmente naciones rivales, Francia, con un 40% y Gran Bretaña, con un 30%, nos dan lecciones y miran con superioridad justificada nuestro 80%.

Sí, señores y señoras, tan sólo un 20% de nuestros compatriotas sabe leer y escribir. Tú, amigo, tú, amiga, si estás leyendo esto, debes saber que eres un privilegiado. Una privilegiada.

Pero, al parecer, los dioses han decidido ayudarnos y, por medio del ministro Claudio Moyano, se ha aprobado un ley que va a acabar con este deshonor.

Todos los niños de 6 a 9 años, vivan donde vivan y tengan los medios que tengan, van a tener una educación. En unos años, nos vamos a igualar con los países más avanzados de Europa. Todos y todas vamos a tener unos conocimientos básicos.

¿Pero, he escrito todos los niños?

Sí.

Y, ¿qué pasa con las niñas?

Que la Ley, y esta es su VERGÜENZA, no trata igual a los niños y a las niñas.

Amigas que me leéis, vuestras hijas van a tener la opción de, en enseñanza elemental, aprender a leer y escribir, a conocer los principios de la Gramática y la Aritmética, pero no les van a dar opción de tener “breves nociones de Agricultura, Industria y comercio” que sí aprenderán sus hermanos varones.

Y en enseñanza superior la diferencia será aún más sangrante, porque en vez de principios de Geometría, Dibujo Lineal y Agrimensura, y nociones generales de Física e Historia Natural, que estudiarán los varones, ellas “estudiarán” labores propias de su sexo, es decir, elementos de Dibujo aplicado a las mismas labores y ligeras nociones de Higiene doméstica.

¡Amigas, debemos unirnos y luchar contra el enemigo que nos quiere inútiles y atadas a la pata de una cama!. ¿Qué son labores propias de “nuestro” sexo?, ¿coser?, ¿dibujar? ¿traer hijos al mundo?. Lo que la Ley esconde es que nos quieren utilizar como adorno, como animales de cría o como ambas cosas.

Ante tamaño agravio, Olympe de Gouges, Mary Wollstonecraft y Flora Tristán se revuelven en sus tumbas. Ellas lo dijeron primero y lo dijeron claro. Lo único que nos ha diferenciado hasta ahora es la educación recibida. No hacemos las mismas cosas que los varones porque no sabemos cómo hacerlas. Y no lo sabemos porque no nos dejan aprenderlo. Pero educadas igual, somos tan válidas como los varones. Mejores incluso. Podemos gestionar haciendas, comercios e industrias, igual o mejor que ellos. La Ciencia y la Física no tienen secretos para nosotras si nos dan los

instrumentos para desentrañarlas.

Pero claro, esto “ellos” lo saben, y nos tienen miedo. Si hacemos las cosas igual o mejor que ellos, igual ellos tendrían que dedicarse también a la costura y el cuidado de niños. Igual perderían los privilegios asociados a sus “importantes” quehaceres: salir de casa cuando quieren, viajar, no dar cuentas a nadie, acudir a reuniones que muchas veces son fiestas...

Y si alguno de ustedes se convierte en un crítico lector y me niega lo que acabo de escribir, tengo, para responderle, dos argumentos incontestables:

Para quien niegue la capacidad femenina: España, el País que nos ha visto nacer, donde se ha aprobado tamaña Ley, lleva 24 años siendo gobernada por mujeres. Primero la Regente, ahora nuestra querida Reina Isabel.

Y, para quien niegue la persecución a que nos someten: grandes sectores de nuestra sociedad se han negado a aceptar la legalidad, es decir, a aceptar a nuestra Reina, hasta el punto de provocar dos guerras y varias escaramuzas.

Amigas, amigos (que alguno hay), es el momento de unirnos y acabar con la VERGÜENZA.

Rosa de Poniente

Jeremy terminó de leer el artículo temblando. De rabia e indignación. Levantó la mirada despacio, mientras un solo pensamiento le calmaba.

—Dime que esto no lo ha escrito Gadea, por favor.

Henry volvió a sacar su sonrisa irónica

—Ya sabes que sí, Jeremy, por muy increíble que parezca. O..., no tanto. Los dos sabemos cómo se las ha gastado Gadea siempre.

—A ver, una cosa es discutir por quién se sube a los árboles primero, incluso llevar a nuestros juegos las discusiones de los adultos y pelearnos por las lindes de las tierras, pero esto..., esto....

—Sí, esto es inaudito. Yo también necesité un tiempo para aceptarlo, pero nuestras investigaciones son claras: es un tema de Gadea. No creemos que le haya ayudado nadie, aunque tenemos alguna duda.

Era la primera vez que Jeremy le oía a Henry explayarse tanto sobre lo que sabía y hacerlo, además, utilizando el plural. Estaba claro, como había sospechado siempre, que sus negocios escondían otra actividad, seguramente de recabar información para algún organismo del País. Pero eso ahora mismo le importaba un bledo. Tenía un problema más gordo y se llamaba Gadea.

—Hay tantas burradas que no sé ni por dónde empezar a enfadarme y alarmarme. Empieza insultando a nuestro país y alabando a nuestros enemigos tradicionales. Sólo con eso, ya se ha puesto enfrente a media España, aunque también es cierto que, por desgracia, hay muchos compatriotas que piensan como ella. Pero no se queda ahí, claro. Luego menciona a “los dioses”, ¿¿los dioses??, ¿¿en plural??..., ahí ya se enfrenta a la Iglesia y a todas las personas que viven la fe con intensidad. La lista de enemigos se amplía... Pero no para ahí, no, sino que menciona a la Reina para reforzar sus argumentos. Aparentemente es una mención positiva, pero estoy seguro de que si el artículo llegara a la Reina no le haría ni una gracia, y menos gracia le haría que Gadea haya mencionado el tema tan delicado de las guerras. Por no hablar de todos los que han participado en las contiendas de uno y otro bando, que, supongo, solo quieren que el asunto se

agite lo menos posible. Pues ahí está mi mujercita, agitándolo como si fuera un avispero.

—Efectivamente, todo eso que has visto tú lo he visto yo también. Ese artículo, en un diario de tirada nacional, habría provocado un auténtico terremoto. Y a ti te habría traído más quebraderos de cabeza que nada de lo que te ha ocurrido hasta ahora. Eso si no te traía la ruina directamente, porque Gadea te habría granjeado enemigos hasta debajo de las piedras. Menos mal que, aun sin saber lo que ella iba a escribir, has tenido el buen criterio de derivarle a una publicación insignificante y obligarle a firmar con seudónimo. Por desgracia, el hecho de que yo esté aquí y sepa que detrás de “Rosa de Poniente” está Gadea, significa que todas esas precauciones no han sido suficientes. Te voy a decir la verdad —continuó Henry después de un momento de reflexión—, lo cierto es que muy pocas personas saben de este artículo y de su verdadera autora, y todas son de mi entorno y de fiar. Ha llegado a nosotros gracias a las personas que tenemos vigilantes en diferentes sectores que, viendo la burradas que defendía el artículo, me lo hicieron llegar—. Calló un momento y dijo en otro tono—. Ya te puedes imaginar la sorpresa y el desconcierto que sentí cuando me enteré de quién era la autora... Bueno, el caso es que superada la sorpresa inicial —continuó con el tono formal anterior— me alivié al saber que la difusión había sido nula. Si te descuidas, sólo la hemos leído nosotros. Hemos tenido suerte. Hubiera bastado que cayera en manos de una sola persona con influencia, para que el tema se hubiera descontrolado. Pero hay que parar a Gadea Jeremy, no puede volver a publicar algo así —terminó Henry en tono muy serio.

—Por supuesto —dijo Jeremy, seguro, aunque enseguida le vino la mirada de determinación de su mujer y su seguridad se tambaleó. En cualquier caso, decidió no decirle nada a su hermano. Ya capearía él el temporal.

Y cambió de tema.

—Oye, Henry, ¿qué es esa tontería de “los niños y las niñas” “amigos y amigas”, ¿por qué escribe así?

—Ah sí, a mi también me llamó la atención, pero es una forma de escribir que ha copiado de una de las tres mujeres a las que cita.

—Es verdad —apostilló Jeremy—, ¿quienes son esas Olympe, Mary y Flora?

Henry sonrió de oreja a oreja.

—Hermanito, en algunos aspectos tu mujer es más sabia que tú —le dijo sin dejar de sonreír y, luego, algo más serio, continuó— Yo ya había oído hablar de Olympe De Gouges y de Mary Wollstonecraft, son dos autoras que tuvieron su momento de gloria en su época, ambas a finales del siglo anterior, una en Gran Bretaña, la otra en Francia. No las he leído, por supuesto —continuó con un tono un poco petulante que a su hermano no le molestó, al contrario, estaba de acuerdo con él, ¿a quién le interesaba leer a una mujer? —pero había oído hablar que defendían el derecho de la mujer a ser educada en igualdad de condiciones que los varones.

—Brrrrrr —soltó Jeremy con un suspiro—. ¡Acabáramos!, ¡de esas dos ha cogido las ideas!.

—Sí, claro, seguramente ella sí las ha leído y le han convencido. Y, siguiendo con lo que te quería decir, a la tercera, Flora Tristán, yo no la conocía. La he investigado y he tenido que leer algo de ella, para saber qué decía, y ahí he descubierto que Flora Tristán escribía de esa manera, diferenciando en sus textos a mujeres y hombres. Lo hacía porque, si no, todo el mundo habría dado por supuesto que sólo hablaba de varones. Como nos habría ocurrido a ti y a mi con el artículo de Gadea, por cierto —añadió— así que, aunque irritante, es una forma de escribir que tiene su razón de ser.

—Sí, claro, por supuesto, pero, ¿a quién le interesa hablar de mujeres al hablar de esos temas?

—dijo Jeremy.

—A Flora Tristán. Y a tu mujer —le contestó Henry, burlón.

—¡Qué cruz ¡ —soltó Jeremy, acompañándolo de otro bufido.

—Bueno —continuó Henry —el caso es que al investigar a la tal Flora, descubrí que había fallecido en Burdeos.

—¡No me digas! —dijo Jeremy alarmado,

—Sí, ahí es donde me surgió la duda, que te he comentado antes, de si Gadea había recibido ayuda externa. Era mucha casualidad que una de las autoras que mencionaba en su artículo hubiera acabado sus días en la ciudad donde ella ha vivido y donde vive su abuela.

—Claro, yo he pensado lo mismo.

—No puedo decirlo con absoluta certeza, pero no parece que haya habido ningún contacto. Para empezar, porque Flora Tristán murió en 1844, cuando Gadea tenía solo 12 años. Y, desde luego, la familia materna de Gadea no tiene nada que ver con el entorno de Flora Tristán. Aunque Flora tuvo un progenitor militar de muy buena familia, el padre murió siendo ella niña sin haberse casado con la madre de Flora, así que desde muy pequeña vivió en la pobreza. Nada que ver con el lujo y la riqueza del palacio de los abuelos de Gadea en Burdeos. La tal Flora, además, se movía en círculos subversivos. No escribía solo sobre educación femenina, como menciona Gadea, sino que escribía para soliviantar a la que esos movimientos nuevos llaman “clase trabajadora” o “proletarios”.

Mientras Henry iba hablando del tema, Jeremy iba palideciendo. Había leído y oído hablar de los llamados socialistas y comunistas, sabía que había mucho movimiento en Francia y, sobre todo, Inglaterra, pero era un tema alejado de él, de su entorno y de sus preocupaciones. En España, de hecho, aquellos movimientos habían tenido muy poco eco. Sólo pensar que su mujer pudiera estar cercana a ese tipo de personas y movimientos se ponía enfermo. Henry se dio cuenta y le tranquilizó.

—No se todo lo que Gadea ha leído, ni lo que bulle dentro de su cabecita, pero sí te puedo asegurar que no se ha movido en ese tipo de círculos. No creo que tengas que tener miedo de lo que pueda hacer, sólo de lo que pueda escribir.

—Hablaré con ella y le prohibiré escribir —le cortó Jeremy, decidido.

—Olvídate de eso —respondió enseguida Henry, mientras Jeremy le miraba de hito en hito — Gadea no va a aceptar una imposición así. Tienes que usar mano izquierda con ella. Todavía recuerdo aquella vez que nos obligó a todos a subir un terreno empinado y escarpado, casi imposible, solo porque tu y yo le habíamos dicho precisamente eso, que era imposible.

—Sí, ¡qué miedo pasamos!. Y ella, sin embargo, fue abriéndonos camino —recordó Jeremy, con una medio sonrisa—. Tienes razón —continuó mirando de nuevo a Henry—, Gadea no va a aceptar mi imposición. Pero no te preocupes, algo se me ocurrirá.

Ya en Madrid, tumbado sobre la cama, recordando la conversación con su hermano y la discusión que acababa de tener con Gadea, tuvo que reconocerse a sí mismo que no podía haberlo

hecho peor.

Había entrado hecho un basilisco, justo lo que Henry y él habían concluido que no iba a funcionar.

Y, por supuesto, no había funcionado.

Aún estaba a tiempo de darle la vuelta, pensó, ya más tranquilo. El primer encontronazo ya se había producido, él se había desahogado, ella se había enrocado, pero no había llegado la sangre al río. De hecho, él había tenido que separarse abruptamente de Gadea porque otro sentimiento se había apoderado de él. La ira había cedido paso a la excitación. Y, se dio cuenta en ese momento al recordar la cara de su mujer al final de la breve discusión, a ella parecía haberle ocurrido lo mismo.

En ese momento se le ocurrió una solución “¿cómo no lo he visto antes?”, se dijo a sí mismo, mientras se levantaba de un salto de la cama.

Capítulo 23

Los dos días posteriores al regreso de Jeremy, este evitó conscientemente a Gadea. Sólo coincidieron un par de veces por el pasillo, saludándose fríamente pero con educación. Jeremy no bajó a comer con ella ni uno de los dos días, poniendo excusas vagas, que hacía transmitir a Teresa. Lo hizo adrede, para no dar a su mujer la sensación clara de que lo hacía porque estaba enfadado con ella, pero dejándole la duda de que, igual, sí era por eso. Quería mantener a Gadea a la expectativa. Un poco nerviosa.

Y lo consiguió.

Gadea, de hecho, pasó el primer día en un enfado permanente. Primero, con Jeremy, por haberse comportado como lo había hecho con ella: autoritario, inflexible y mandón. Pero luego, también, con ella misma, por haber flaqueado ante la presencia física de su marido.

El segundo día, ya más tranquila, fue cuando se dio cuenta de que Jeremy, en vez de seguir con la discusión que habían dejado pendiente -lo que ella había previsto -parecía evitarla.

No había nada peor para Gadea que la incertidumbre. Prefería mil veces tener una discusión perpetua que estar a la espera de lo que pudiera venir, así que, cuando el tercer día vio que Jeremy le esperaba ya vestido en el comedor para desayunar junto a ella, tuvo que hacer esfuerzos para no sonreír. Se controló y le saludó seca y escueta, haciéndose la ofendida.

Jeremy sonrió para sus adentros, pero disimuló y se mostró también seco y contenido. Y se dispuso a poner en marcha su nuevo plan.

—Gadea, parece que nuestro entorno social ha aceptado sin demasiados aspavientos nuestro matrimonio, después del revuelo inicial. Es el momento de dar un baile. Calmaremos a los más cotillas, dándoles la opción de vernos juntos, y aprovecharemos para darle una pátina glamourosa al inicio de nuestro matrimonio. Será como una fiesta de matrimonio con retraso. Además, a mis hermanos les va a encantar porque será una ocasión para juntarnos los cuatro. ¿Verdad, Artemisa?

Artemisa había permanecido callada todo tiempo desde que Jeremy había entrado en el comedor. Los días anteriores había continuado desayunando, cenando y comiendo con Gadea, sin mencionar a su hermano, aun sabiendo que lo que estaba ocurriendo era anormal. Sabía que había ocurrido algo entre los dos, empezando por la abrupta entrada de su hermano a su llegada de Salamanca, pero no se atrevía a preguntarles nada. Lo último que quería era que el matrimonio de Gadea fuera mal, adoraba a los dos, así que decidió pensar que sólo era una riña de enamorados. Lo que acababa de decir Jeremy parecía confirmar aquello: todo volvía a la normalidad. Así que se puso muy contenta y le dijo a Jeremy, sonriendo de oreja a oreja, que estaba encantada con la idea.

Pero era la única que sonreía.

Justo lo que Jeremy esperaba. Porque Gadea estaba reaccionando exactamente como él había previsto.

Su cara seria del principio se había ensombrecido más aún y lucía una arruga en el entrecejo que sólo le aparecía cuando estaba preocupada o desconcertada.

—Entiendo que habrá que hacerlo, pero, ¿te parece que es el tema más importante sobre el que

tenemos que hablar?

“Picó”, pensó Jeremy satisfecho, pero sin dejar traslucir lo que pensaba y poniendo, en su lugar, una cara de ligero disgusto.

En ese momento, Artemisa se levantó de su asiento como si hubiera un muelle debajo.

—Yo ya he terminado, me voy, tengo muchas cosas que hacer —dijo saliendo disparada. Lo último que quería era presenciar una discusión entre ellos.

Jeremy volvió a reprimir una sonrisa de satisfacción, ya que ahora ya estaban solos. Justo lo que quería.

—Hasta luego, hermanita —despidió a Artemisa con una sonrisa, para que supiera que con ella no tenía ni un conflicto. Y, mirando a Gadea inmediatamente, continuó con la interpretación de su papel.

—Gadea, por Dios, claro que tenemos un tema más importante y grave que tratar. Pero, ¿no iba a hablar de ello delante de Artemisa!.

Gadea tuvo que reconocer que Jeremy tenía razón.

—Si, es verdad, dijo enfurruñada —pero ya no está, ahora podemos retomar la discusión en el punto en el que la dejamos —terminó, volviendo a un tono desafiante.

—No estoy de acuerdo —dijo él, llevándole la contraria para provocarle —tenemos que avanzar Gadea, si nos quedamos donde el otro día, volveremos al mismo callejón sin salida.

Gadea sólo gruñó como respuesta. Aunque la tuviera, no estaba dispuesta a darle la razón a Jeremy en ese momento, en nada.

—He estado pensando mucho en el tema estos días, Gadea —continuó Jeremy, haciéndose dueño de la situación—. Y tengo que decirte, que ,en algunos aspectos, tenías razón. Así que quiero empezar pidiéndote perdón. Primero, por las formas. No tenía ni un derecho a tratarte así. Por muy enfadado que estuviera, tenía que haber sabido controlarme. No volverá a ocurrir, te lo prometo.

Jeremy estaba disfrutando viendo el asombro creciente de Gadea. Ella había estado aquellos dos días armándose hasta los dientes de argumentos para rebatir y discutir con él, y él, con aquel cambio, le acababa de dejar sin argumentos. “Jaque”, pensó Jeremy satisfecho, “jugada maestra”.

—Eh..., sí..., vale... —consiguió decir Gadea—. Acepto tus disculpas, sí. Pero no todo fue por las formas. Terminó recuperando su tono desafiante.

—No, claro, Gadea, ya te he dicho que lo del perdón solo era el principio. También tengo que decirte que, en virtud del acuerdo que tomamos el día de nuestra boda, tampoco puedo, ni debo, prohibirte escribir.

—¡Uf! —el suspiro le salió a Gadea involuntario, pero no pudo evitarlo. Así como la sonrisa que le apareció, y que tuvo su reflejo, también de manera involuntaria, en Jeremy que pensó “esta es mi Gadea, qué bonita es”. Pero que se controló de nuevo enseguida, debía seguir con el plan.

—Pero, Gadea, a cambio, necesito que entiendas mis razones —y remarcó la palabra “necesito”, que había escogido con mucho tiento, porque mostraba cierto grado de sumisión ante ella.

—De acuerdo, explícate —respondió Gadea, ya tranquila.

—Entiendo que escribiste lo que escribiste porque así lo piensas. Pero necesito —volvió a remarcar —que te des cuenta de que has tocado temas muy delicados, que pueden soliviantar a muchas personas y que, de rebote, puede traer muchos perjuicios, a mi y a mi familia, de la que, por cierto, ahora formas parte.

—Pero a mi... —empezó Gadea. Pero le cortó enseguida Jeremy.

—Sí, Gadea, supongo que a ti te da igual. Supongo también que has valorado las posibles consecuencias y has decidido que te compensan los perjuicios antes que quedarte callada. Pero te has olvidado de que tus actos también tienen consecuencias en otros. En mí. Pero también en Henry, Andrew y Artemisa. En los criados y en todo aquel que depende económicamente de los Cornwall. Si tu artículo se difundiera masivamente, acabaría salpicando a todos los que tienen relación con el Vizcondado. Para mal.

Gadea se quedó callada mirando fijamente a Jeremy. Con todas las vueltas que le daba a las cosas y lo que pensaba, aquello no se le había ocurrido. Alargó el silencio porque Jeremy no sólo le había dejado sin argumentos, sino que había hecho que su seguridad se tambaleara.

—Jeremy —dijo al fin —no se me había ocurrido. Cuando decidí escribir artículos de actualidad, asumí que metería el dedo en muchos ojos y que eso me podría traer represalias. Estaba dispuesta a asumirlas. Una de ellas, además, casi la deseaba: suponía que nadie querría casarse conmigo —continuó, mirándole a Jeremy burlona—. Pero con nuestro matrimonio precipitado y luego, la publicación, no he tenido tiempo de pensar demasiado. Y no me he dado cuenta de que mis circunstancias han cambiado. Tienes razón, mis actos, ahora, no me afectan solo a mí —terminó poniendo cara compungida.

“Jaque de nuevo”, pensó Jeremy, exultante. Su plan estaba funcionando. Ya había conseguido romper la determinación inexpugnable de Gadea, ahora tenía que sacar su guante de seda para que no hiciera una espantada. Porque una de las posibles soluciones que se le iba a ocurrir a Gadea, si él no lo evitaba, iba a ser separarse de él. Así que se adelantó:

—A ver, Gadea. Esto no quiere decir que tengas que dejar de escribir. Te lo prometí y sigo pensando en cumplirlo —Gadea le miró agradecida—. Puedes, incluso, tratar temas delicados que te interesen, pero tienes que hacerlo con más cuidado y antes de mandar un artículo a publicar, cerciorarte de que no nos va a traer problemas. Y, si me lo permites, para asegurarte de esto, vas a necesitar que alguien, aparte de ti, revise tus escritos con ojo crítico antes de mandarlos publicar.

Gadea le miró con suspicacia. Aquello sonaba a censura y ganas de controlarla:

—Y esa persona tienes que ser tú, ¿no?

—No.

Jeremy vio satisfecho que Gadea se volvía a desconcertar.

—¿Y quién si no? —preguntó desconfiada.

—Artemisa.

“Nuevo jaque”, volvió a pensar Jeremy al ver la cara, de desconcierto primero y de alivio después, de Gadea.

—Ah..., uff..., eso es otra cosa. Artemisa..., sí..., me parece buena idea. De hecho, le di a leer el artículo en cuanto lo publicaron y le pareció bien.

Jeremy pensó que tendría que hablar seriamente con su hermana pequeña sobre aquello, claro. No podía permitir que algo parecido se volviera a publicar. En cualquier caso, su plan final no acababa ahí. Artemisa era un primer dique, pero no el final. Acababa de mentir a Gadea, porque en su plan final, en su “jaque mate” sí pensaba ser él mismo quien tuviera la última palabra antes de las publicaciones. Pero para ello tenía que ganarse totalmente la confianza de Gadea y conseguir que también le diera a leer a él los artículos de “motu propio”, sin presiones. Y, lo más difícil, que aceptara sus sugerencias para cambiar contenidos y tonos inadecuados

¿Cómo iba a hacerlo?... Bien, contaba con un arma infalible. Bueno, un arma que con otras siempre había sido infalible pero que con Gadea no había funcionado..., hasta que había empezado a hacerlo.

Sí, pensaba seducirla. De aquella manera mataba dos pájaros de un tiro, conseguía por fin a Gadea, su amor juvenil, y conseguía controlarla como reportera.

E iba a empezar en aquel mismo momento.

—Pues entonces acabamos de tomar un nuevo acuerdo, ¿verdad esposa mía? —dijo, acercándose a Gadea y tendiéndole la mano.

Gadea sonrió ligeramente y le tendió la suya a su vez. Se la estrechó con fuerza y seguridad, “casi como un hombre”, pensó Jeremy. Después del apretón, en vez de soltar el contacto, mantuvieron las manos agarradas unos segundos. Jeremy aprovechó para tirar suavemente hacia sí, y acercar a Gadea a su cuerpo. Ella no se resistió, pero perdió un poco el equilibrio y acabó apoyándose en el pecho de él, para no caerse.

—Bueno, mujercita, y ahora que hemos hecho las paces, después de nuestra primera discusión de casados, ¿qué te parece si continuamos con nuestro plan de entrenamiento?

Gadea se puso un poco en tensión, pero, enseguida, el calor y el olor tibio que emanaba del cuerpo de Jeremy, la envolvió. Levantó los ojos y, mirándole con esa mezcla de descaro e ingenuidad, que le volvían loco a Jeremy, dijo:

—Solo un beso, que tengo que seguir escribiendo —y sonrió pícaro.

Jeremy notó que, solo con eso, su pene se ponía erecto. Luego, cogió su dedo índice y levantó ligeramente la barbilla de Gadea, sin quitar el contacto de sus ojos en los de ella. Fue bajando la cabeza, poco a poco, hasta poner sus labios a milímetros de los de ella, pero sin llegar a tocarlos. Y se mantuvo así, firme, sin moverse, concentrado en la mirada cada vez más excitada de ella, viendo por el rabillo del ojo como su pecho subía y bajaba, mostrando la mezcla de excitación y nervios que estaba sintiendo, porque Jeremy la iba a besar, pero no terminaba de hacerlo.

De repente, en un movimiento rápido, casi felino, en un momento en que el pecho de Gadea subía por la inspiración, Jeremy agachó la cabeza y con sus labios rodeó la zona donde estaba el pecho de Gadea. Donde estaba su pezón. Sabía perfectamente dónde estaba porque, fruto de la excitación, los pezones se le había puesto erectos y se marcaban a través de la tela. .

Gadea no pudo evitar soltar un grito de sorpresa, que sonó como un gemido de placer. Mientras, Jeremy, sin soltar su presa, le besó la zona de la tela que tapaba el pezón. Agarrándolo con los labios, un poco con los dientes, chupándolo. Saboreándolo. Notaba el pezón cada vez más erecto, y eso le excitaba para saborearlo más.

El masaje de labios y lengua estaba volviendo loca de placer a Gadea. Era increíble cómo, a pesar de la tela, notaba los labios y la lengua de Jeremy, cálidos y húmedos, dándole un placer infinito. Ni uno de los dos quería que acabara. En realidad, lo que querían era continuar por otras partes, besarse enteros, juntarse más.

Pero, Jeremy, siguiendo su plan, cortó la caricia abruptamente. Tenía que ir despacio, porque así lo había acordado con ella, pero también porque veía que con Gadea funcionaba: aquellos acercamientos y paradas abruptas parecían encenderla más y hacerla más receptiva a él.

La reacción de la joven lo confirmó.

Gadea tuvo que poner su mano en la pared más cercana para recuperar el equilibrio, que había perdido, no por la falta de apoyo en el cuerpo de Jeremy, sino por el mareo que sintió al perder la caricia en el pezón. No quería que acabara. No podía decírselo a Jeremy, pero no pudo evitar una pregunta que sonó a tímida protesta

—¿Qué haces?

—Me has dicho un beso y he tenido que elegir dónde. Veo que te ha gustado, Gadea —terminó, mirándole burlón.

Bastó aquello para que Gadea recuperara la compostura.

—Bueno, voy a escribir entonces —le dijo sin entrar en lo que había dicho Jeremy —y salió disparada por la puerta, como si huyera de más besos de Jeremy.

Este, soltando una carcajada, le dijo mientras la admiraba subiendo las escaleras de dos en dos.

—No hace falta que te escapes así, cariño. Me has dicho un beso, y solo uno ha sido. Y así será siempre. Siempre a tus órdenes.

Una vez en la habitación, Gadea se quitó el vestido humedecido en la parte del pecho y se puso, rápidamente, el marrón de días atrás. Esperaba que aquello fuera suficiente para calmarla.

Lo cierto es que no lo hizo del todo.

Capítulo 24

Se volvieron a ver esa misma noche, a la hora de la cena. Gadea había pasado toda la tarde intentando escribir y olvidar el último beso de Jeremy. Apenas consiguió una y otra cosa. Cuando bajó a cenar, sólo había conseguido escribir dos párrafos de un artículo sobre un tema agrario que calentaba aquellos días las cortes. Supuso que aquello no le traería problemas a los Cornwall, si alguien la llegaba a descubrir como autora, pero el tema le motivaba poco. Y, sobre todo, se despistaba cada poco pensando en su marido.

Por eso, cuando bajó a cenar, se le había olvidado por completo cómo iba vestida.

Cuando Jeremy la vio entrar por la puerta, primero, la miró asombrado y luego, burlón, le dijo:

—No sabía que me había casado con una monja.

Gadea se miró y entonces se dio cuenta.

—Se me ha olvidado cambiarme para la cena...

—O te has vestido así para mantenerme a distancia —le cortó Jeremy, y soltó una carcajada.

Viendo que el tono era distendido, Gadea se relajó y le siguió el juego:

—No he pensado en ti todo este tiempo..

—Mentirosa —volvió a cortarle Jeremy con una nueva carcajada.

Gadea hizo un mohín de aparente disgusto, pero enseguida sonrió.

En ese momento entró Artemisa que, enseguida, se dio cuenta de que el ambiente entre su hermano y su cuñada era distendido. Se puso muy contenta. Al parecer, pensó, todo volvía a estar en armonía, en orden, como le gustaba a ella. Aprovechó para sacar el tema que, creía, terminaría de crear buen ambiente entre todos.

—Jeremy, Gadea ¿cuándo habéis pensado organizar la fiesta?, tengo muchas ganas.

Gadea y Jeremy se miraron. Por supuesto, no habían hablado del tema.

—Pregúntale a tu hermano, que es el señor de la casa —dijo rápida Gadea con tono irónico, pero con una sonrisa que quitaba hierro al tono.

—He pensado hacerla dentro de diez días. Así tenemos tiempo para preparar todo bien.

—¡¡Diez días!! —dijo Artemisa, entusiasmándose y poniéndose de pie mientras daba palmas.

—Las fiestas son para los jóvenes —dijo Jeremy, mirando embobado a su hermana, a la que adoraba—. Quiero que os pongáis guapísimas las dos, vamos a dejar a todo Madrid con la boca abierta cuando vean lo guapas que son las mujeres Cornwall —terminó, contagiado de la alegría de su hermana

Y así pasaron el resto de la cena, hablando sobre los preparativos de la fiesta, comportándose, por primera vez, como una familia.

Los diez días antes de la fiesta pasaron como un torbellino para los tres. Cada uno se ocupó de aspectos diferentes de la preparación. Jeremy se encargó de las invitaciones, una responsabilidad que solía recaer en manos de la mujer de la casa, pero, como Gadea no conocía aún a nadie en la capital, esta vez se ocupó él. También dio las instrucciones más generales a los criados, pero dejó la parte más práctica a Artemisa y Gadea. En principio, todas las instrucciones sobre qué cubertería usar, cómo colocar las mesas, etc, solía recaer también en la dueña de la casa, pero, de nuevo, como Gadea no conocía aún bien la casa, se ocupó Artemisa. A Gadea le quedó entonces la parte de elegir los alimentos que se servirían.

Pasó la semana con esos preparativos, saliendo varias veces al día del palacio para hablar con proveedores. A las horas de las comidas se reunían los tres y cambiaban impresiones. Fueron diez días intensos para los tres, con mucho trabajo, pero también con ilusión por lo que iba a venir. Una fiesta era, siempre, una buena noticia.

Así que Gadea tenía tiempo para poco más que organizar su parte. Durante aquellos diez días había recibido también un mensaje de Pedro, que le pedía más artículos para publicar. Aprovechó una visita a un mercado que estaba cerca de la redacción de “El Europeo”, para visitar a su editor (aún se emocionaba como la primera vez, cuando se daba cuenta de que tenía editor).

—Gadea, me gustaría publicar un artículo tuyo a la semana —le dijo el hombre después de los primeros saludos de rigor, salpicados de aspavientos por parte de él, ya que, le repitió varias veces, estaba encantado de volver a ver a su mejor articulista.

Gadea no pensaba contarle a Pedro la discusión con Jeremy y el acuerdo al que habían llegado a raíz de su primer artículo. Por muy agradecida que estuviera a su editor, sentía que tenía que ser leal a su marido. Además, se había tratado de un acuerdo consensuado, ya que ella no quería dañar a Jeremy ni a su familia, así que se inventó una excusa para explicar la falta de nuevos artículos. Una excusa que tenía un fondo de verdad:

—Me he bloqueado un poco, Pedro. Tengo varios artículos empezados, pero ninguno me parece que tiene la fuerza suficiente para ser publicado.

—Humm, sospechaba que algo así podía estar ocurriendo. El primero ha sido tan brillante que entiendo tu miedo a no estar a la misma altura —le contestó Pedro—. Por eso te tenía preparado un libro, para que te sirva de inspiración. Creo que de aquí puedes sacar temas interesantes —y le pasó el ejemplar de una obra.

Gadea cogió el libro con mucha curiosidad, cuando vio el título y el nombre de la autora, se quedó perpleja: “*Union Ouvrière*” de Flora Tristán.

Ella no le había contado a Pedro que llevaba tiempo buscando aquella obra, que era casi imposible encontrar en España. Tampoco le había dicho a Pedro que hablaba, escribía y leía perfectamente en francés, pero, al parecer, el hombre había adivinado todo aquello.

Aunque era cierto que en el artículo que ya había publicado, mencionaba a Flora Tristán, y que un lector avezado, como era Pedro, podía reconocer en él postulados de Tristán.

En cualquier caso, se lo tomó como una señal. Tenía que seguir por ahí, aunque no sabía muy bien cómo casar las ideas que sabía que iba a encontrar en “*Union Ouvrière*”, con el acuerdo de no escribir nada demasiado subversivo al que había llegado con Jeremy. “Algo se me ocurrirá”, terminó pensando cuando se despidió de Pedro, al que prometió un artículo nuevo en dos semanas:

—Cuando pase el gran baile que estamos preparando, que va a ser mi estreno como esposa respetable de la alta sociedad —terminó, haciéndole un guiño a Pedro.

Cuando llegó a Palacio, se ocupó de que llegaran a buen puerto todas las provisiones que traía, por un lado, el cargamento de capones que habían adquirido en el mercado, que fueron

debidamente almacenados en la despensa, y, por otro lado, el ejemplar de Flora Tristán, que guardó como si fuera oro en paño entre su ropa interior. También para evitar que nadie lo encontrara, sobre todo Jeremy que, sabía, no estaría en absoluto de acuerdo con lo que allí aparecía escrito.

Pero aquel día, por la tarde, hubo otra actividad, en la que tomaron parte juntas Artemisa y Gadea, y que fue, con diferencia, lo más ligero y divertido que hicieron en relación a los preparativos de la fiesta: la reunión con la modista que iba a confeccionar los vestidos que llevarían ambas en el baile.

Unos días antes, el mismo día que decidieron cuándo sería la fiesta, mandaron un mensaje a la que era la modista de cabecera de Artemisa. Se trataba de una mujer bajita y regordeta, llamada Francisca, con más energía que todas las personas que estaban en aquel momento en la casa juntas.

Apareció con tres criados cargados de cajas en cuyo interior había metros y metros de preciosas telas, puntillas y diferentes adornos.

—Esto no se puede hacer así, no puedes llamarme diez días antes de un evento tan importante, ¡no tenemos tiempo! —empezó Francisca con tono serio, pero una mirada chispeante que no podía ocultar la alegría que sentía por su trabajo, por muy apresuradas que fueran las condiciones para hacerlo.

—Los siento, Fran —le contestó Artemisa usando el diminutivo que la modista dejaba utilizar a muy pocas personas —.Ha sido culpa de Jeremy, nosotras no tenemos nada que ver —terminó con un mohín.

—Hummmm —soltó la modista no muy convencida—. Déjalo, niña, si ya sabes que te voy a perdonar cualquier cosa. Tienes el pelo más maravilloso de todo Madrid, así que sólo por lo bien que luces mis vestidos, te permito lo que sea, ya sabes. Te tengo malcriada —terminó ya sonriendo abiertamente, ya que, en verdad, Artemisa era el ojito derecho de sus clientas. La conocía desde que la anterior vizcondesa la contrató para hacerle un vestido a su hija, cuando solo tenía doce años, y se enamoró de aquella niña tímida que se escondía tras las cortinas en cuanto le quitabas la vista de encima.

—Te quiero presentar a mi cuñada: Gadea —dijo entonces Artemisa.

Francisca, sin perder la sonrisa, admiró a Gadea de arriba a abajo, durante un tiempo un poco más largo de lo que marcaba la buena educación. Pero ese repaso era necesario para que luego pudiera hacer bien su trabajo.

—Tienes unos pechos firmes y redondos, muy bonitos, es lo que vamos a resaltar con tu vestido. Encantada de conocerte Gadea —dijo Francisca en orden inverso al que debería.

—Ehhh..., encantada, sí... —contestó Gadea vacilante— no sé si quiero resaltar mis pechos...

—No te preocupes —le cortó Francisca—, lo haremos de manera muy discreta. Nada de escotes evidentes. Tu déjame a mí, que soy buena en esto, te voy a poner más bonita y más elegante de lo que eres. Que es mucho —terminó, acabando con las reticencias de Gadea.

Después se dirigió a los criados y les pidió que extendieran las telas y adornos sobre la gran mesa de madera que había en la estancia que utilizaban para esos menesteres.

—Después de veros, yo ya sé qué telas y adornos os voy a poner, pero vamos a hacer como que os dejo elegir —les dijo a ambas, guiñándoles un ojo y soltando una carcajada.

Artemisa se dirigió inmediatamente a una tela de terciopelo verde esmeralda. Era preciosa y, como comprobó al tacto, muy suave.

—Efectivamente, niña mía —le dijo Francisca, utilizando el apelativo que usaba casi siempre con Artemisa—, esa tela está hecha para tí. Pero no la vamos a utilizar en solitario, porque es muy

sobria y este baile tiene que ser el baile que te de conocer, por fin, a los mejores caballeros de Madrid. Que vean lo bellísima que eres.

Artemisa se sonrojó, hasta que su piel cogió un tono más intenso que su pelo, pero no protestó. Ella también quería aparecer muy bella. Tenía un motivo secreto para ello, así que se iba a poner en las manos expertas de la modista.

—¿Y qué más vas a utilizar? —le dijo entonces, ilusionada.

—Mira esta fina muselina —dijo Francisca, mientras sacaba del fondo de una caja que aún no había abierto, una tela finísima, casi transparente, de color verde claro, con un brocado, también finísimo, en un verde algo más oscuro. Francisca colocó un par de metros de esa tela sobre la de terciopelo, y consiguió un efecto sorprendente, ya que ambas telas no sólo se complementaban, sino que sacaban matices una de la otra, hasta hacerlas aún más bellas que en solitario.

Gadea y Artemisa no pudieron evitar una exclamación de admiración:

—Son maravillosas —dijo Gadea, deslumbrada .

—Para ti también tengo, mi... —dijo entonces Francisca, dudado un poco mientras buscaba el apelativo adecuado para Gadea—, vizcondesa mía —escogió finalmente con una sonrisa de satisfacción —.En tu caso no lo he traído preparado, porque te acabo de conocer, pero en cuanto te he visto he sabido qué voy a utilizar. Hay que sacar partido de ese pelo negro brillante y esa piel de nata —continuó con mirada experta.

Enseguida se dirigió a una de las cajas que estaban abiertas y, con ayuda de uno de los criados, sacó una tela que dejó a Gadea sin palabras en un primer momento. No hizo falta, Francisca tenía por todos:

—Este es tu color, Vizcondesa mía. Puedes y debes ponerte otros, pero cuando quieras destacar, sacar lo más bello de ti, deberás acudir a este.

Se trataba de una tela de satén, finísimo, en un suave color rosa palo con relieve de flores en brocado. Así mismo, la tela tenía unos hilos de plata que le daban un brillo especial. parecía un cielo de verano al amanecer. Pero, lo más impactante era ver cómo quedaba sobre la piel de Gadea.

Francisca cogió la pieza de tela y, soltando varios metros, la puso alrededor del cuerpo de Gadea. Solo con la ayuda de sus manos y algunos imperdibles, consiguió esculpir un delicado vestido, con escote barco y una falda como mucho vuelo.

—Mírate —le dijo la modista, mientras Artemisa soltaba una exclamación de admiración.

Gadea se volvió hacia el espejo y lo que vio le dejó sin palabras.

La tela, tal y como le había prometido Francisca, resaltaba lo mejor de ella: su pelo se veía más negro y brillante, los labios más rojos y jugosos, pero, sobre todo le daba a su piel una luminosidad excepcional, como si tuviera una vela por dentro que iluminara su rostro.

—Es increíble —murmuró Gadea, maravillada.

—Sí, vizcondesa mía, uno de los secretos mejor guardados de mi profesión es acertar con las telas. Si lo consigues, tienes la mitad del trabajo hecha. Peroooooo —añadió con tono de misterio —no todo. Ahora me pondré a confeccionar y el viernes, un día antes de la fiesta, tendréis aquí vuestros vestidos. Veréis que bellas váis a estar.

Y así fue como Gadea y Artemisa se despidieron de Francisca contentas e ilusionadas.

Capítulo 25

Dos días antes de la fiesta, Gadea empezó a dormir mal. Estaba muy nerviosa. Aquella iba a ser su presentación en la alta sociedad madrileña, es decir, española, como la nueva vizcondesa de los Arribes.

Tendría que bajar la larga escalera central, agarrada del brazo de su marido, tendría que recibir a todos los invitados. Sentía una mezcla de excitación y miedo. Por suerte, los días anteriores Jeremy, que lo había notado, no había dejado que sus miedos crecieran. Había estado atento y cariñoso. Sin presionarla, hablándole de la fiesta solo en términos positivos. Quitando hierro cuando algo le había salido mal. Por ejemplo, cuando un cargamento de velas que había pedido que le trajeran expresamente de Salamanca se malogró al tener el transporte un accidente y caer todo el cargamento al río Tormes. Jeremy enseguida lo arregló por medio de un amigo suyo, y consiguió más velas, que llegaron a tiempo.

Y todo eso sin dejar de alentarla a que escribiera. Algo que, si Gadea hubiera pensado dos veces, habría concluído que era extraño (¿a qué venía ese cambio de actitud de repente? De prohibirle escribir una semana atrás, a animarla a hacerlo...), pero que, abrumada como estaba con la fiesta, no puso en duda y agradeció.

—Gadea, ¿cómo va tu nuevo artículo? —le dijo el día antes de la fiesta, cuando se quedaron solos después de cenar.

—No he escrito nada de fundamento, Jeremy, estoy demasiado ocupada con los preparativos de la fiesta. Esperaré a que pase el sábado y me pondré con ello. Y no te preocupes —le dijo sinceramente, sin atisbo de ironía —que le pasaré el artículo a Artemisa para que le dé el visto bueno. Aunque, en cualquier caso —añadió —creo que yo misma voy a ser capaz de quitar los elementos que puedan perjudicarte.

Jeremy sonrió satisfecho. No por lo que había oído, sino porque su plan seguía viento en popa. Adoraba a su hermana, pero también sabía que le iba a costar censurar y corregir los escritos de Gadea. En primer lugar, porque era una niña y no tenía el carácter suficientemente formado: le costaba decir que no. Y, en segundo lugar, porque a quien tenía que controlar, Gadea, era su mejor amiga.

Sobre el criterio y la capacidad de autocensura de Gadea tenía menos dudas. Daba por hecho que había entendido lo grave del asunto y se iba a controlar. Pero también estaba seguro de que acabaría siendo laxa con ella misma. No en vano, llevaba toda la vida queriendo publicar, y, al parecer, como su primer artículo mostraba, queriendo escandalizar. Por mucho que no quisiera perjudicar a terceros, algo se le iba a escapar seguro.

No, su plan real no era exactamente ese. Aquello eran los primeros pasos para ablandar a Gadea y que bajara la guardia. Su plan final era que Gadea le dejara leer sus escritos antes de publicar y aceptara sus recortes.

Y por eso estaba tan encantador con ella. Aunque lo cierto era que no le estaba costando nada. Y menos le iba a costar terminar de ablandarla con su mejor arma que, por fin, le funcionaba con ella.

—Bueno, cielo —le dijo cariñoso—, al parecer, hemos conseguido un buen equilibrio entre lo que quieres tu y lo que quiero yo, ¿qué te parece si lo celebramos? —y se acercó a ella y le agarró suavemente del brazo, conminándola a levantarse—. Hace una maravillosa noche de otoño —añadió susurrándole al oído, muy cerca, pero sin llegar a tocarla—. Te propongo dar un paseo por el jardín, para admirar los árboles bajo la luna y..., para seguir conociéndonos.

El corazón de Gadea se aceleró. Llevaban varios días sin tocarse. Por los reparativos, no sólo había dejado de escribir regularmente, sino que también habían cesado los “ensayos de intimidad” que había tenido con Jeremy. Los echaba de menos tanto como escribir, pero no quería que se le notara, así que sólo comentó:

—Sí, es buena idea, hace una noche preciosa.

—Como tú —contestó rápido él, haciendo que Gadea se sonrojara.

Salieron por la puerta trasera y comprobaron que, efectivamente, hacía una temperatura muy agradable. La luna, casi llena, permitía admirar las siluetas de los árboles, setos y plantas. Jeremy cogió a Gadea del brazo y la dirigió hacia una zona en la que el jardín estaba más tupido.

Gadea había paseado por el jardín casi todos los días, por eso se sorprendió cuando Jeremy se acercó a una zona de arbustos que ella siempre había pensado que no llevaban más que a una zona tupida de vegetación. Jeremy sorteó la primera fila de arbustos y condujo a Gadea con cuidado, agarrándola de la mano mientras le abría camino. Entonces Gadea vio que aquello era el inicio de un caminito, estrecho y rodeado de vegetación, pero por el que se podía transitar sin problema.

Caminaron así unos veinte metros, en los que la cercanía de las plantas y el aire cálido creaban un ambiente de intimidad que, poco a poco, fue embargando a Gadea.

Como si Jeremy le hubiera leído los pensamientos, al llegar a la altura de un magnolio grande, paró en seco y se dio la vuelta, a mirar a su mujer. Como el movimiento fue repentino, Gadea no tuvo tiempo de anticiparlo y dio un par de pasos más, hasta chocarse contra el pecho de Jeremy. Cuando levantó la mirada, a pesar de la poca luz, distinguió la sonrisa maliciosa y pícaro de su marido, junto a una mirada de determinación.

El corazón de Gadea se aceleró al mismo ritmo que su deseo. Jeremy bajó sus manos y, con ellas, rodeó la cintura de su esposa. Una vez que la tuvo bien sujeta, la atrajo aún más hacia él. Gadea, envuelta en la tibieza del cuerpo de Jeremy, levantó la cabeza y, con los labios entreabiertos, esperó un beso de Jeremy. Pero este, una vez más, la sorprendió, esquivando su boca y posando sus labios, suavemente, en su cuello.

—Jeremy —dijo ella en un susurro ronco—, me haces cosquillas —continuó, intentando despegarse un poco del beso, y, al mismo tiempo, disfrutándolo.

Jeremy fue extendiendo el beso por el cuello, mientras lo acariciaba con la mano derecha.

Gadea, una vez más, se sorprendió al comprobar cómo unas caricias en una zona concreta de su cuerpo, acababan por afectarle entera, de la cabeza a los pies. Lo que había llamado cosquillas eran, en realidad, oleadas de placer, que, desde el cuello, bajaban por todo su cuerpo, produciéndole esa sensación maravillosa que ya iba siendo conocida para ella, de hambre y saciedad a la vez. La mano y los labios de Jeremy en su cuello le provocaban una necesidad de pegarse aún más a él y, al hacerlo, se calmaba, pero la necesidad aumentaba. Era una tortura deliciosa, como comer un manjar muy poco a poco cuando estás muerta de hambre.

“Pero, ¡qué diablos!, pensó, es mi marido, puedo hacer lo que quiera con él”. Y entonces pasó a la acción también. Sus manos, que habían estado rodeando la cintura de Jeremy, parecieron coger vida propia. Del lugar en el que estaban, fueron descendiendo poco a poco, pasando por la parte más baja de la espalda, hasta notar un ligero promontorio: el nacimiento de las nalgas. Esas

nalgas que habían adornado sus fantasías más descaradas, cuando había acabado tocándose... Al recordar su experiencia de placer solitario, que no se había atrevido a repetir, Gadea se excitó aún más. Notó cómo se humedecía y decidió que quería probar algo nuevo. Lo necesitaba.

Primero puso las manos enteras sobre las nalgas de Jeremy, haciendo que él soltara una exclamación de sorpresa:

—Ey, aquí está otra vez mi mujercita descarada... —dijo Jeremy sonriendo y dejando por un momento la presa del cuello de Gadea.

Pero ella no le dio opción a seguir hablando, porque aprovechando la posición de las manos, después de acariciar, golosa, las nalgas redondas, duras y perfectas de su marido, las atrajo hacia sí, de forma que la parte baja de sus cuerpos entró en contacto total.

Ella era mucho más baja que él, así que se puso de puntillas y le obligó a él a bajar un poco más, hasta que el pene de él estuvo a la altura del sexo de ella.

Jeremy estaba casi paralizado por la sorpresa. Casi, porque algunas partes de su cuerpo iban por libre. Tenía, una vez más, una erección como pocas veces había conseguido. Una erección que, al contacto con el cuerpo de Gadea, palpitaba y se iba endureciendo más, si es que era posible.

Entonces, Gadea se levantó la falda, dejando al aire solo las enaguas, y levantó la pierna derecha y la apoyó contra el árbol, y volvió a apretar el culo de Jeremy para pegar al joven a ella aún más. Así, sus dos sexos entraron en contacto, separados sólo por la fina tela de las enaguas de ella y de los pantalones de él.

Gadea jadeó de placer. Jeremy hizo lo mismo. Y ambos, a la vez, se empezaron a frotar, uno contra la otra.

Gadea notaba el pene duro, caliente y palpitante contra su clítoris y le producía el mismo placer intenso que había sentido ella sola. Bueno, casi el mismo. Necesitaba más contacto. Así que, de nuevo, tomó la iniciativa. Se separó un poco de Jeremy, lo justo para abrirle la bragueta y sacar su miembro de ella.

El pene salió disparado, liberado, enhiesto, duro y palpitante.

—Gadea —dijo Jeremy en un gemido que sonó casi como una expresión de tortura—, ¿qué...? —no pudo terminar la frase, porque ella se había vuelto a pegar a él, y estaba de nuevo frotándose, arriba, abajo, haciendo que el placer de él comenzara a desbordarse, mientras su respiración, convertida en un jadeo, sonaba en todo el jardín.

Ella, rotos todos los diques de la razón, secuestrada solo por su deseo, se bajó las enaguas, justo debajo de sus nalgas, y volvió a pegarse.

La sensación le hizo ahogar un grito de placer contra el hombro de Jeremy.

—¡Oh, qué placer! —dijo, con la voz más gutural que nunca.

Jeremy estaba fuera de sí también. Gadea estaba empapada, así que el frotamiento era una pura delicia.

—¡Gadea, mi amor! —dijo en un momento de emoción. Y enseguida se arrepintió. Una cosa era que Gadea viera que la deseaba, nada extraño en un joven sensual como él, y otra que pensara que la amaba. No quería descubrirse ante ella porque eso le hacía vulnerable. En cualquier caso, Gadea estaba tan excitada que no pareció oírle. Jeremy se tranquilizó. El incidente valió, además para que fuera un poco más consciente de lo que estaban haciendo.

Gadea, que seguía frotándose, obedeciendo exclusivamente al ritmo de su placer, con sus movimientos rítmicos, estaba a punto de introducir la punta de su pene en su vagina. En cualquier momento, en una subida y bajada, sin querer, la punta de su glándula iniciaría el camino de entrada

en el cuerpo de Gadea y..., no quería otra cosa, pero no iba a hacerlo así:

—¡Gadea, para! —la voz le salió gutural, pero firme. Jeremy, además, acompañó la frase poniendo las manos sobre los hombros de Gadea y separándose de ella. Poco, apenas unos centímetros, pero lo justo para que el único contacto entre ellos fueran las manos y los hombros.

Gadea le miró sorprendida en un primer momento y, enseguida, se puso como la grana: ¿que había estado haciendo? Las veces anteriores en las que había tenido intimidad con Jeremy, también se había dejado llevar, pero no tanto. Siempre había mantenido un hilo de cordura, para no ir demasiado lejos y hacer algo de lo que luego se arrepintiera. Pero ahora, había perdido totalmente el decoro. Se miró de arriba a abajo y se vió con las enaguas bajadas, el triángulo de pelo de su sexo al aire, despeinada, con unos mechones desatados tapándole medio ojo, su respiración, jadeante, se oía en todo el jardín, y, sobre todo, con esa ansia de pegarse de nuevo a Jeremy, de frotarse contra él, de meterselo dentro.

Y aquello lo había provocado ella y, lo peor de todo, lo acababa de parar Jeremy.

Por suerte, antes de que se muriera de vergüenza, Jeremy volvió a hablar y le intentó calmar, como si hubiera oído sus pensamientos:

—Gadea, no quiero otra cosa que seguir. Hasta el final. Pero no quiero que hagas nada de lo que luego te vayas a arrepentir. Te conozco, y sé que, si vamos hasta el final, luego, cuando te calmes, sentirás rabia, por no haber cumplido con tu propósito de esperar. Y tampoco quiero hacerlo aquí, de esta manera. Vamos a hacerlo bien, cuando llegue el momento, y con calma, sobre un lecho, nuestro lecho.

Gadea se avergonzó aún más al oírle:

—Tienes razón, Jeremy —musitó, bajando la cabeza.

—No te avergüences, cariño —dijo él con el tono más dulce —esto que nos pasa es normal. Nos gustamos. Mucho. Y es muy difícil parar cuando estamos excitados.

—Pero tu lo has conseguido.

—Lo he conseguido porque tengo más experiencia que tu. Y también porque quiero que nuestra primera vez sea perfecta. Este sitio es especial, me gusta, pero no quiero que nuestra primera vez sea aquí. Aunque, si te parece, podemos volver dentro de unos meses y terminar lo que hemos dejado hoy a medias —terminó, con una sonrisa provocadora, pero ya dueño de sí totalmente.

Gadea entendió lo que le había dicho Jeremy y lo aceptó. Cogió el guante de la provocación incluso:

—Dentro de dos lunas llenas, que ya no seré virgen —dijo poniendo fecha y soltando una risita pícaro.

Jeremy se agachó y le dio un beso en la frente, el único sitio donde podía tocarla sin encenderse de nuevo:

—Ahora volvamos a la casa, porque me ves muy contenido, pero no sabes lo que me está costando..

Y salieron ambos del escondite donde tanto habían disfrutado.

Capítulo 26

Al día siguiente Gadea se despertó con el ajeteo de la casa. A pesar de que era muy temprano, los criados ya llevaban horas con los preparativos. “Es el día de la fiesta” pensó excitada y nerviosa a la vez.

Había dormido como un tronco, entre otras cosas porque, al llegar a su cama, había acabado lo que había dejado a medias con Jeremy.

Era la segunda vez que lo hacía.

Desde la primera vez, todas las noches había tenido tentaciones, pero había aplicado su disciplina y se había controlado. Porque después de la primera vez se había sentido mal. Por ser débil. Y por hacer algo que, suponía, estaba mal. Pero aquella segunda vez ya no se había autocensurado. Había llegado a la cama tan empapada y excitada que, si no se hubiera desahogado, no habría pegado ojo, y tenía que hacerlo para ser una buena anfitriona en la fiesta. Se había tratado de una medida terapéutica, se dijo a sí misma. Cuando pudiera disfrutar de Jeremy, ya no lo necesitaría, pensó mientras se estiraba en la cama con una sonrisa traviesa. En ese momento entró Teresa:

—Buenos días señora. Me alegro verla despierta y..., tan contenta —dijo al final, con una mirada un poco inquisitiva.

La empleada sospechaba que sus amos no tenía relaciones sexuales. Ella había sido una mujer casada veinte años y, aunque llevaba cinco viuda, recordaba perfectamente cómo funcionaban esos temas. Aquel era el primer día que tenía dudas de que, por fin, hubiera ocurrido algo entre su señor y su señora. Y se alegró.

Media hora más tarde, una excitada Gadea se juntó con Artemisa, que estaba tan excitada como ella, en el desayuno.

—Es mi primera fiesta como anfitriona, Artemisa, estoy muy nerviosa.

—No te preocupes, Jeremy te ayudará, él soportará el mayor peso. Tú solo ocúpate de ser tu misma, y enamorarás a todos.

Gadea sonrió. Su cuñada era adorable, tanto como su marido. En cuanto pensó en él, se ruborizó y, al mismo tiempo, sintió una gran ligereza, como si fuera a echar a volar. Estaba viviendo con él experiencias que nunca había vivido y, lo más importante, ni siquiera sabía que existieran. Y eran maravillosas. Además, a pesar de los años que habían estado sin contacto, tenía con Jeremy una confianza que hacía que se atreviera a hacer cosas que, con cualquier otro, no habría hecho jamás. Y, aunque le daba vergüenza, se sentía cómoda con él. Sólo pensar que era su marido, una sonrisa involuntaria le aparecía.

—Estás muy contenta hoy, Gadea —le cortó Artemisa los pensamientos.

—Sí, estoy contenta —le contestó un poco enigmática, ya que, aunque tenía ya mucha confianza con ella, pensaba que era demasiado joven para hablar de los entresijos del matrimonio. “Cuando le toque, hablaré con ella”, pensó, y entonces se dio cuenta de que Artemisa también estaba muy excitada, y de que había muchas posibilidades de que ya le gustara algún joven.

—¿Y tú qué, cuñadita? —le dijo cariñosa —seguro que ya le tienes echado el ojo a algún

varón de los que va venir a la fiesta.

Gadea se lo había dicho sin pensar, pero Artemisa se quedó seria de pronto, puso cara de miedo y empezó a balbucear:

—Eeeeh...estooo...no, no,...qué va...

Lo dijo con tan poca convicción, que Gadea se dio cuenta de que le mentía. “A ver si tengo tiempo de averiguar algo más esta noche”, pensó divertida. A ella, que había huído de aquellos temas toda la vida, le había entrado, de pronto un gran interés por saber más de los entresijos del amor.

A las siete de la tarde, después de un día de locos, en el que tanto criados como dueños habían andado sin parar, todo estaba preparado ya. La mesa puesta, los integrantes de la orquesta en su sitio, los alimentos preparados en espera de ser servidos y los habitantes de la casa en sus habitaciones dándose los últimos retoques. Faltaba media hora para que empezaran a llegar los primeros invitados.

Al mediodía habían llegado Henry y Andrew. Para Gadea había sido una delicia ver a los cuatro hermanos juntos, ver lo mucho que se querían y la algarabía que se montó a su alrededor.

—Va a ser una fiesta memorable —le dijo Andrew, el más pícaro de los cuatro y con quien más conexión había tenido de pequeño, aparte de con Jeremy.

Así que allí estaba Gadea, en su habitación, recién peinada y maquillada por Teresa. Le había pedido que lo hiciera con discreción, y así lo había hecho la mujer.

A pesar de que estaban de moda los peinados recargados, con muchos rizos y tirabuzones, a Gadea no le hacían mucha gracia. Pensaba, con acierto, que estaba más favorecida con peinados más discretos. Teresa le había hecho un moño bajo, sujeto con una redecilla del mismo color negro de su cabello, quedando invisible entonces. El moño era grande pero casi liso. Pero a su alrededor, Teresa había colocado varias flores pequeñas de azalea. La idea se la había dado Artemisa, que, con sus experimentos, había conseguido un método de conservación que permitía dejar a las flores naturales en perfecto estado durante varios días, además de darles una consistencia más dura, que permitía que se pudieran trabajar con el cabello.

Cuando se vio en el espejo, ligeramente maquillada, se vio preciosa. Las flores de azalea sobresalían a los lados de su cabeza y parecían enmarcar el óvalo de su cara, dándole, además, una luz especial.

—Pues sí, estoy guapa —se dijo a sí misma con convicción—. A ver ahora con el vestido.

Se lo habían traído la tarde anterior, y había estado casi una hora poniéndoselo y quitándoselo, emocionada por lo bien que se veía con él. Cuando se lo puso por fin, después del maquillaje, comprobó que estaba muy guapa.

—Ay, señora —dijo Teresa emocionada —va a ser la mujer más bella de la fiesta.

Gadea soltó una risa de pura ilusión.

—No soy la más bella, Teresa, se cuales son mis limitaciones, pero hay que reconocer que Francisca ha cumplido lo que prometió: este vestido saca lo mejor de mi.

Y, mientras lo decía, empezó a dar vueltas, mirando en el espejo cómo la tela delicada y

etérea, giraba y se enrollaba alrededor de su cuerpo.

—Lo que más me gusta es el escote —añadió mirándose atenta al espejo.

Porque, sí, efectivamente, ese había sido el mayor acierto de la modista. Se trataba de un amplio escote bañera, que dejaba al aire las clavículas perfectas de Gadea y acababa justo en el nacimiento de los hombros, que se adivinaban firmes y torneados.

En ese momento, sonó la puerta interior que comunicaba con la habitación de Jeremy. Ambas mujeres pegaron un bote y se miraron. Sin necesidad de decirse nada, Teresa, que ya había terminado su trabajo con Gadea, salió disparada de la habitación, dejando a Gadea sola para recibir a su marido.

—Adelante —dijo con voz que trató que sonara firme, pero que dejó traslucir los nervios que sentía: Jeremy nunca la había visto tan preparada.

El joven entró, abriendo la puerta con calma, sin prisa. Sólo cuando la tuvo de par en par pudo ver a su mujer de cuerpo entero.

—Gadea —fue lo único que pudo decir, mientras la miraba embobado.

—Jeremy —contestó ella, en el mismo todo y con el mismo embeleso. Porque Jeremy estaba guapísimo. Llevaba un terno con levita, en azul noche, con un paño de buenísima calidad, que le sentaba como un guante. La camisa, de fina batista, estaba adornada por unas tablas finas. En el cuello llevaba un suave pañuelo de seda blanco, anudado con un lazo. El conjunto era sobrio y a la vez, imponente. Era un hombre muy atractivo y era su marido, pensó Gadea orgullosa.

—Tenemos que ir bajando ya, a recibir a los invitados —dijo finalmente Jeremy—. Aunque ahora mismo, lo que más me apetece es quedarme aquí contigo e ir quitándote poco a poco la ropa. Porque, aunque estás preciosa, más bella estarás sin ella. Seguro.

Gadea sonrió coqueta, pero evitó entrar en el tema, porque lo primero que le vino a la mente tras oír a Jeremy fue una imagen de los dos desnudos encima de su cama. Y ya sabía que era capaz de dejarse llevar hasta el final, así que, después de la sonrisa, suspiró y le dijo, decidida:

—Venga, vamos, que estoy nerviosa.

—No te preocupes que estoy a tu lado —dijo él cariñosamente, cogiéndola del brazo, dándole un beso en la mejilla y llevándola fuera de la habitación.

Al llegar a lo alto de la escalera central, vieron que abajo estaban esperándolos Henry, Andrew, Artemisa y todos los criados. Habían decidido darles una sorpresa, una especie de bienvenida, la que no habían tenido el día de su boda. Así que, en cuanto los vieron, empezaron todos a aplaudir, mientras se oían los “¡viva los novios!” entusiastas de Henry y Andrew.

Gadea y Jeremy bajaron la escalera emocionados. Y, justo cuando llegaron abajo, un criado les comunicó que los primeros invitados ya habían llegado.

La primera hora fue un poco agotadora. Los invitados fueron llegando con cuentagotas, así que Jeremy y Gadea no pudieron retirarse de la entrada del comedor hasta que no llegó el último, al filo de las 8:30. Media hora después de la hora que habían estipulado para comenzar a cenar. Entonces sí, pudieron dar comienzo a la cena.

A partir de ahí, Gadea se fue relajando. Estaba sentada con Henry, Andrew y Artemisa cerca, además de tener a Jeremy a su lado, así que se encontraba cómoda. Además, todas las personas le habían saludado de forma afectuosa y cálida, y los manjares que estaban sirviendo estaban deliciosos.

Acabaron la cena en buena armonía e, inmediatamente, dio comienzo el baile.

Normalmente los novios solían ensayar durante varias semanas el baile inicial en la fiesta de la boda. Pero ellos no habían tenido boda pública y tampoco se habían preocupado de prepararlo

para aquella fiesta. Así que, cuando llegó el momento, Gadea, que no era mala bailarina, empezó a asustarse. No había bailado nunca con Jeremy. No sabía si era buen o mal bailarín. Ni si eran compatibles como pareja de baile.

Jeremy se dió cuenta de sus nervios y, mientras la conducía suavemente al centro de la pista, acercó sus labios a su oído y le dijo:

—Gadea, no te preocupes. Tu solo déjate llevar y, sobre todo, mírame a mí.

Gadea le miró agradecida. Justo habían llegado al centro de la pista de baile. Todos los invitados hacían un círculo amplio alrededor de ellos. Un momento antes, en la sala, todo eran ruidos de conversaciones y risas, pero, poco a poco, se fueron aplacando hasta que se hizo un silencio total. Estaba claro que el baile levantaba muchas expectativas. El inicio de aquel matrimonio había sido anormal, así que había mucha gente interesada en ver cómo congeniaban Jeremy y Gadea. Y un baile era la mejor forma de comprobarlo.

—Mírame —volvió a decirle Jeremy, cuando se pararon en el centro de la pista. Ella lo hizo y, en ese momento, empezaron a sonar las notas de música.

Gadea conocía la pieza, era un vals de Johann Strauss. Le gustaba. Así que, dejándose llevar por sus conocimientos de baile, la música preciosa y, sobre todo, la mirada de Jeremy, comenzó a moverse.

Inmediatamente quedó claro que estaban hechos el uno para la otra, al menos para bailar. Parecían una sola persona, y sus movimientos se acoplaban al ritmo de la música a la perfección. Gadea se sentía flotando, como si fuera encima de una nube de algodón, mientras las mariposas de su estómago le hacían cosquillas. Notaba los fuertes músculos de Jeremy, flexibles, como los de un felino, y suponía que a él le estaba ocurriendo lo mismo.

Efectivamente, Jeremy estaba sintiendo lo mismo. Llevaba media vida deseando a aquella mujer. Las últimas semanas había conseguido convertirla en su esposa, abrazarla, besarla y tocarla, pero aquel baile, aparentemente mucho más inofensivo y recatado que lo que habían hecho, por ejemplo, la noche anterior, le estaba produciendo sensaciones aún más fuertes. Se sentía uno con Gadea. La música, además, parecía encajar perfectamente en ellos. No quería que aquel baile acabara nunca. Pero, por desgracia, acabó.

Y sucedió algo muy curioso.

Lo normal era que la orquesta encadenara una pieza tras otra, sin momentos de silencio, pero, por lo que sea, al acabar aquel vals, los músicos dejaron de tocar, al unísono. No parecía que estuviera preparado, sino que el ambiente de la sala lo había propiciado. Los espectadores, de hecho, también quedaron en silencio total, como si todo se hubiera congelado. Fueron apenas dos segundos: Jeremy y Gadea quietos en el medio, mirándose, ajenos a todo lo de alrededor, y todos observándoles. Hasta que alguien, al igual que habían hecho horas antes criados y hermanos, rompió a aplaudir y todos les siguieron.

Jeremy y Gadea parecieron entonces volver del espacio en el que habían estado solos y, haciendo graciosas reverencias y muy sonrientes, fueron agradeciendo a todos los presentes sus aplausos. Jeremy pudo ver que incluso Lucas, al que había tenido que invitar por compromiso, aplaudía. Aunque, eso sí, no podía evitar el rictus desagradable que le acompañaba siempre.

Enseguida la música empezó de nuevo y todos salieron a bailar. A partir de ese momento, Jeremy y Gadea apenas volvieron a coincidir. Ambos tuvieron que bailar prácticamente con todos los hombres y mujeres que había en la fiesta, todos se disputaban estar con ellos, intentando, quizá, conseguir una experiencia como la que había mostrado la pareja ante todos. Ambos estuvieron amables, haciendo ver que se divertían, pero, en realidad, no dejaban de pensar en el

otro y, en cuanto podían, se dirigían miradas cómplices.

—Estoy agotada pero contenta —le dijo Gadea a Jeremy en un momento que coincidieron ambos en la mesa en la que se estaba sirviendo el ponche.

—En cinco minutos te veo en el baño de arriba —le dijo él guiñándole el ojo—. No podremos estar mucho rato, pero necesito estar a solas contigo —terminó, alejándose de ella para bailar con una condesa viuda.

Así que cinco minutos después, Gadea, que ya había visto a Jeremy subir silencioso y solo las escaleras, se despidió del anciano venerable con el que estaba bailando:

—Tengo que ir a empolverarme la nariz —le dijo coqueta. Y subió a su vez las escaleras.

Cuando llegó a la altura de la puerta del baño, no tuvo que hacer nada, porque esta se abrió y la mano de Jeremy la sujetó de la cintura y la introdujo dentro. Una vez allí, cerró y apoyó la espalda de su mujer contra la puerta, mientras él dejaba sus manos a los lados de su cabeza.

—Gadea —dijo él con voz ronca —voy a besarte —y, sin más, es lo que hizo.

Los labios suaves y llenos de Jeremy fueron como agua en un día caluroso para la joven. Pero no se limitó a recibir el beso, sino que, también, activa, respondió, agarrando con sus dientes, con suavidad, el labio inferior de Jeremy. Él soltó un suspiro de placer y ella aprovechó para meter la punta de su lengua en la boca de él. Entonces, sus dos lenguas se juntaron, se reconocieron, se saborearon.

Jeremy, mientras, cambió de postura y bajó las manos y las posó sobre la cintura de Gadea. Ella imitó el gesto, pero acabó posándolas en las nalgas de él ; ¡cómo le gustaban!. Estuvo recorriéndolas de arriba a abajo, hasta que él aproximó más el cuerpo al de ella y se pegó entero, de forma que casi no había huecos entre ambos. Jeremy bajó entonces sus manos de la cintura de Gadea para posarla también en sus nalgas. Las agarró por el centro y notó su forma redondeada, perfecta, y su dureza. Luego, sin hacer apenas fuerza, porque ella era muy ligera, la levantó y la pegó aún más a él.

En esa postura, sus dos sexos estaban a la misma altura, así que ella notó la dureza de Jeremy. Aprovechando que él la tenía bien sujeta, levantó las piernas y con ellas rodeó la cintura de Jeremy.

En ese momento Jeremy empezó a dar vueltas con ella en la habitación, y besándola, en la boca y en el cuello, la apretó contra sí, para que notara su excitación. Sólo quería levantarle las faldas y bajarle las enaguas, metérsela entera, sin contemplaciones...

Ese último pensamiento le trajo de nuevo a la realidad.

—Gadea, tenemos que bajar, llevamos ya cinco minutos aquí... —dijo, resignado.

Gadea no protestó, sabía que era verdad. Pero decidió soltar en ese momento la decisión que había tomado la noche anterior:

—Esta noche quiero dormir contigo, Jeremy.

Jeremy no deseaba otra cosa, pero, de nuevo, tuvo que hacerse el fuerte y decir lo que creía que era lo correcto:

—Aún no han pasado los tres meses, ya sabes lo que te dije ayer en el jardín, no quiero que luego te arrepientas.

Ella le cortó con un nuevo beso, húmedo y profundo.

—Es igual, Jeremy, quiero hacerlo ya. Lo he meditado. Llevo días que no pienso en otra cosa. No escribo, casi no duermo. Te necesito entero ya. Es absurdo retrasarlo. Cuanto antes lo hagamos, antes se me pasará esta fiebre, espero. —y se quedó mirándole, con intensidad.

—De acuerdo, Gadea —dijo él, excitadísimo—. Pero vamos abajo ahora porque si no va a ser

un escándalo. Ve tu primero, a ver si yo me relajo un poco.

Gadea salió recomponiéndose un poco la ropa y, sobre todo, el peinado, que se le había deshecho bastante durante el encuentro con Jeremy. Nada más salir del baño se encontró de frente con Henry, que le miraba burlón:

—Hola cuñada —le dijo con una sonrisa de oreja a oreja, mientras le miraba la ropa y el peinado —apuesto a que has dejado a mi hermano detrás de esa puerta, así que tendré que buscar otro baño.

Gadea puso tal cara de alarma, que Henry acabó soltando una carcajada.

—Ey, recuerda que es tu marido, no hay nada malo en eso.

Ella acabó sonriendo también, aunque un poco azorada. Aún no se acostumbraba a lo que le estaba ocurriendo. A que tuviera tanto espacio en su vida un aspecto que, pocas semanas antes, no sabía casi ni que existía.

Y, al parecer, era la única, porque todo el mundo lo daba por hecho.

Estaba claro que de joven había censurado sus sentimientos hacia Jeremy. Y lo había hecho con tanto éxito que no había vuelto a sentir nada parecido hasta que lo había encontrado de nuevo. No se arrepentía de la bofetada que le había dado con quince años, porque no se arrepentía de nada, no le gustaba mirar hacia atrás con nostalgia, pero alguna vez tendría que decirle a Jeremy que se había equivocado. Y pedirle perdón. Bueno, pensó traviesa y asombrándose de su descaro a pesar de ser solo para ella misma, esa noche iba a resarcirle del todo. Porque lo que le había dicho a Jeremy no tenía marcha atrás. Lo tenía claro, no quería esperar las semanas que quedaban, no quería retrasar más lo inevitable. Y no quería hacerlo porque lo deseaba tanto que ya no podía hacer nada más que eso. Necesitaba ser de Jeremy, entera, para intentar paliar la obsesión que sentía. Sí, esa noche iba a dormir con él. Bueno, aunque dormir no era la palabra adecuada...

Mientras bajaba las escaleras, pensando en aquello, se fijó en el ambiente en la pista de baile. Todo el mundo disfrutaba, al parecer nadie les había echado de menos. Pero, en ese momento, el movimiento de una tela verde captó su atención. Era Artemisa, que salía precipitada por la puerta que daba al jardín trasero. Tuvo tiempo de ver su cara fugazmente y le pareció que iba muy seria. “Vaya, ¿le habrá pasado algo?”, pensó un momento preocupada. La había visto intermitentemente toda la noche y le había dado la sensación de que se lo estaba pasando casi tan bien como ella. El vestido verde había hecho honor a su belleza y, después de Gadea, era la joven que más había sido admirada toda la noche. La había visto bailando con muchos jóvenes, algunos, amigos de sus hermanos, y había oído sus carcajadas incluso. Pero aquella salida intempestiva daba la sensación de que algo se había torcido.

Pero, cuando empezada a pensar que quizá debía ir tras ella, una mano la agarró del brazo y le ayudó a bajar los últimos escalones. todo se le olvidó.

—Aquí estoy, mujercita —dijo Jeremy—, ya en perfecto estado de revista. He tenido que usar un poco de agua fría para rebajar la inflamación que me has producido —añadió burlón.

—Espero que esta noche no tengas que recurrir al agua —contestó ella rápida, haciendo que él soltara una carcajada.

El resto de la noche pasó rápido. Los invitados se fueron despidiendo, Artemisa volvió de su paseo solitario por el jardín seria, muy seria y Gadea pensó que al día siguiente intentaría hablar con ella. Pero estaba tan concentrada en su marido, y en lo que vendría a continuación, que pronto se le olvidó.

Capítulo 27

A las 12 de la noche, una vez se fueron todos los invitados, y los hermanos y criados se hubieron retirado, los esposos subieron solos la escalera.

Cuando llegaron a la zona de sus habitaciones, Jeremy se volvió hacia Gadea:

—¿En tu habitación o en la mía?

Ella no lo dudó, el momento era lo suficientemente trascendente como para intentar quitarle algo de presión. Mejor en un lugar que conocía bien. Aunque estuviera lleno de espejos...

—En la mía.

Jeremy abrió la puerta y, en un gesto rápido, la cogió entre sus brazos, como había hecho unos días atrás:

—Vamos a hacerlo como es debido —dijo, y entró en la habitación.

Una vez dentro, se acercó a la gran cama y posó a su mujer con cuidado sobre ella. Gadea se quedó con las piernas colgando en el borde de la cama y medio recostada, con los codos apoyados en el lecho. Jeremy se agachó y la besó, muy suavemente. E, inmediatamente, posó su dedo índice sobre el hombro derecho de ella y la empujó, hasta que consiguió que quedara totalmente tumbada. Luego retrepó sobre la cama y, mirándole fijamente a los ojos, le dijo:

—Relájate y déjate hacer. Y, recuerda, pararé si me lo pides.

Sólo oír la voz sensual de Jeremy, Gadea sintió que se derretía. Intentó besarle, pero Jeremy, en otro gesto felino, había vuelto a la posición inicial y estaba, de nuevo, a los pies de la cama, esta vez arrodillado, con el cuerpo pegado a sus piernas.

Ella intentó incorporarse de nuevo, pero él, sin tocarle esta vez, movió el dedo índice con gesto negativo:

—No, no. No seas traviesa y haz caso a tu marido —dijo juguetón— vuelve a tumbarte. Quiero que te concentres en todos los sentidos excepto en el de la vista. Ese lo dejaremos para el final.

Gadea obedeció, excitada. La voz de Jeremy había anticipado los placeres que iban a venir. Aunque también estaba un poco aprehensiva. No sabía nada de sexo en la práctica, aparte de los juegos con Jeremy los días anteriores, pero había leído algo en los libros prohibidos de su padre. Y ahí, entre descripciones anatómicas, recordaba haber leído que para la mujer era doloroso al principio.

Jeremy pareció oír sus pensamientos, porque antes de hacerle nada, volvió a hablar.

—Estate tranquila, Gadea, no te voy a hacer daño, al revés, sólo quiero hacerte disfrutar.

—De acuerdo —dijo ella, y se tumbó, de nuevo, dispuesta a relajarse.

Entonces, notó cómo Jeremy cogía su falda y la levantaba hasta colocarla por encima de sus rodillas. Luego puso sus manos sobre estas y las fue abriendo poco a poco. Hasta ahí, Gadea, nerviosa, le estaba dejando hacer, pero cuando, una vez abiertas las piernas, Jeremy comenzó a bajarle las enaguas, se volvió a incorporar:

—¿Que vas a hacer? —le dijo un poco alarmada.

Jeremy sonrió:

—No me estás haciendo caso, Gadea. Créeme, de esto sé más que tu. Tranquilízate y déjate llevar solo por lo que sientes, no por lo que temes.

La voz grave de Jeremy le volvió a tranquilizar.

—De acuerdo, pero te pido un favor. Vete diciéndome lo que vas a hacer, creo que así me voy a asustar menos.

—Hummm —dijo Jeremy, de nuevo incorporado en la cama, con las dos manos apoyadas en el colchón y su cuerpo sobre el de ella, pero sin tocarle—. Quería desarmarte con el factor sorpresa, pero igual tienes razón y la incertidumbre no te deja relajarte. Te voy a narrar todo, no te preocupes —y terminó dándole un beso jugoso y largo, que dejó en suspenso para volver a la posición de rodillas.

—Ahora, Gadea —dijo con su voz algo ronca y en un tono más bajo y susurrante —voy a acariciar tus preciosas rodillas.

Y empezó a hacerlo, con tanta suavidad que, a pesar de la tela de la enagua, a Gadea le parecía sentir cada centímetro de la piel de las manos de Jeremy

—Y ahora —continuó Jeremy mientras subía poco a poco las manos hacia arriba—, voy a bajarte las enaguas muy poco a poco, hasta acabar quitándolas. Quiero, eso sí, que me digas que pare si te sientes incómoda.

—De acuerdo —dijo Gadea con voz ahogada, porque solo imaginar lo que iba a hacerle Jeremy había empezado a notar las olas de excitación. Ahora el deseo era más fuerte que el miedo.

Jeremy, envalentonado con el permiso, empezó a hacerle lo que le había dicho. Pero lo hacía con tal delicadeza y tan despacio, que el proceso entero se convirtió en una fuente de placer.

Subió las manos hasta el inicio de las enaguas, en la zona que la goma estaba en contacto con la piel de Gadea. Una vez allí pasó el dedo índice justo en la zona de piel al borde de la enagua. Suavemente, con toda la delicadeza del mundo, produciendo en Gadea un verdadero incendio de piel. Enseguida, con la misma delicadeza, introdujo los dedos bajo la goma de la enagua y, tal y como le había anunciado, fue bajando poco a poco. A medida que iba descubriendo la piel, centímetro a centímetro, paraba, y volvía a acariciar la piel recién descubierta.

Gadea había decidido hacerle caso a Jeremy y centrarse solo en lo que sentía. Al menos, hasta que le quitara las enaguas, sabía lo que iba a hacerle, no habría sorpresas, ella podía centrarse en sus sensaciones. Y estaba siendo un disfrute sensual, diferente a lo que había sentido antes con Jeremy. Igual menos intenso, menos brutal, pero muy agradable también. Era una pequeña agonía notar cómo la enagua iba bajando y sentir la piel recién descubierta, expuesta, y cómo la caricia de las manos de Jeremy, inmediatamente, calmaba esa sensación de exposición, de vulnerabilidad, pero, a la vez, despertaba su deseo.

Finalmente Jeremy llevó la enagua al final de sus piernas y, con un movimiento ligero, levantó los pies de ella y sacó la enagua del todo.

Ahí, de repente, Gadea se sintió totalmente vulnerable. Se dio cuenta de que estaba desnuda, con las piernas abiertas, y que Jeremy, arrodillado entre ella, la veía entera, tal cual era, allí abajo, donde ella nunca se había visto. Tuvo una reacción instintiva y empezó a cerrar las piernas.

Jeremy, una vez más, pareció escuchar sus pensamientos, porque inmediatamente puso las manos en sus rodillas y, con suavidad, pero también con firmeza, las sujetó para impedirle cerrarlas.

—Tranquila Gadea —le dijo—, recuerda que no te voy a hacer nada que no quieras. Voy a ir muy despacio, no te preocupes.

Gadea volvió a tranquilizarse. Para Jeremy no era la primera vez, seguro que había visto a muchas mujeres en esa postura. Respiró hondo y volvió a aceptar:

—Vale.

Jeremy entonces, sin mover las manos de las rodillas, le contó los siguientes pasos.

—Ahora voy a acariciarte las piernas, pero también tu precioso trasero, tu tripa y tu sexo. Lo voy a hacer despacio, con calma, y serás tu quien me digas si sigo o tengo que parar, si hay lugares prohibidos o no. Tomaré el silencio como aceptación. Y lo mismo si hay suspiros y gemidos.

Involuntariamente, Gadea soltó un suspiro que hizo reír a los dos. Cuando la risa se extinguió, Jeremy empezó lo que había anunciado.

Acarició las dos piernas a la vez, primero los tobillos y, de ahí, fue subiendo: pantorrillas, rodillas y muslos. Al llegar a esta parte, pasó a acariciar su interior. En esa zona la piel era más fina y delicada, también más sensible. Gadea soltó un suspiro de placer, mientras intentaba controlar las ganas de cerrar las piernas. No porque quisiera acabar con la caricia, sino porque necesitaba sentirla aún más. Para entonces, las oleadas de placer era constantes, y notó cómo empezaba a humedecerse. Pero entonces, por sorpresa, Jeremy introdujo la mano izquierda por debajo del muslo y le tocó el culo. Ella pegó un respingo que hizo que Jeremy parara un momento. Pero ella no dijo nada, es decir, quería que siguiera, y es lo que él hizo. Enseguida introdujo también la mano derecha por debajo y agarró el culo de Gadea con las dos manos. Teniéndola así, bien cogida, se agachó un momento y besó a Gadea, con mucha delicadeza, en el muslo izquierdo.

Ella, sorprendida, volvió a incorporarse y le miró inquisitiva.

—Sí, cariño, voy a besarte en todas las partes que tienes expuestas.

El suspiro de Gadea esta vez fue un gemido. Volvió a tumbarse y, por fin, decidió rendirse.

—Sí —musitó.

Con el permiso expreso, Jeremy decidió darse un festín de Gadea.

Aunque a Gadea le había censurado uno, él estaba disfrutando a través de sus cinco sentidos con todo lo que estaba haciendo. Le gustaba especialmente el color y el tacto de la piel de Gadea, tan suave, tan blanca. Y le gustaba tocarla como si fuera un instrumento valioso, e intentar sacar de ella las mejores notas, que eran sus gemidos y suspiros. Si hasta entonces había utilizado las manos, ahora iba a añadir los labios. Así que, sin sacar las manos de su culo, bajó la boca y comenzó a besar la cara interna de los muslos de la joven. Eran delicia pura. Cada vez que posaba sus labios, ella emitía un leve gemido que en sus oídos era música celestial.

Se entretuvo así varios minutos, hasta que no quedó un centímetro de la piel de los muslos de Gadea sin besar. Mientras ella sentía que se derretía entera de placer, él inició un movimiento nuevo. Sacó su mano derecha de la nalga y la apoyó sobre el monte de venus. Gadea emitió un gemido que sonó a expresión de aliento, así que Jeremy fue moviendo la mano hacia abajo y, a medida que lo hacía, besaba el espacio que acababa de abandonar.

La mezcla de la calidez de la mano, con el vacío cuando se movía, relleno inmediatamente por el calor húmedo de sus labios, la estaba volviendo loca de deseo. Gadea recordó sus propias caricias. Aquello le provocaba el mismo placer, pero, a la vez, era mejor. El hecho de que ese placer se lo provocara una mano ajena, unos labios suaves, aumentaba el deseo y, con él, el disfrute.

Jeremy pronto le hizo algo nuevo que, esta vez, convirtió sus gemidos en un grito, que ahogó inmediatamente contra la almohada. Había acercado su dedo al clítoris, y lo había posado allí. Pero no se había limitado a posarlo, sino que lo estaba moviendo, de manera circular, produciéndole un goce indescriptible. Para entonces su gemidos ya eran constantes y rítmicos.

Además, los aumentaba o disminuía dependiendo del placer que le estaba proporcionando Jeremy, así, aunque ella no lo sabía, le ayudaba a él a producirle más placer, porque le daba pistas sobre lo que le estaba gustando más. Una nueva pista, de hecho, fue que se movió un poco para ajustar la entrada de su vagina a la mano de Jeremy.

—Traviesilla —dijo él sorprendido y excitado a la vez. Había entendido el mensaje y lo iba a responder.

Usó, sin embargo, su otra mano, porque no quería dejar de utilizar el índice sobre el clítoris, que estaba grande y palpitante, pidiendo más y más.

Así que sacó al otra mano y, con mucho cuidado, introdujo su otro índice en la abertura de Gadea. Tan solo la primera falange, pero fue suficiente para que ella perdiera la poca resistencia que le quedaba. Y pasó de dejarse hacer pasiva, a tomar la iniciativa.

Cuando notó el dedo de Jeremy entrando en su interior, cerró las piernas y se movió para ajustar las manos de Jeremy mejor a su clítoris y a su vagina. Sin dejar de “abrazar” de aquella manera a Jeremy, se incorporó y recuperó el sentido de la vista. Los ojos de Jeremy reflejaban la mezcla de excitación y de sorpresa por lo que ella acababa de hacer.

—Eres una chica muy mala —dijo él con voz ronca.

—Sigue —le contestó ella, empezando a moverse.

Y así, Gadea, haciendo caso solo a lo que sus instintos le pedían, empezó a moverse sobre las manos de Jeremy. De manera circular, de arriba a abajo, la dirección e intensidad de los movimientos la dictaban solo su deseo y el placer que sentía.

Y a Jeremy le pasó algo diferente, nuevo. Estaba muy excitado, pero no pensaba en él y en aliviar aquella excitación, sino que todos sus sentidos estaban con Gadea. Se sentía como una prolongación de ella. Sabía cómo tenía que mover sus dedos para darle gusto, y lo sabía porque, de alguna manera, sentía ese placer. Así que iba moviendo sus dedos, de manera circular sobre el clítoris. Parando a ratos, para producirle más deseo, acelerando el movimiento otros ratos, para saciarlo, pero sin dejarle llegar al final. Y, a la vez, iba introduciendo el índice de su otra mano en su vagina, y sacándolo, hasta acompañar el movimiento de sus dos índices para llevar a Gadea a un placer casi insoportable.

Para entonces, Gadea estaba totalmente desatada, frotándose contra él, gimiendo y jadeando, pidiéndole, incluso, a viva voz, lo que quería que le hiciera:

—Más, Jeremy, por favor —dijo en un momento, ahogada en su propio deseo.

Y él le hizo caso, y le dio más, le dio todo. Y, justo un segundo antes de que ocurriera, sintió que Gadea se iba a derramar sobre él. Y ocurrió. Ella soltó un grito, echó la cabeza hacia atrás, arqueó su espalda, se encajó en el dedo de Jeremy, y el placer la cubrió entera, de dentro hacia fuera.

Cuando hubo terminado de agitarse con las últimas contracciones del orgasmo, se abrazó a Jeremy, sin moverse, con las manos de él aún sobre su sexo húmedo y palpitante.

Satisfecha y agotada, se concentró solo en su respiración y en la de Jeremy, juntas y acompañadas las dos. Y, poco a poco, fue volviendo en sí. A ser la Gadea de siempre.

Y le entró vergüenza. “Dios mío, me he dejado llevar ¿qué pensará Jeremy de mí?”, pensó. Por suerte, el momento duró poco. Porque Jeremy estaba encantado con su mujercita y así se lo hizo saber.

—Gadea, sabía que eras especial, pero esto ha sido más y mejor de lo que esperaba. Estoy tan satisfecho que no necesito hacer nada más —dijo, mirándose con una sonrisa divertida la entrepierna.

—Ay, Jeremy, perdona, es verdad, me he olvidado de ti —dijo Gadea apurada.

—No, no, ha sido maravilloso. Me ha gustado darte placer solo a ti. Es una experiencia nueva para mí. Y, curiosamente, también me siento satisfecho. Vamos a hacer una cosa. Por hoy creo que ha sido suficiente. Ha sido un día agotador para los dos. Creo que ha terminado con la guinda perfecta. Si ahora nos enredamos en intentar satisfacerme a mí, podemos estropearlo. Además, como te digo, me siento totalmente satisfecho. Vamos a dormir, a descansar, y mañana seguiremos... —terminó con una sonrisa pícaro.

Mientras le escuchaba, Gadea se dio cuenta de que Jeremy tenía razón. Estaba satisfecha pero también agotada. Pensó entonces que Jeremy se levantaría y se iría a su habitación, pero, en vez de eso, lo que hizo fue desvestirse, hasta quedar tapado solo por el fino calzón interior. Ella le miró asombrada. Sin camisa, Jeremy era aún más bello. Tenía un torso definido, unos brazos y un estómago en los que se podía distinguir cada músculo. Su piel era blanca, aunque menos que la de ella. No pudo evitarlo y la tocó. La calidez de siempre, pero acompañada de una suavidad maravillosa. Gadea sintió que se encendía otra vez. Pero Jeremy, quizá adivinando lo que podía ocurrir, la ayudó a quitarse el vestido y, una vez estuvo con las enaguas y la blusa nada más, apagó las velas que iluminaban la habitación. Se abrazó a ella por detrás y la tapó con las sábanas. Ambos tardaron menos de un minuto en caer dormidos. Jeremy había tenido razón, estaban muy cansados y muy satisfechos.

Capítulo 28

Jeremy se despertó primero. Acababa de amanecer. Normalmente a esas horas la casa ya estaba llena de actividad, pero aquel día no se oía nada aún. El día anterior les había dicho a los criados que podían dormir más. El baile había acabado tarde y, además, el día entero había sido muy ajetreado para ellos. Así que la casa respiraba paz y silencio.

Jeremy se incorporó un poco y observó a su mujer.

Gadea estaba preciosa, de lado, con su melena negra esparcida por toda la cama, respiraba con suavidad. Sus rasgos, suavizados por las horas de sueño, mostraban relajación y paz.

Recordó cómo la había visto el día anterior. Entregada a sus sentidos. Disfrutando sin censura ni miedo y se sorprendió una vez más de que no hubiese necesitado él también tener un orgasmo. Le había ocurrido algo casi sobrenatural: se había sentido ella, había disfrutado con ella y no había necesitado nada más.

Pero, ya por la mañana, su cuerpo le señaló que él también necesitaba su dosis: se había despertado aparentemente tranquilo, pero tenía una erección en toda regla.

No iba a penetrarla, por supuesto, sin contar con la aceptación total de Gadea, así que esperaría a que ella estuviese preparada, ese mismo día o la semana siguiente. No iba a meterle prisa. Pero estaba claro que él necesitaba algún tipo de desahogo.

En ese momento, su joven esposa empezó a moverse. Movi6 las piernas, que se adivinaban bajo las sábanas, sus labios iniciaron una sonrisa y, finalmente, abrió los ojos.

Jeremy, a su lado, la observaba embobado:

—Buenos días, princesa —le dijo en tono bajo y, después, le dio un suave beso, más cariñoso que sensual.

Gadea respiró hondo, amplió su sonrisa y estirando los brazos rodeó con ellos el cuello de Jeremy y le respondió con otro beso:

—Buenos días, maridito —dijo medio dormida.

—Hummm, qué bien me saben tus besos —dijo él, pasando sus brazos alrededor de la cintura de ella y acercándola hacia él.

Se quedaron un momento mirándose y, como si lo hubieran acordado, empezaron a besarse de nuevo, pero esta vez con más pasión.

Habían dormido los dos solo con su ropa interior, así que era la primera vez que sus cuerpos entraban en un contacto tan íntimo. Y, para los dos, fue una experiencia especial, ya que, a pesar de ser una novedad, lo estaban sintiendo como si el cuerpo del otro fuera ya un lugar conocido. Un refugio seguro. Su lugar natural. Pero no era solo calidez y sensación de protección lo que sentían, enseguida, se excitaron de nuevo los dos. Mucho.

Gracias al contacto tan intenso, Gadea notó la erección de Jeremy. Lejos de asustarse, se pegó a él más aún. Sintió el pene de Jeremy caliente, duro y palpitante y, de nuevo, esa mezcla de sensaciones que le volvían loca, de estar saciada y ansiosa a la vez.

“Esta vez, pensó, tenemos que llegar hasta el final. Tengo que tener a Jeremy dentro de mi.”

Tomó la decisión y, en vez de sentirse nerviosa, como le ocurría cada vez que pensaba en la penetración, el deseo y la necesidad de Jeremy se acrecentó.

Jeremy, mientras, estaba llenándose de las sensaciones que le producía tener a Gadea en sus brazos. Su olor de recién despierta le embriagaba y, mezclado con el tacto suave de su piel y sus formas femeninas, que notaba a través de las finas telas que les separaban, estaba empezando a perder el autocontrol. Cuando Gadea se pegó más a él, y se frotó contra su polla, después de ahogar un gemido de placer, le susurró:

—Gadea, no hagas eso o no voy a poder controlarme.

—No quiero que te controles —contestó ella.

Jeremy entonces se apartó un poco de ella y, mirándola serio, le espetó:

—¿Sabes lo que significa eso que has dicho?

—Claro que sí —contestó ella, más firme que antes aún.

—¿Estás segura? —insistió Jeremy.

—Sí —contestó Gadea. Aunque después añadió, poniendo en palabras su aprehensión—, pero no me hagas daño.

—¡Claro que no te voy a hacer daño! —dijo él —y recuerda que pararé cuando me lo pidas —terminó.

A partir de ahí solo hablaron sus cuerpos, mientras que de sus bocas solo salieron gemidos, susurros y suspiros de placer.

Jeremy posó sus manos sobre los pechos llenos y turgentes de Gadea. Los pezones, duros y en punta, le hacían cosquillas en las palmas de las manos. Acarició los pechos con suavidad, haciendo que Gadea se retorciera de placer. En un momento dado, utilizó los dedos índice y pulgar para coger, con mucha delicadeza, uno de los pezones.

Gadea ahogó un grito que empezó siendo de sorpresa y acabó siendo de disfrute. Y después se pegó aún más a Jeremy, frotando su sexo contra el de él.

Jeremy se sentía explotar, pero sabía que tenía que ir muy despacio, así que intentaba no precipitarse y disfrutar de todo el proceso. Así que, mientras sujetaba un pezón entre sus dedos, descubrió el otro pecho de Gadea, apartando su blusa con un suave gesto de su mano, y agarró el otro pezón entre sus labios.

Gadea hizo un primer intento de escapar de las caricias, tal era la agonía que sentía, e, inmediatamente, arqueó su cintura en un gesto para acercarse hacia los dedos y la boca de Jeremy aún más sus pechos y sus pezones, porque a la agonía se le imponía el deseo.

Como Jeremy había empezado a quitarle la ropa, ella intentó hacerle lo mismo a él y empezó a desabrocharle los cierres de la camisa que él había vuelto a ponerse durante la noche.

Se lió un poco, ya que no eran iguales a los que solía estar acostumbrada ella. Jeremy intentó ayudarla, se enredaron sus dedos y acabaron soltando una carcajada los dos, mientras se miraban con ojos de deseo. Entonces Jeremy, en un movimiento rápido, se sacó la camisa por la cabeza y se quedó con el torso desnudo, de rodillas. Gadea se quedó casi sin aire. No era la primera vez que lo veía, pero no se acostumbraba a lo bello y perfecto que era.

Jeremy estaba teniendo una experiencia parecida. Ella, en la misma postura que él, pero solo con un pecho descubierto, parecía la heroína del cuadro de Delacroix que tanto le gustaba. Estuvieron así, unos segundos, observando el cuerpo del otro, con deseo y admiración, hasta que, de nuevo, volvieron a fundirse en un abrazo de piel y deseo.

En un momento entre abrazos, besos y mordiscos, Gadea volvió a parar, lo justo para hacer lo mismo que Jeremy y quitarse la blusa por la cabeza. Ya solo les quedaban las enaguas y el calzón a

ambos. Se volvieron a abrazar y Jeremy tomó una vez más los pechos de ella en sus manos. Los acarició y besó, esta vez sin obstáculos, haciendo que Gadea jadeara.

En un momento dado, Gadea giró un poco la cabeza y se encontró con su reflejo y el de Jeremy. “Ah, los espejos”, pensó fascinada. Porque de aquella manera el placer visual aumentaba.

Ahora no solo veía a Jeremy de frente, también tenía una visión completa de su espalda, sus piernas y su..., su magnífico culo.

Pensar aquello le dio la idea y, sin pedirle permiso, le bajó los calzones, dejando fuera tanto su culo como su enorme pene. Porque era enorme.

“No me va a caber”, pensó Gadea, volviendo a sentir de nuevo la aprehensión por lo que iba a venir.

Jeremy, que pareció adivinar lo que le ocurría, la despistó bajándole él también a ella sus enaguas. Terminaron los dos, entre risas, de sacarse las prendas por los pies y se volvieron a mirar, esta vez desnudos los dos.

Gadea se tomó su tiempo. Era la primera vez que veía a un hombre completamente desnudo. Le pareció fantástico, bellissimo. Lo veía por delante, a través de su mirada directa, y por detrás, reflejado en los espejos.

Jeremy hizo lo mismo y, tras unos segundos así, admirándose mutuamente, le cogió suavemente la mano y la ayudó a tumbarse sobre la cama.

—No te voy a hacer daño, Gadea —volvió a decirle.

Gadea sólo asintió. Y en ese momento decidió, como el día anterior, que se dejaría llevar por sus sensaciones.

Tumbada sobre la cama, con los ojos abiertos mirando el techo, sintió que Jeremy se tumbaba a su lado. Le sorprendió un poco, porque pensaba que se pondría encima, como había visto en algunas ilustraciones. Pero, en vez de eso, Jeremy volvió a besarla y abrazarla.

Estuvieron así, reconociendo sus cuerpos desnudos, cada recoveco de piel, besándose y abrazándose, mucho rato.

Jeremy tenía una erección enorme, pero su prioridad era Gadea, así que estaba concentrado en ella todo el rato. Después de haberse dedicado a sus pechos y sus pezones, pasó a acariciarle el cuerpo entero, con sus manos y su lengua. Gadea, abandonada, se dejaba hacer, atenta tan sólo a las oleadas de placer que le provocaba Jeremy. De vez en cuando se retorció, para conseguir un contacto más intenso, para acercar algunas partes de su cuerpo a Jeremy, para que él la besara más, la lamiera más. En uno de esos movimientos, rozó el pene erecto de Jeremy y entonces se dio cuenta de que él también necesitaba su dosis.

Se incorporó y se puso de rodillas. Jeremy, tumbado, la miraba inquisitivo y expectante a la vez, ya que se había quedado con una caricia alrededor de su ombligo a medias, pero, por la mirada de Gadea, adivinó que no la había parado porque le molestara, sino porque iba a tomar la iniciativa.

Efectivamente, después de contemplar la belleza de su marido, Gadea cogió su pene con las dos manos. Al principio con mucha delicadeza, palpándolo como para reconocerlo. Pero enseguida lo agarró con más firmeza. Le encantaba sentirlo en sus manos, muy duro y muy suave. Dos sensaciones que, hasta entonces, le habían parecido contradictorias. De repente, sin pensarlo, se agachó y lo besó.

El gemido ahogado de Jeremy le dio la pista de que lo que estaba haciendo era bueno para él. Así que volvió a besarlo. Jeremy entonces decidió hacer como había hecho ella un momento antes, y se terminó de tumbar. Y, cerrando los ojos, decidió disfrutar de lo que le hacía Gadea.

Ella entendió el mensaje y se empezó a aplicar, golosa. Lo que en un principio habían sido besos, casi castos si no fuera por el lugar en el que se los daba, se convirtieron en besos intensos y lametones. Poco a poco empapó la polla de Jeremy con su saliva. Lo hizo con pasión y deseo, como si estuviera comiendo el postre más delicioso. Y al pensar en comer, eso fue precisamente lo que hizo: abrió sus labios y cogió entre ellos la punta de la polla de Jeremy.

Desde que ella había tomado la iniciativa, se habían cambiado los papeles y era Jeremy el que se retorció en la cama espolado por las oleadas de placer que le producía Gadea. Pero cuando ella introdujo la punta del glande en su boca, él se volvió loco de deseo. Gadea le estaba produciendo más placer del que había sentido nunca. Dejándose llevar por su necesidad, empezó a moverse. Gadea entendió lo que tenía que hacer e introdujo más la polla en su boca, muy poco a poco, hasta hacerla casi desaparecer dentro de ella. Y, después, empezó a mover la boca de arriba a abajo.

Con cada movimiento, los gemidos de Jeremy aumentaban de volumen. No hacía falta que dijera nada, Gadea entendía que lo estaba haciendo bien, que le estaba dando lo que necesitaba.

Pero, de repente, Jeremy salió de su boca y se incorporó también. Se quedó de rodillas, en la misma postura que ella, mirándole con ojos vidriosos y jadeando.

Gadea se asustó un poco:

—¿Te he hecho daño?, ¿he hecho algo mal?

—No, no, —fue capaz de contestar Jeremy después de un momento intentando recomponerse—. Al revés, Gadea, casi termino. Me he escapado de ti porque no quiero acabar así. Hoy es tu día. Hoy tienes que disfrutar tu.

Gadea se quedó un momento pensativa y enseguida le contestó la verdad:

—Pero es que lo estoy haciendo. Estoy disfrutando como nunca dándote placer.

Jeremy sonrió. Gadea tenía razón, él lo sabía bien porque le pasaba lo mismo. De todas formas, esta vez no se iba a dejar convencer por ella. Era su primera vez y le tocaba a él hacerlo especial y bien. Así que, con mucha delicadeza, ayudó a Gadea a tumbarse de nuevo y se volvió a tumbar a su lado.

Empezaron de nuevo con el festín de besos y caricias. Esta vez los dos. Ya reconocían el cuerpo del otro y las caricias que más les gustaban. En un momento dado, Gadea agarró de nuevo el pene de Jeremy. Entonces él aprovechó para acercarse al sexo de ella, primero posando las manos alrededor, enseguida acercando de nuevo los dedos a su clítoris, como la noche anterior. Pero esta vez no quería que acabara así. En vez de eso, relajó las caricias en el clítoris, reduciéndolas a lo justo para mantener a Gadea muy excitada, pero sin dejar que llegara al clímax. Cuando adivinaba que Gadea iba a entrar en la espiral sin retorno, paraba, retiraba su dedo y la miraba con intensidad. Ella protestaba un poco, pero se dejaba hacer. Tenía, además, para calmarse un poco, el otro índice de Jeremy introducido en su vagina. Jeremy lo fue introduciendo poco a poco, como el día anterior, aunque Gadea estaba tan mojada que era fácil. Después de moverlo un rato, provocando el ansia de Gadea, introdujo un segundo dedo, y, luego, un tercero. Gadea estaba preparada para la penetración.

Estaba empapada y muy excitada. Los dedos de Jeremy y el jugueteo con el clítoris, le habían dejado en un estado de ansia y deseo extremo. Jeremy se dio cuenta de que ya era el momento, así que, mirándola con intensidad, le dijo:

—Gadea, voy a intentar penetrarte. En cuanto notes la mínima molestia, dímelo y paro.

Gadea sólo asintió, porque apenas podía hablar. Ya no tenía miedo, sólo quería que Jeremy lo hiciera ya. Lo necesitaba dentro de ella.

Jeremy acercó la punta de su pene a la abertura de Gadea, pero antes de introducirlo, jugueteó un poco con él, frotándolo contra el clítoris. Ella lo notó, supo lo que él estaba haciendo y se excitó aún más.

Entonces, sorprendiéndose ella misma, hizo un gesto como si lo hubiera hecho muchas veces antes, aunque era la primera vez, y, moviendo un poco la cadera, se acopló al pene de Jeremy. Lo situó a la entrada de su vagina y empujó.

Entró hasta la mitad sin resistencia. Y ahí, ella paró, había notado un poco de molestia.

Jeremy la miró, asombrado y loco de deseo a la vez. El movimiento de ella le había cogido por sorpresa. Y también lo fácil que había entrado. Aunque, viendo lo mojada y excitada que estaba, no era de extrañar. Tenía que hacer verdaderos esfuerzos para no continuar empujando él, que es lo que quería. Lo que le pedía su cuerpo, su alma. Pero no iba a estropearlo en ese momento y, además, aquello alargaba la agonía del placer. Así que, en vez de eso, comenzó a moverse muy, muy despacio, entrando en ella por milímetros, parando, mirándola y esperando a que ella le hiciera un gesto para poder continuar. Así, poco a poco, sin dejar de mirarse, acabó entero dentro del cuerpo de Gadea. Con su polla dentro de ella, hasta que sus testículos quedaron acariciando su clítoris.

En esa postura aguantaron un par de minutos, sin dejar de mirarse, concentrados en su deseo, su disfrute y el sonido de la respiración del otro. Y, de repente, a la vez, empezaron a moverse. El movimiento de cadera de ella acompasado al movimiento de él, la polla entraba y salía y les producía a los dos un goce indescriptible. Con cada embestida, Gadea frotaba su clítoris contra los testículos de Jeremy, pero, en un momento dado, él posó uno de sus dedos de nuevo sobre el clítoris de ella, para hacer la caricia más intensa y precisa.

No les hizo falta hablar, solo con sus movimientos y jadeos se orientaron uno al otro, para llevarse a las cotas más altas de placer, hasta que, de repente y al unísono, explotaron.

El orgasmo fue largo e intenso para los dos. Un goce bestial y, aunque pareciera imposible, aumentado al ser testigos del de su pareja.

Quedaron los dos unidos y jadeantes, tendidos sobre la cama completamente deshecha, un buen rato, hasta que, poco a poco, fueron recobrando la normalidad.

Ella fue la primera en moverse. Se incorporó levemente, sujetando la espalda de Jeremy para que no se moviera, y miró la estampa que hacían los dos en el espejo.

Veía el culo de Jeremy, magnífico, y sus piernas rodeándolo. Una nueva oleada de deseo la embargó. A pesar de que estaba recién satisfecha, no dudó de que podría volver a correrse en pocos minutos si empezaba de nuevo. Sonrió pícaro para sí y le dió una palmada a Jeremy en el culo.

Él levantó la cabeza, apoyó el codo en la cama y le dijo:

—Hummm, date la vuelta que ahora te toca a ti.

—No, no te muevas —le contestó ella, manteniendo a Jeremy dentro de ella todavía —.Estate un rato más, por favor —terminó, con la mezcla de ingenuidad y descaró que a él le volvían loco.

—Me gusta —dijo él, casi ronroneando—, pero no sé si voy a aguantar mucho tiempo, ya me estoy desinflando —terminó, riéndose.

—No te preocupes, enseguida te ayudo a reponerte —le contestó ella rápida y provocadora.

Y así estuvieron los dos, bromeando un rato, hasta que, tal y como le había anunciado Gadea, Jeremy volvió a encenderse.

Capítulo 29

A partir de ese día, los días pasaron felices para los dos. Tenían que hacer esfuerzos para no estar pegados uno a la otra todo el tiempo. En cuanto podían, se alejaban de las miradas del resto y daban rienda suelta a sus apetitos y su necesidad del otro.

Así, además de probar sus juegos sexuales en las dos habitaciones (para Gadea fue un descubrimiento y un disfrute el uso del espejo de techo de la habitación de Jeremy), probaron en el jardín, la biblioteca y hasta en la galería. Les costaba mantener sujeto su deseo, pero lo conseguían cuando estaban con otras personas, así que no le hacían la situación incómoda a nadie, por eso, aunque tanto los criados como Artemisa se dieron cuenta de que algo había cambiado entre ellos, la constatación solo les trajo alegría.

Sin embargo, no todo era bueno para Gadea:

—No consigo escribir nada, Jeremy —le dijo un día preocupada, cuando se le pasó el efecto de los tres orgasmos seguidos que acababa de disfrutar.

Jeremy entendía lo que le pasaba a Gadea porque él lo estaba viviendo de manera parecida. No había llegado a paralizar su actividad del todo, en primer lugar porque era imposible, tenía responsabilidades ineludibles, pero estaba más despistado de lo normal y, sobre todo, no metía ni un minuto de más en ninguna otra actividad y dedicaba todo su tiempo libre a su mujer. Pero claro, para Gadea aquello debía ser aún más intenso, ya que no sólo estaba embobada con él como lo estaba él con ella, sino que también era su primera vez en el maravilloso mundo del sexo. Acababa de descubrir lo mejor de la vida, pensó Jeremy.

De todas formas, parecía que aquello era una buena noticia para Jeremy. Gadea le acababa de reconocer que no escribía, justo lo que él perseguía. Pero Jeremy no se puso contento. Se daba cuenta de que aquello no era bueno. Cuando la fiebre del inicio de su relación sexual se calmara, como ocurriría tarde o temprano, ella se sentiría frustrada y enfadada, seguro, por no haber publicado nada. Y aquello desestabilizaría su matrimonio y traería problemas añadidos. Además de que las ganas de escribir le volverían con más fuerza. No, esa no era la manera en que él quería que se le pasasen las ganas de publicar. Prefería que fuese algo más gradual, que la propia vida le llevara a ello porque se sentía más llena siendo madre y ya no necesitaba ser una mujer independiente y peleona. Por eso intentó animarla...y también continuar con el plan inicial:

—Bueno, Gadea, no te preocupes, es normal lo que te ocurre. Yo también solo quiero estar contigo —le dijo chupando su pezón izquierdo y haciendo que ella suspirara de placer —.Y es normal que el resto de tu vida quede en segundo o tercer lugar —continuó, acariciándole la tripa y bajando la caricia hacia lugares más sensibles.

—Ya, pero me gustaría compatibilizar las dos cosas. Te necesito, Jeremy, a todas horas. Pero sé que también necesito escribir.

Jeremy se quedó un segundo pensativo y soltó, como si se le acabara de ocurrir:

—Hummm, te propongo un plan. Ahora no vas a poder escribir artículos enteros. No quiero, además, porque quitarías demasiado tiempo para mí —dijo juguetón, bajando su mano hacia el

monte de venus de Gadea—. Pero sí puedes hacer pequeños comentarios, de un párrafo o dos, sobre temas de actualidad. Sólo para que los lea yo. Así, seguirás escribiendo, no perderás habilidad, y también seguirás estando conmigo de alguna manera.

Gadea paró el avance de la mano de Jeremy con un ligero manotazo y lo miró seria:

—Así que ahora sí quieres leerme... hummmm..., vale, me parece buena idea —dijo sonriendo finalmente de oreja a oreja.

Jeremy casi se pone a botar encima de la cama. Pero se contuvo, por supuesto, no fuera a estropear lo que acababa de conseguir. Sería él, tal y como había planeado, quien tuviera la última palabra sobre lo que publicaba su mujer. Tenía claro que Gadea, por muy centrada en él que estuviera en ese momento, no iba a aceptar que la censurara así, sin más, pero pensaba hacerlo de forma muy discreta, y endulzando todo como si fueran sugerencias, mejoras en los textos...Y utilizaría su mejor arma sin contemplaciones, la que, de hecho, acababa de utilizar para conseguir aquel jaque mate: el sexo.

Así fue como cerraron un nuevo acuerdo con el que los dos se quedaron satisfechos.

Y, nada más hacerlo, se dedicaron a darse más satisfacción. Y mejor...

Pasaron tres semanas que fueron una auténtica luna de miel para los dos.

Jeremy no podía estar más contento, todo iba viento en popa. La relación con Gadea mejoraba día a día, en todos los aspectos. En la cama..., era maravillosa. Gracias a la práctica continuada, estaban consiguiendo un grado de compenetración y de placer como no había conseguido con nadie en su vida. De hecho, no había visitado a Marta ni tenía pensado hacerlo en mucho tiempo. Suponía que con el paso de los meses, o quizá los años, volvería a necesitar otras relaciones y otras personas, pero en ese momento, Gadea le llenaba entero. No necesitaba nada ni nadie más que a su mujer en su lecho.

Pero, por otro lado, la relación más convencional también era maravillosa. Hacían todas las comidas juntos, Jeremy había dejado de quedarse a comer en el club y solían pasarlas comentando lo que les había ocurrido en el tiempo que no habían estado juntos. También, desde que lo habían acordado, Gadea aprovechaba esos momentos para darle los comentarios que iba escribiendo. Todos le habían parecido a Jeremy adecuados, ya que trataban temas poco conflictivos. Y, aunque Gadea seguía siendo incisiva y peleona en ellos, siempre se alineaba con alguna de las corrientes políticas aceptadas. Normalmente con los liberales, aunque un par de veces escribió comentarios más acordes con los conservadores. Cuando Jeremy se lo comentó, sorprendido, ella le contestó:

—Jeremy, estoy acostumbrada a pensar por mí misma. Ser mujer me ha ayudado a ello, porque lo que se supone que tengo que hacer es no pensar y dejarme llevar por las opiniones de los varones que me rodean. Así que, como no he seguido “lo correcto” y estoy acostumbrada a transgredir, pienso por mí misma, no me influyen las presiones de grupo. En ese sentido, tú estás más condicionado que yo. Tú sí perteneces a un grupo (Jeremy era manifiestamente liberal). Para tí es mucho más difícil salir o pensar diferente de lo que se estipula desde “tu grupo”. Y espera

antes de negarlo —le cortó cuando vio que él iba a protestar —.No te digo que se trate de presiones manifiestas. Ni siquiera os dais cuenta de que existen. Es simplemente que os dejáis llevar por lo que piensa vuestra mayoría. O por lo que tradicionalmente ha pensado vuestro grupo. Y no se os ocurre ponerlo en cuestión. Es un poco como el funcionamiento de los nuevos ferrocarriles. Tienen ya un camino marcado por los raíles y no se pueden salir de ahí.

Jeremy se quedó primero en silencio total, tal era el desconcierto que le produjo lo que acababa de oír. Pero enseguida tuvo que reconocerse a sí mismo que lo que acababa de decirle Gadea tenía sentido.

—Creo que tienes razón, Gadea —le reconoció finalmente —lo cierto es que alguna vez me he sentido incómodo con alguna postura que me he visto obligado a defender. Tendré que aprender de tí —terminó, guiñándole un ojo.

Lo cierto es que lo dijo en broma y no pensaba seguir el “método de Gadea”. Bastante complicada era la vida para un noble como él, que tenía que lidiar con muchas tensiones y corrientes políticas, como para convertirse en un alma libre, como al parecer era Gadea. Pero acababa de apreciar un nuevo don en su mujer. Uno más. Gadea era, desde luego, una joya.

Gadea se encontraba igual de feliz que Jeremy. El sexo la volvía loca. De la obsesión del principio, había pasado a un estado de felicidad permanente. Ya no tenía la urgencia de los primeros días, podía pasar algunas horas sin Jeremy y sin pensar obsesivamente en él desnudo y en lo que se hacían sobre la cama (o sobre la mesa de la biblioteca o tras un seto del jardín), pero en cuando lo veía y podía, buscaba una esquina o un lugar con él para seguir practicando en su conocimiento mutuo y en la búsqueda del placer. Había sido el mayor descubrimiento de su vida, ya que hasta entonces no había pensado siquiera que algo tan maravilloso pudiera existir. No podía estar más agradecida a Jeremy por haber sido su maestro. Y no podía estar más feliz al saber que lo seguiría siendo toda su vida.

Respecto a la relación fuera del ámbito sexual, también se había convertido en una delicia. Esto no le extrañaba tanto porque, una vez superados los primeros roces del reencuentro, habían vuelto a ser las dos almas gemelas que habían sido de niños. Esto no quería decir que no discutieran alguna vez, al contrario, muchas veces habían tenido desacuerdos por temas de actualidad, pero ese mismo esgrima verbal era un acicate para ellos, les divertía y, además, había un efecto colateral maravilloso: siempre acababan haciendo las paces sobre el lecho, de la mejor manera posible.

Y, por último, al parecer y contra todo pronóstico, Jeremy había aceptado la otra parte fundamental de su vida: su parte intelectual y su deseo de libertad. No solo la había aceptado sino que le había dado la herramienta para superar el bloqueo. Y había funcionado.

Al principio había conseguido escribir pequeños comentarios de uno o dos párrafos, como le había propuesto Jeremy. Pero poco a poco había vuelto a recobrar el hábito de escribir y, en tres semanas, volvió a hacer algunos artículos.

Aunque al principio le había sorprendido su propuesta -teniendo en cuenta lo beligerante que había sido, era raro que ahora le alentara y quisiera leerle -había aceptado que Jeremy leyera sus escritos. Y no se arrepentía en absoluto. Además de servir para unirlos aún más, ya que lo que más les había separado ya no lo hacía, Jeremy le daba siempre un punto de vista nuevo, o le señalaba algún error que le había pasado desapercibido.

No siempre le hacía caso y, de hecho, alguna de sus discusiones había sido por algún escrito, pero lo llevaban bien ambos. Y, de alguna manera, enriquecía su relación.

Así que ambos no podían estar más contentos ni ser más felices.

No volvieron a hablar del pacto al que habían llegado sobre los hijos y el fin de sus relaciones sexuales. De hecho, ninguno de los dos pensó en él. Ni en la posibilidad de que Gadea quedara embarazada, algo que aquellas primeras tres semanas no había ocurrido. En realidad, en aquel momento, todo aquello les parecía lejano e irreal. Y no les preocupaba en absoluto. Estaban uno pendiente del otro, disfrutándose en todos los ámbitos y felices por hacerlo.

Pero al cabo de las tres semanas un hecho vino a acabar con aquel estado de luna de miel perpetua:

—Gadea, por un imprevisto de última hora, tengo que salir mañana hacia Salamanca, y me temo que tardaré un par de semanas en regresar. Y no, no debes acompañarme esta vez, porque el imprevisto está relacionado con tu hermano y tu presencia puede hacer que todo se embarulle más.

—¿Qué ha hecho Gideon esta vez? —respondió Gadea con cara de circunstancias.

—Nada que tu padre y el mío no hubieran hecho antes —respondió Jeremy guiñándole el ojo.

—¿La linde?

—Efectivamente. Pero voy a intentar solucionarlo de una vez por todas, Gadea. Es absurdo que sigamos manteniendo un conflicto que no es nuestro, sino heredado. No he conseguido hablar con Gideon directamente, pero sí a través de nuestros abogados. Y parece que está dispuesto a hablar, pero... —terminó Jeremy, dejando la frase en suspenso.

—¿Pero?

—Tenemos una reunión pasado mañana por la mañana en Salamanca. El problema es que también va a estar Felicia.

—¿¿Felicia??, ¡ entonces voy yo! —soltó Gadea.

—No, no. Eso es precisamente lo que no tienes que hacer. Y escúchame antes de enfadarte —le dijo Jeremy con cariño al ver que Gadea empezaba a sulfurarse.

—Venga, suéltalo —dijo ella, resignada.

—Felicia puede ser el problema, lo sé. Nuestros abogados ya han llegado a un principio de acuerdo...

—Ah, ¡qué bien!, y, ¿no pensabas decirme nada? Recuerda que soy la más interesada de todos, porque ahora pertenezco a las dos familias, así que esas tierras son más mías que de nadie —le cortó ella, enfadada.

Jeremy se la quedó mirando fijamente antes de responder, haciendo esfuerzos por no reírse. Gadea tenía parte de razón, aunque, como mujer, no tenía derecho a esas tierras en ningún caso, como perteneciente a la familias Cornwall y Rocafort, había sido y era usufructuaria de ellas. Pero no era eso lo que le hacía gracia a Jeremy, sino la fuerza y las ganas de pelear que tenía Gadea por lo que consideraba “suyo”. Era lo que siempre le había atraído de ella. También lo que le había dado quebraderos de cabeza, pero ¿qué diablos!, ¡le encantaba!.

De todas formas, no pensaba decírselo. Ni reírse delante de ella, así que le contestó formal:

—Déjame terminar, Gadea, y luego me riñes. Claro que quiero defender tus intereses que, te recuerdo, ahora son también los míos. Nuestros abogados han llegado a un preacuerdo que, creo es beneficioso y perjudicial para ambos a partes iguales. O sea, el mejor acuerdo posible. Por eso no te había dicho nada. De todas formas pensaba hacerlo antes de firmar nada. Es lo que estoy haciendo, ¿no te das cuenta?

—Hummm, sí —tuvo que reconocer Gadea a regañadientes—. Sigue.

—Bien, el preacuerdo consiste en repartir las tierras en disputa por la mitad, de forma que tengamos el mismo número de árboles y acuíferos. Y, aunque parezca mentira, lo hemos conseguido. Luego te enseñé los planos.

—Vale, pero sigue —respondió Gadea, impaciente.

—El caso es que parecía que todo iba viento en popa hasta que los abogados de Gideon me hicieron saber que iría Felicia y que ella quería dar los últimos toques.

—Buuuuuf —bufó Gadea.

—Sí, buf. Pienso lo mismo. No me fio de esa mujer. Y sé que tú tampoco. Pero la diferencia entre tu y yo es que a mi no me conoce y a ti sí. Y tenéis mala relación ¿crees que si vienes eso ayudará a neutralizarla o a lo contrario?Y, espera —le cortó cuando ella iba a contestar rápida—, piénsalo bien. No te pregunto si te vas a quedar contenta después de cantarle las cuarenta y decirle lo que piensas de ella, te pregunto si crees que tu presencia en la reunión va a ser buena para llegar a buen término.

—No quiero que firmes nada que me haga perder ante ella —dijo Gadea como respuesta.

—Claro que no, Gadea. Te voy a enseñar ahora los planos. Si estás de acuerdo, eso es lo que defenderé. No voy a aceptar ni un árbol menos. Me volveré sin acuerdo o con ese.

—Humm —gruñó de nuevo Gadea, pero con menos agresividad que al principio —.Enseñámelos.

Y así estuvieron un par de horas, midiendo y comentando. Al final Gadea tuvo que reconocer que, efectivamente, el acuerdo al que habían llegado los abogados era justo, así que le dió el visto bueno .

—De acuerdo, Jeremy. Y sí, tienes razón, si voy yo no llegamos al acuerdo seguro —terminó con una medio sonrisa resignada. Sonrisa que se convirtió carcajada cuando él se abalanzó sobre ella y empezó a comerla a besos.

Después de una nueva noche de pasión, a la mañana siguiente salió Jeremy rumbo a Salamanca. Era la primera vez que se iban a separar desde que se habían convertido en un matrimonio de verdad. A los dos les costó separarse, pero, al mismo tiempo, estaban muy contentos porque sabían que dos semanas no era nada. Y que el reencuentro iba a ser maravilloso.

Capítulo 30

El tiempo pasó, para ambos, lento y rápido a la vez. Se echaban muchísimo de menos y, en ese sentido, el reloj no parecía avanzar. Pero, al mismo tiempo, tuvieron muchas actividades que les ayudaron a mantener la cabeza ocupada en otras cosas.

Gadea se puso a escribir, ya sin excusas, el siguiente artículo. Dudo entre varios temas, pero un par de viajes a la imprenta de Pedro le sirvieron para decidirse.

—Haz el de los huérfanos —le dijo Pedro —creo que puedes llegar a las mujeres que nos leen con ese tipo de artículos. Y recuerda que tenemos una mujer como reina, así que, nunca se sabe...

No le dijo que apenas les leía nadie, ni hombres ni mujeres, ni que la posibilidad de llegar a la Reina era prácticamente nula. No por ocultarlo, sino porque era un optimista irredento.

Gadea tampoco lo puso en cuestión a pesar del poco éxito del primer artículo. Por un lado, no sabía cómo, pero al menos a manos de su marido había llegado, así que algo sí se distribuía y leía. Y, por otro, su vida había entrado en tal torbellino que lo último que le había preocupado había sido la difusión de lo que había escrito.

Aceptó, por tanto, el consejo de Pedro como bueno. Coincidió, además, con su último criterio.

En el tiempo que llevaba Jeremy fuera, había escrito tres artículos, dos sobre educación y uno sobre las condiciones en que vivían los huérfanos en las instituciones benéficas. Había tenido muy en cuenta lo que le había prometido a Jeremy y había medido sus palabras para ser consecuente con ella misma, pero no perjudicar a su familia, que ahora era Jeremy y sus hermanos. Estaba convencida de que lo había conseguido con los tres artículos, pero al final, se había decantado por el de los huérfanos porque era un tema nuevo y eso le permitía alejar la sombra de la desconfianza cuando lo leyera Jeremy. Una vez que Jeremy viera que lo que escribía no le iba a traer problemas, que ella se había tomado en serio lo que le había prometido, volvería a tratar el tema de la educación e, incluso, el de la educación de las mujeres. Pero lo haría, eso sí, con el tacto necesario.

No consideraba que aquello fuera una claudicación, sino entrar en el mundo adulto. Ahora le parecía que sus impulsos iniciales habían sido loables, pero infantiles. No se podía salir a pelear sola, a cara descubierta, contra un ejército entero. Lo normal sería que te aplastaran en segundos. O sea, que no le volvieran a publicar o que le prohibieran escribir para siempre. Porque eso es lo que habría pasado al final, después de destruir la familia de Jeremy.

Por suerte, su primer artículo no parecía haber llegado a nadie importante, no había habido escándalo y, por tanto, no debía dejar de escribir. El aviso de Jeremy había sido bueno para todos. Ella controlaría las formas y censuraría sus mensajes más radicales, para esquivar los escándalos. De esta manera tenía la esperanza de, poco a poco, ser leída y de que sus mensajes fueran calando en quienes le leían. Al final el objetivo era llegar al mismo puerto, pero más despacio.

Y, además, quería ganarse a Jeremy para sus causas. Aunque en un principio había sentido desconfianza de dejarle leer sus artículos, enseguida vio que podía ser bueno. Le hacía mucha ilusión que Jeremy le leyera, que apreciara lo que hacía. Ahora ella estaba enamorada de él,

quería compartir todo con él. Él se había mostrado muy crítico con su primer artículo, pero seguro que había sido por miedo a las represalias. Pensaba ir camelándolo poco a poco y, estaba segura, su alma sensible acabaría por aceptar lo que ella reivindicaba.

Así que Gadea deseaba volver a su marido, lo echaba mucho de menos, pero aprovechó bien el tiempo que estuvieron separados.

Y otro tanto le ocurrió a Jeremy. Las noches, sobre todo, eran duras. Sólo se acordaba de ella, de lo bonita que era, de lo divertida que era, del mal genio que tenía, que le desesperaba pero, al mismo tiempo, le divertía. Y, sobre todo, de su cuerpo y de lo que se hacían mutuamente. Se acostaba todas las noches con unas erecciones impresionantes y se levantaba peor. Pero, por alguna razón que a él mismo se le escapaba, había decidido no masturbarse. Se reía de sí mismo cuando se obligaba a dormirse sin alivio, pero quería guardarle la ausencia a Gadea. Guardarle fidelidad absoluta y desahogarse solo con ella. Así que, en ese sentido, las noches se le estaban haciendo eternos y tortuosos.

Por suerte, aunque durante el día también se acordaba de Gadea, las negociaciones del reparto de tierras eran tan áridas, que pasaba buenos ratos entretenido. Felicia, tal y como había augurado, se lo puso muy difícil y tuvieron varios conatos de ruptura de negociaciones, pero, por suerte, Gideon parecía haber ganado algo de ascendiente sobre su mujer y, al final, ella acabó aceptando.

Jeremy entonces aprovechó para presionar a sus abogados para que aceleraran los trámites y consiguió firmar todos los papeles el décimo día desde que se había despedido de Gadea. Ese mismo día empaquetó los pocos efectos personales que había llevado consigo y se puso de viaje rumbo a Madrid. Rumbo a Gadea.

No le mandó ningún mensajero para avisarle, quería darle una sorpresa.

Por un pequeño percance en el camino, Jeremy llegó al palacio de Madrid más tarde de lo que esperaba y ya eran las dos de la madrugada cuando cruzó la entrada.

El criado que le recibió le comunicó que todos dormían hacía horas. Aún así, no pudo evitar entrar en la habitación de Gadea. Necesitaba verla.

Abrió la puerta con mucho sigilo, no quería asustarla. Gracias a que había luna llena y no había cerrado las contraventanas, vio perfectamente su silueta sobre la cama. Estaba durmiendo profundamente, de lado, con su hermoso pelo oscuro esparcido sobre la cama y un pie fuera de las sábanas, colgando en su borde.

Estaba preciosa y solo quería abalanzarse sobre ella. Pero tenía miedo de asustarla. Iba a despertarla, pero quería hacerlo poco a poco. Se le ocurrió entonces encender una vela y ponerla en una zona alejada de la cama, de forma que hubiera algo más de luz, pero no demasiada para que no se despertara bruscamente, sino poco a poco, como si estuviera amaneciendo.

Cogió la vela y la llevó a un aparador, alejado de la cama. Y la encendió.

La luz, tenue, iluminó un poco más la habitación, pero no lo suficiente para despertar a Gadea. Tenía que encender alguna más. Pero antes de volver a por más velas, se fijó en que la vela

iluminaba, sobre todo, las cosas que estaban encima del aparador. La mayoría papeles y también un libro. “Aquí debe estar lo que ha escrito Gadea últimamente”, pensó Jeremy interesado. Y decidió echar una ojeada. Al fin y al cabo, tenía el permiso de Gadea para hacerlo. Pensó, además, que entre la tenue luz y el sonido de los papeles al moverlos, Gadea terminaría de despertarse.

Entonces Jeremy cogió los papeles y empezó a echarles un vistazo. Enseguida se dio cuenta de que, efectivamente, en aquellos papeles había varios artículos. Vio los títulos de los dos primeros y se preocupó un poco, porque estaba claro que seguían tratando de educación. No quiso encenderse antes de tiempo, sin embargo. Gadea le había prometido contenerse y él confiaba en ella. Los leería luego, pero seguro que eran aceptables. Luego se fijó en el tercero, y el título le volvió a poner muy nervioso: “Casas de maleficencia”, se titulaba. “Jo, Gadea -pensó como si estuviera hablando con ella- no sé de qué escribes aquí, pero, ¡vaya título!, empiezas demasiado agresiva”. Luego se volvió a tranquilizar, recordando que ella estaba dispuesta a escucharle y a cambiar cosas, así que, cuando lo leyera con calma, si sólo el título le resultaba inadecuado, intentaría convencerla para cambiarlo. Seguro que ella estaría receptiva, pensó finalmente volviendo a estar tranquilo.

Pero, de repente y a la vez, sucedieron dos cosas: oyó a Gadea moverse y leyó el título del libro que estaba junto a los artículos manuscritos.

Fue tal el impacto de lo que leyó que, aunque su cerebro le dijo que, por el ruido, Gadea se estaba despertando, pudo más la necesidad de leer el interior del libro.

Estaba en francés, pero él lo entendía perfectamente. Se titulaba “Union Ouvrière”, es decir, “Unión obrera”. Y su autora era la misma que Gadea había mencionado en su primer artículo publicado: Flora Tristán. Es decir, aquella mujer que había muerto en Burdeos y a la que él culpaba por las ideas más revolucionarias que su mujer había plasmado en aquel artículo.

Las ideas se agolpaban en su cabeza, mientras el desconcierto iba dejando pasar a la ira: “Gadea insistía en leer a aquella revolucionaria”. “Sus artículos estaban junto al libro”. “Seguro que estaban influidos por él”. “Gadea no había respetado el acuerdo”. Envuelto en estos pensamientos cogió el libro y empezó a ojearlo, ajeno al ruido que venía de la cama y que señalaba que Gadea estaba despertándose.

Pasó las páginas deprisa hasta que en la 118 un texto en forma de lista le llamó más la atención. Decía, en francés, que ahí se resumían las ideas contenidas en el libro.

Leyó rápido, saltando de una línea a otra, hablaba de, “constituir la clase obrera”, “proletarios” (¿¿qué era eso??), “derechos del hombre y de la mujer”, “obreros y obreras”, pero...¿¿¿Qué despropósito era ese??? Lo que estaba leyendo iba aún más allá de lo que Gadea había expresado en su primer artículo. Jeremy, desatado, ya no tenía ni una duda de que Gadea no sólo no le había hecho caso, sino que había dado un paso más. Si se había inspirado en aquel libro, lo que daba a entender su colocación junto a los escritos, seguro que los artículos que había sobre el aparador eran aún más subversivos que el primero. Lleno de ira, pensó salir de la habitación antes de explotar, pero Gadea habló y todo se precipitó de la peor manera posible:

—Jeremy, cariño ¿has vuelto?

Gadea, soñolienta pero con una mirada encantadora, le miraba sentada desde la cama, con la camisa de dormir movida, dejando al descubierto su hombro izquierdo. Su pelo, suelo, enmarcaba su cara preciosa. La alegría que transmitía por la sorpresa de ver a Jeremy hizo que este casi olvidara lo que acababa de leer. Casi. Pero no.

—Gadea, ¿qué es esto? —dijo con una ira contenida que para Gadea fue como una bofetada

inesperada.

—Mis artículos —pudo balbucear cuando se centró un poco. No entendía lo que estaba ocurriendo. Había pasado de la alegría extrema, cuando había distinguido a Jeremy en la habitación, al desconcierto. Jeremy parecía enfadado, pero, ¿por qué?

Jeremy se acercó de dos zancadas y, colocándose a escasos centímetros de su cara, le espetó:

—Has vuelto a escribir basándote en esta, esta... —y, sin terminar la frase, lanzó el libro sobre la cama.

Gadea tuvo el tiempo justo de apartar su mano, para evitar que el libro cayera sobre ella y le lastimara.

—Jeremy, por favor, ten cuidado —.Le dijo, sin terminar de entender lo que pasaba y más compungida que enfadada.

—Sí, el cuidado que no has tenido tu —continuó él enfurecido—. Veo que no ha servido de nada lo que me prometiste. Has aprovechado que estaba fuera para hacerlo. Yo confiaba en tí, esto es una puñalada en la espalda. Esa mujer, esa Flora, es una revolucionaria. ¿Sabes en qué peligros nos pones a todos escribiendo como ella? —terminó, mirándola furioso.

Gadea entendió todo entonces. Jeremy había visto el libro de Tristán junto a sus artículos y había concluido todo lo demás. Erróneamente. Flora Tristán era su autora favorita, aunque no por todo lo que escribía. Las circunstancias vitales de ambas eran muy diferentes. Aunque tenía buenos orígenes familiares, la vida de Flora había transcurrido entre la miseria y la desgracia. Había acabado perteneciendo al estrato más pobre de la sociedad y, siendo mujer, había padecido lo peor que les podía ocurrir a las mujeres: el maltrato continuado de su marido, que había intentado, incluso, asesinarla.

Evidentemente, Flora Tristán, en ese sentido, estaba muy alejada de su realidad. Por eso mismo, trataba temas que ella no terminaba de entender y, quizá de compartir. Aún no se había hecho un criterio claro sobre el tema de la clase trabajadora, por ejemplo. Pero le gustaba leerla por varias razones: por la fuerza que transmitían sus escritos, detrás de los cuales se intuía una mujer luchadora sin desaliento, tal y como se veía Gadea a sí misma. Y porque había conseguido lo que ella aspiraba a conseguir: ser publicada. Por eso la tenía como autora de cabecera y la releía a menudo, para demostrarse que a lo que aspiraba no era un sueño, sino que podía ser real. Y también compartía con ella un tema fundamental: la defensa que hacía de la educación femenina. Sí, justo el tema en el que había chocado con Jeremy. No había cambiado de opinión respecto a ello, pero sí había entendido que quizá, inspirada en Tristán, su defensa había sido demasiado virulenta. Por eso no iba a publicar aún artículos sobre el tema, por respeto a Jeremy. Y, cuando lo hiciera, lo acordaría antes con él y lo trataría con más sutileza. No iba a cejar en su empeño de defender la educación femenina en igualdad de condiciones a la masculina, pero había entendido que tenía que hacerlo de otra forma. Tardaría más pero, seguro, sería más efectiva.

En ese sentido, los artículos que había visto Jeremy sobre la mesa ella estaba convencida de que iban en la dirección que a él le gustaría. Al igual que el que había decidido publicar, que nada tenía que ver con Flora Tristán.

¿Había leído Jeremy los artículos?

—He leído de qué va el libro, y el título de uno de los artículos —le contestó él, con rabia, cuando ella se lo preguntó—. ¿Qué es eso de casas de maleficencia?, ¿qué tipo de título agresivo es ese?

—Aquí lo único agresivo que hay eres tú —le cortó ella, harta de la deriva a la que estaba llevando Jeremy la conversación.

—Gadea —le contestó él después de un momento de desconcierto, ya que, a pesar de que creía que el enfado era justificado, Gadea acababa de afearle su comportamiento con razón—. Esto es un error. Todo esto ha sido un error. Somos incompatibles. No deberíamos habernos casado.

La frase sonó como un cañonazo. El mismo Jeremy se quedó impactado después de escucharse. ¿Era eso realmente lo que había querido decir? No quiso darle vueltas a la opción de desdecirse y menos delante de ella. Después de algo tan rotundo, solo quedaba marcharse. Y eso es lo que hizo. Dando un sonoro portazo.

Capítulo 31

Gadea pasó las primeras horas llorando. A lágrima tendida al principio, luego intermitentemente. Al principio todo fue pena, pero, enseguida, empezó a sentir rabia también.

Jeremy no le había escuchado. No le había preguntado siquiera. Había sacado conclusiones erróneas sin darle una oportunidad. ¡Ni siquiera había leído los artículos!

Una vez vio claro aquello, pensó que Jeremy había tenido razón en una sola cosa: no deberían haberse casado. Eran incompatibles. ¿Qué hacía casada con una persona que no la respetaba? Porque era una total falta de respeto juzgarla a la ligera y no darle la oportunidad de explicarse. ¿Qué hacía con una persona que no sólo no compartía sus intereses, sino que intentaba prohibirlos?

Llevaba dos meses viviendo en un error. Lo mejor era separarse, concluyó.

Cuando llegó a esta conclusión se sintió aún más triste. No era capaz de reconocerse a sí misma, pero, ninguno de los razonamientos que se había hecho había tocado el punto fundamental: que se había enamorado de Jeremy. Que le dolía el alma solo pensar en separarse de él.

Jeremy ni siquiera se desvistió. Pasó un buen rato dando vueltas alrededor de la mesa de su habitación. Había entrado en un estado obsesivo en el que todo lo que pensaba le llevaba a confirmar que Gadea le había engañado desde el primer momento, que no había tenido intención de respetar el acuerdo. “Pero claro, pensaba, en realidad ese matrimonio ha sido cosa mía. Yo le obligué a casarse. Yo pensaba que estaba haciendo lo mejor para ella, pero en realidad lo hice por mí. Gadea era mi amor juvenil, y, además, me solucionaba el problema del matrimonio, que ya era acuciante. Así que, en realidad, le obligué a hacer algo que no quería, no puedo culparla a ella”. Y cuando llegaba a esa conclusión, insatisfecho, buscaba otros argumentos que sí la culparan a ella. “Pero ella no se negó al final. Y me prometió algo que no ha cumplido. Algo que daña mucho a mi familia”

Al final, cansado de dar vueltas y vueltas, llegó a la conclusión de que lo que le había dicho a Gadea era cierto: no deberían haberse casado. La Gadea y el Jeremy adolescentes habían desaparecido. Ahora eran dos adultos, desconocidos entre ellos, con motivaciones y planes de vida contrapuestos. Había sido un tremendo error. Pero ya no tenía vuelta atrás. Había que apechugar con lo que tenían: un matrimonio roto apenas dos meses después de haberse casado.

Con la idea clara, se dedicó, el resto de la noche, a idear un plan que recondujera un poco la situación. El matrimonio era indisoluble, así que harían lo que tantos matrimonios hacían a su alrededor: seguir legalmente casados, pero hacer vidas independientes, manteniendo las formas, por supuesto, pero rozando entre ellos lo menos posible. En algún momento, suponía Jeremy, podrían incluso convivir bajo el mismo techo, sin molestarse, pero al principio deberían separarse físicamente también. Por suerte, tenían dos palacios en uso, así que se le ocurrió que le propondría a Gadea moverse en función de las necesidades de sus negocios. Cuando el tuviera negocios en Madrid, ella iría a Salamanca, y cuando ocurriera al revés, cambiarían las residencias. Al principio solo coincidirían en los pocos eventos obligatorios: bodas, funerales y

alguna recepción real. En esos casos, asistirían juntos, pero no necesitaban ni siquiera hablar.

Sí, pensó, Jeremy, era viable. Lo veía todos los días en matrimonios cercanos.

Él volvería a visitar a Marta. Y se buscaría otras amantes también. En realidad, pensó con una sonrisa irónica, conseguiría lo que había supuesto que tendría unos años después: un matrimonio de conveniencia y libertad para relacionarse con todas las mujeres que quisiera.

Cuando ese pensamiento tomó cuerpo en su mente. Sintió una punzada de dolor. Pero, estaba tan ofuscado que no se dio cuenta de por qué.

Jeremy estaba enamorado de Gadea, hasta las trancas. No quería acostarse con Marta ni con otras mujeres, solo quería hacerlo con la chica de la que llevaba enamorado más de diez años. Tampoco quería separarse de ella físicamente. Pero era incapaz de darse cuenta.

Finalmente, de madrugada, se durmieron los dos. Con una enorme pena interna, causada por la misma razón. Y siendo ignorantes ambos de ella.

El día siguiente fue nuevo solo para el resto de los habitantes de la casa, porque para Gadea y Jeremy no fue más que la continuación de la pesadilla del día anterior.

El primero que bajó a desayunar fue Jeremy. Lo hizo mucho antes de lo habitual adrede, de hecho, sólo encontró dos criados levantados. Quería desayunar rápido y volver a salir enseguida, antes de encontrarse con Artemisa, la única de sus hermanos que estaba en la casa y, por supuesto, antes de encontrarse con Gadea.

Había decidido volver a Salamanca. Necesitaba alejarse físicamente de Gadea. Como de su visita apenas se había enterado nadie, no tendría que dar explicaciones. Se inventaría algún retraso en los papeles de la partición de la finca con Gideon y se quedaría en Salamanca al menos un mes más. Después, cuando, esperaba, estuviera más calmado y tuviera asumido cómo organizar su vida en adelante, volvería, no sin antes haberse asegurado de que Gadea hacía el camino contrario y salía de Madrid hacia Salamanca.

Había dejado todo por escrito en una carta que le pidió a uno de los criados que entregara a Gadea. Esperaba que ella aceptara de buena gana lo que le proponía. Pero, en cualquier caso, le daba igual si no le parecía bien. Lo harían así de todas formas.

Así que, con todo organizado, antes de las siete de la mañana, salió de Madrid Rumbo a Salamanca.

Gadea lo vio salir. Ella apenas había dormido, así que oyó el movimiento en la habitación de al lado cuando Jeremy salió y volvió a entrar después de desayunar. Y vio salir su coche de caballos de la cochera.

En ese momento sintió una mezcla de alivio, porque se veía incapaz de enfrentarse a Jeremy de nuevo, y enorme tristeza.

Mientras se debatía entre sentimientos encontrados, entró un criado y el entregó una misiva. Era De Jeremy. Estaba en un sobre donde solo aparecía escrita una palabra: Gadea.

Lo abrió, sacó la cuartilla manuscrita de su interior y la leyó.

“Voy a Salamanca. Volveré en un mes. Te mandaré un mensajero para comunicarle la fecha a la que vuelvo. Entonces tú tendrás que ir a Salamanca.

Si quieres comunicarme algo, hazlo por escrito”.

Jeremy

Y eso era todo. Escueta. Seca. Sin darle opción a opinar. Jeremy con su peor cara.

Estaba escrito, no había vuelta atrás. Su matrimonio con Jeremy había sido un error. Un error que le había dado los mejores momentos de su vida. Pero, aunque pareciera mentira, la atracción y el amor que sentían el uno por el otro no había sido suficiente para vencer los prejuicios de Jeremy. La parte buena, maravillosa, había terminado para siempre. Y a ella solo le quedaba aceptarlo.

Capítulo 32

Pasó el mes, que llevó, cada uno, como pudo.

Jeremy llenó su agenda de actividades. Aprovechó su estancia en Salamanca para terminar de arreglar asuntos que el fallecimiento de su padre había dejado en suspenso. Gadea siguió escribiendo. Terminó de pulir los tres artículos que ya tenía hechos, el de los huérfanos y los dos sobre educación, y empezó una nuevo sobre un tema de ciencia que Artemisa le había dado como idea. Los artículos fueron publicándose sucesivamente en “El Europeo” y, aunque seguían sin tener ningún eco en el exterior, la relación de Gadea y Pedro como escritora y editor se fue asentando. En ese sentido, estaba contenta, ya que había conseguido lo que había aspirado desde niña.

Respecto al resto de habitantes de la casa, incluídos los hermanos de Jeremy, todos andaban como conteniendo la respiración. Habían sido testigos de todo lo que había rodeado a ese matrimonio desde el principio: la boda inesperada, la frialdad inicial, el apasionamiento de unos días y, de vuelta, una frialdad aún más fuerte que la inicial. Pero todos callaban. Todos tenían claro que la mejor manera de ayudar era no intervenir.

La que peor lo pasaba era Artemisa, ya que adoraba a los dos, pero, como estaba ella misma inmersa en su propio proceso de duelo por un desengaño amoroso, relativizaba la situación.

Y así fue como pasó el mes y llegó la primera misiva desde Salamanca. Dentro de un sobre igual que el primero, con su nombre como única seña, encontró un mensaje más escueto aún:

“Salgo el domingo por la mañana. Haz lo mismo desde Madrid, calculando que tienes que estar en Salamanca el lunes por la mañana ” .

Jeremy

Y nada más. Ni una mínima concesión. De hecho, Jeremy no le daba opción de elegir ni la hora de llegada. Seguramente lo había hecho para asegurarse de que no coincidían ni un minuto. Ambos se cruzarían a mitad de camino más o menos.

Era viernes, así que Gadea tenía el tiempo justo para recoger sus cosas y marchar hacia Salamanca. Para llegar el lunes por la mañana, tenía que salir el domingo y hacer noche en alguna posada que estuviera a unas tres horas de Salamanca.

Así, el domingo por la mañana salieron los dos de los respectivos palacios. En ambos casos, la idea era pernoctar en alguna de las posadas del camino. Jeremy había calculado que, tanto él como ella harían la mayor parte del camino el domingo, tendrían que pernoctar en posadas cercanas a su destino, es decir, él cerca de Madrid, ella cerca de Salamanca. Era imposible coincidir en ningún caso.

Pero todo se torció para él. Salió de Salamanca temprano. Hacía buen tiempo y el camino estaba en buenas condiciones. Todo iba bien hasta que, a unas tres horas de Salamanca, un corzo se cruzó en el camino. Los caballos se asustaron y el coche acabó caído en una zanja.

No le pasó nada, ni a él ni a los dos cocheros, pero uno de los caballos se rompió una pata y

hubo que sacrificarlo. Además de que el eje de las ruedas se partió. Todo su plan se desmoronó.

Tuvo que mandar a por ayuda, que tardó en llegar, así que acabó al final de la tarde en la posada más cercana al lugar del accidente. Aquel día ya no se podía hacer nada más, estaba a punto de anochecer, tendría que esperar al siguiente para continuar su camino con un coche nuevo.

A las nueve de la noche, cenando en la posada, Jeremy estaba un poco intranquilo. Le fastidiaba el retraso de los planes, sobre todo, por un tema. El cálculo de la duración del viaje y lugar de repostaje había cambiado totalmente y había acabado en una posada demasiado cercana a Salamanca. Tan cerca, de hecho, que había posibilidades de que fuera la que escogiera Gadea para descansar ella.

No quería verla, no estaba preparado aún. Y menos en un lugar como aquel.

Finalmente se tranquilizó. En el camino había bastantes posadas y, por eso mismo, había muchas posibilidades de que no coincidieran. De hecho, calculaba que Gadea estaría aún a un par de horas de allí. Sí, seguro que no coincidían, pensó más tranquilo.

Y, en ese momento, se abrió la puerta de la posada de par en par y entraron, charlando alegres, Teresa y Gadea.

Capítulo 33

En esa zona de la posada había bastante bullicio. Además de varios huéspedes y los criados moviéndose de un lado a otro, había una zona con un fuego bajo que reunía a un grupo de viajeros que charlaban y reían en voz alta.

Cuando se abrió la puerta, nada cambió, pero, para Gadea y Jeremy fue como si el tiempo se detuviera. Y, a pesar del bullicio que les rodeaba, ellos sintieron que estaban solos. Para Jeremy no había nada más que Gadea y para ella nada más que Jeremy.

Teresa, estupefacta, se dio cuenta enseguida de la situación, así que le dijo en voz baja a Gadea que iba a pedir una habitación y se escabulló de su lado.

Así se quedaron los dos, uno frente al otro, sin dejar de mirarse, sin saber qué hacer.

El primero que reaccionó fue Jeremy, tenía que darle una explicación a Gadea. Era él el que había organizado todo para no coincidir y era él el que había fallado en el plan.

—He tenido un percance con el transporte y no me ha quedado más remedio que pasar la noche aquí. Saldré mañana temprano —le dijo, intentando ser seco y frío, aunque su voz sonó más cálida de lo que le hubiera gustado.

Lo cierto era que, tras un mes sin verse, las razones de la separación seguían siendo las mismas, pero los sentimientos habían cambiado. Jeremy ya no sentía enfado. Sólo sentía un ligero desencanto, que se esfumó en cuanto vio a Gadea. Porque seguía tan bonita como siempre. Bueno, él de hecho la veía aún más bonita. Así que tenía que hacer esfuerzos para mantener la compostura.

A Gadea le estaba ocurriendo lo mismo. Jeremy estaba guapísimo. Era guapísimo. Y tan alto y con tan buen porte, que las pocas mujeres que estaban en la posada le miraban con admiración indisimulada.

Y era su marido.

Sin embargo, por desgracia, todo se había ido al garete por la desconfianza de él. Recordar esto, lo mal que se había portado con ella, le dio fuerzas para contestarle con dureza.

—Ah, bueno. No importa. Yo me voy a retirar ahora mismo a la habitación y no nos veremos más.

Y, después de decirle aquello, se dispuso a alejarse de él, tras rebasarle con la cabeza bien alta y sin mirarle.

Como el lugar en el que se habían encontrado frente a frente era tan estrecho, la falda de Gadea rozó las piernas de Jeremy al pasar. Él sintió que se le erizaban los pelos de toda su piel. A pesar de ser un contacto entre telas, notó la ausencia del cuerpo de Gadea como si fuera parte del suyo. Y con la ausencia del cuerpo, se le presentó la ausencia de su risa, su descaro, su alegría, su alma. Tuvo que hacer esfuerzos para no ir tras ella y cogerla en sus brazos. Por suerte, Gadea desapareció enseguida de su vista y todo se acabó. Ya no la vería más. Al día siguiente saldría muy temprano y en una horas volverían a estar ambos a cientos de kilómetros de distancia.

Una vez llegó a su habitación, Gadea se tumbó sobre la cama todo lo larga que era y soltó un suspiro, mezcla de alivio y decepción. Por un lado, estaba orgullosa de sí misma por haber aguantado, de hecho, mejor que Jeremy, al que le había parecido notar más suave con ella. Lo que él le había hecho era imperdonable y pensaba mantenerse en sus trece, por mucho que él fuera aflojando el enfado. Pero, al mismo tiempo, le echaba muchísimo de menos. Al pasar por su lado, había notado su olor y le había traído recuerdos de cuando estaban juntos.

En ese momento, su corazón y su mente eran un torbellino de añoranza, rabia y desilusión: ¿Por qué había salido todo tan mal?, ¿por qué había tenido que portarse así Jeremy con ella?

El fugaz encuentro en la posada tuvo consecuencias profundas en Jeremy. Gracias a que la rabia se había diluido con el paso de los días, había podido observar a Gadea tal cual era y no tal cual él creía que era. Había vuelto a ver a la joven encantadora de la que se había enamorado. Sí, podía ser muy cabezota, pero era buena. Era difícil creer que hubiera querido engañarle adrede. Empezaba a darse cuenta de que su juicio podía haber sido precipitado y que quizá había malinterpretado lo que Gadea había hecho. En concreto, le sonaba insistentemente la pregunta que Gadea le había hecho en el momento del enfado. “¿Has leído los artículos?”.

Y no, no los había leído.

¿Y si se había equivocado?

Desgraciadamente, no tenía opción de comprobarlo porque Gadea se había llevado todos sus artículos consigo.

Pasó un par de semanas torturado con el asunto, hasta que su hermano Henry le trajo las respuestas.

Henry volvió a Madrid a pasar un par de días entre viaje y viaje. Después de una cena muy animada con Jeremy y Artemisa, una vez su hermana se retiró a dormir, la escena de unos meses atrás en Salamanca se repitió, y Henry le pidió a Jeremy hablar en privado:

—Jeremy, no sé qué ha pasado entre Gadea y tú, pero ya lo puedes ir solucionando —le espetó nada más quedarse solos, con una nota de humor en el tono, pero firme al mismo tiempo.

—Bueno, cosas que pasan en los matrimonios a veces —le respondió Jeremy evasivo. Aún no se sentía con ganas de decirles a sus hermanos que su matrimonio había sido un fracaso y les iba dando largas cuando le preguntaban.

—Ya, ya, lo supongo. Pero también te digo que no vamos a encontrar mejor cuñada que ella. Ya sabes que me gustó la elección al principio, pero también que me preocupé mucho con su primer artículo —siguió Henry—. Pues bien —continuó después de que Jeremy asintiera—, tengo que decirte que lo que sea que hayas hecho, ha funcionado, porque ha reconducido su escritura. Los tres últimos artículos que ha escrito son impecables. Además, me gusta mucho como escribe, porque denuncia hechos que hay que denunciar, pero lo hace con tal sutileza que quienes solo entienden los trazos gruesos, que son los realmente peligrosos para nosotros, no lo verán, pero las mentes avispadas verán los cañonazos que hay detrás de sus escritos. Fíjate que, aunque escribe en un panfleto insignificante, se ha convertido en mi articulista favorita. Y no soy el único, me

consta que empiezan a leerle más personas.

Jeremy se quedó con la boca abierta. ¿Cómo no se le había ocurrido hacerse con los últimos números de “El Europeo”? Claro, Gadea había seguido publicando. No habían hablado de ese tema. Él se había olvidado precisamente de lo que les había separado, y ella había seguido como si nada. No podía haber hecho las cosas peor...

Pero, al parecer, por lo que le estaba contando Henry, ella estaba cumpliendo su parte. Aquello abundaba en sus peores temores: había muchas posibilidades de que hubiera sido injusto con Gadea.

Al día siguiente, cuando se fue Henry, hizo que el trajeran los últimos números de “El Europeo”.

Leyó los artículos de Gadea con avidez una primera vez y más despacio la segunda. Henry tenía razón. Eran muy buenos. Muy sutiles. Muy..., como él le había pedido que fueran. Gadea había cumplido su parte y él era un idiota.

Un idiota que le había hecho daño a su mujer y también a sí mismo, porque la había perdido.

Pero entonces, entre la sorpresa, la tristeza y la vergüenza, se le apareció una idea. Jeremy podía tener muchos defectos. Los más graves, con Gadea, habían sido prejuzgar y dejarse llevar por la ira. Pero también tenía virtudes. Y las iba a poner en práctica.

Capítulo 34

Un lunes dos semanas después del encuentro en la posada, Gadea salió a pasear por el campo. Lo hacía todos los días que podía y la mayoría de las veces iba con Wolf, el perro favorito de Jeremy en Salamanca. Ese mismo perro que había presenciado su reencuentro unos meses atrás.

El animal era muy cariñoso con ella, pero también lo llevaba consigo porque le recordaba a Jeremy y a momentos mejores. A veces se acercaba incluso al lugar donde se habían reencontrado, en la linde sobre la que sus padres habían pleiteado. Ahora ese tema estaba solucionado, aunque ella no había hecho mucho caso y no sabía exactamente qué parte le correspondía a Gideon y cual a ella, ahora, como Vizcondesa de los Arribes. En realidad le daba igual si se encontraba con Gideon, ya le pediría disculpas si estaba en su zona. Además, la relación con su hermano no era fantástica, pero mantenían las formas. No creía que se enfadara si la encontraba en sus tierras, si fuera el caso.

De repente, un cambio en Wolf le hizo salir de esos pensamientos.

El perro empezó a ladrar, pero no con enfado, sino de otra forma..., como hacen los perros cuando reconocen a alguien a quien quieren mucho...

Y, sin dejar de ladrar y moviendo mucho el rabo, se fue corriendo de su lado hasta pararse frente a..., frente a un hombre...

¡Frente a Jeremy!

Sí, ahí, en medio del campo, más o menos en el mismo lugar en el que ella le había lanzado un trozo de tierra unos meses atrás, estaba Jeremy, agarrando las riendas de su caballo. Mirándola sonriente y con..., con amor.

—Gadea, no hay manera contigo, estás en las tierras de Gideon, que ya no son tuyas —le dijo él burlón, para romper el hielo.

Ella sin salir del estupor, pero sin poder evitar que lo que él había dicho le hiciera gracia, sonrió. Aunque enseguida se dio cuenta de que no podía hacerlo, de que era Jeremy, de que la había dañado....

Entonces Jeremy hizo un nuevo movimiento.

Sin dejar de mirarla con aquel amor, se acercó un a ella, aunque mantuvo un metro de distancia para no violentarla. Luego se agachó y clavó una rodilla en la tierra, mientras obligaba a Wolf a sentarse sobre los cuartos traseros, a su lado. Parecía un caballero medieval a punto de ser bendecido por la espada de una princesa:

—Gadea —dijo entonces con voz firme, pero llena de amor—. He sido un estúpido contigo. Todo lo que te dije cuando me enfadé fue un despropósito. He sido injusto y te he hecho daño sin motivo. Haré lo que sea como castigo, incluso volver de rodillas a Madrid, o a donde me mandes. Perdóname por favor —siguió después de un momento de silencio.

Y, antes de que ella saliera de su estupor y dijera algo, Jeremy terminó:

—Ah, y esta vez quiero hacer las cosas bien: Gadea, amor de mi vida, ¿quieres ser mi esposa?

Ella, muy seria, se acercó e hizo dos cosas:

Primero, darle un manotazo que le hizo a él perder el equilibrio y caer al suelo.
Y luego, mirándolo desde arriba, sólo decir: sí.

Hola de nuevo, querida lectora, espero de corazón que te haya gustado la historia de Gadea y Jeremy.

Si quieres seguir conociendo la vida de mis antepasados, los Cornwall, te animo a leer las historias del resto de hermanos.

La próxima saldrá publicada el 23 de abril de 2020, se titulará

“Mi fiera favorita”

y en ella encontrarás a Andrew y a... Olympia